

Alberto
Gorge
Irisarri



GABRIEL FEYLES

ALBERTO JORGE IRISARRI



OBRA DE DON BOSCO

CASA DEL BOLETÍN SALESIANO

A. BERRO 4053

BUENOS AIRES

Con las debidas licencias.

PRINTED IN ARGENTINA
IMPRESO EN LA ARGENTINA



ALBERTO JORGE IRISARRI

* 22 - I - 1929 La Plata † 21 - VI - 1943

DECLARACIÓN DEL AUTOR

Acatando los decretos de Urbano VIII, como también todos los decretos posteriores de la Sagrada Congregación de Ritos, declaró solemnemente que no deseo se atribuya a las cosas narradas en estas páginas otra autoridad y fe que la que merece un testimonio humano veraz, y que de ninguna manera pretendo prevenir el juicio de la Sede Apostólica, de la que me profeso obedentísimo hijo.

INTRODUCCIÓN

Llegué, en un día lejano, con emoción de peregrino, a una vieja casa de Don Bosco. El recuerdo del Santo rezumaba aún en las profundas crujías de los patios soleados, y su figura silenciosa parecía surgir de la fresca penumbra de pórticos juvenilmente canoros.

En el testero de una sala inmensa, un artista inspirado había reproducido una escena de conmovedora evocación. La difusa claridad de los colores imitaba una primavera celestial. Una interminable teoría de jóvenes que iba perdiéndose borrosamente en horizontes de ensoñación, se acercaba a Don Bosco, con expresiones y ademanes de júbilo. Vestían ropajes blancos y llevaban en sus manos flores simbólicas.

Me explicaron que el lienzo representaba un “sueño” de Don Bosco, cuando el santo anheló contemplar en el cielo la salvación y la gloria de sus hijos.

—Don Bosco es grande, —decíame a media voz un venerando sacerdote, — porque ha logrado crear en el mundo estos oasis de pureza juvenil.

Yo escuchaba en silencio; porque, cuando el alma se inunda de luz y el pensamiento adquiere un resplandor más vivo, y se lo siente cantar por

el sér, como la sangre en primavera, nace el temor de que, al expresarlo, se desvanezca.

La misma luz vuelve a iluminar el espíritu, mientras el corazón acompaña dócilmente el quedo susurro de la pluma sobre el papel que canta. Y renace como aurora nueva, cada vez que un nombre —el mismo que encabeza la portada— asoma y cruza por el espíritu, y cada vez que la mano, naturalmente, retarda su impulso, para escribirlo en la página blanca.

Como el antiguo amanuense claustral, cuando, detenido el ritmo de su plumear acompasado, trazaba más prolijamente un nombre con letras capitales, y llevaba su complacencia hasta iluminarlo con algunos colores.

I

LA CIUDAD EN LOS BREÑALES

Buenos Aires dejó su investidura de capital provinciana, para convertirse definitivamente en el centro de las palpitaciones nacionales de la República Argentina, el 20 de septiembre de 1880.

En esa misma fecha, se impuso a los estadistas el problema urgente de hallar una nueva ciudad que sustituyera a Buenos Aires como capital de la provincia homónima.

Fueron propuestos los nombres de algunos de los centros ya existentes; pero luego prevaleció la idea de fundar una nueva ciudad en algún sitio apropiado. Eligióse, por fin, un lugar llamado Lomas de la Ensenada, en una llanura extensa, ligeramente ondulada, donde los pastizales alternaban con manchones oscuros de espesa vegetación arbustiva.

A poco, surgió la nueva ciudad de La Plata, sobre la piedra colocada con imponente ceremonia inaugural por el entonces presidente Julio A. Roca y el gobernador de la provincia, Dardo Rocha, el 19 de noviembre de 1882.

La posición de La Plata, situada a cincuenta kilómetros de la Capital Federal, lejos del centro efec-

tivo de la provincia y de las líneas ferroviarias más importantes, entorpeció en los comienzos su rápido desarrollo. Sin embargo, superada la primera etapa de consolidación, la nueva ciudad inició decididamente su crecimiento con ritmo insospechado, y alcanzó muy pronto el esplendor de criolla jerarquía.

Debe ser considerada hoy como la suntuosa residencia de las autoridades políticas de la provincia, y como una tranquila ciudad de estudio. No ofrece la visión turbulenta y cosmopolita de la capital cercana, sino un aspecto aristocrático, que se trasunta en la homogeneidad elegante del panorama urbano y en la distinción innata de sus pacíficos moradores.

El plano regularísimo, de simetría perfecta, se halla contenido en un cuadrado de cinco kilómetros de lado, con una soberbia avenida de circunvalación, de cien metros de ancho. La edificación urbana desborda incontenible del tablero trazado por los proyectistas, y la línea de impecable rectitud de sus calles se prolonga, insinuándose en parajes tranquilos, donde asoman, por las verjas de residencias solariegas, olas tumultosas de flores polí cromas y nubes suspendidas de vaporoso follaje. Una ciudad grande, jovial, y tan luminosa, que parece tener un sol para ella.

La hermosura de las avenidas y plazas; la grandiosidad monumental de sus edificios públicos, que le confieren un carácter augusto de abolengo; la magnificencia exuberante de sus parques, justifican

el apelativo de Ciudad Encantada, como quiso llamarla Sarmiento.

Como toda ciudad principal, también La Plata tiene su iglesia catedralicia, y las anchas diagonales que cruzan al sesgo la clara planimetría urbana, se dan cita allí, en el centro, donde se abrazan fraternalmente, bajo la mirada buena y comprensiva de la catedral. La vasta iglesia gótica, crecida, desde 1885, sobre las esbeltas pilastras del arquitecto Benoit, con su enorme rosetón y tres portales en la fachada, lleva un sello de remozada distinción medieval en el interior airoso, gallardo, locuaz.

Hay, además, a poca distancia de la catedral, otro templo importante: el del Sagrado Corazón, de noble estilo románico; y al flanco del ábside, el garboso campanario que se perfila nítidamente sobre el fondo azul de la ciudad.

En alto, detrás de las ágiles columnitas que tienen belleza de juventud, duermen las campanas. Se agitan muy poco, obedientes y sumisas al reglamento urbano; hablan lo preciso, dejando caer pausadamente un campaneo delicioso, que se abre y pasa imprimiendo una caliente quietud en la ciudad, hasta las calles más remotas y dormidas.

Entre los arcos de la cámara sonora, vienen ráfagas olorosas de paisaje maduro de mediodía y traen una emoción de playas de espumas. Porque, desde aquella altura, se divisa la blanda palpitación del río de la Plata y el lejano Atlántico, y encima, un cielo blanco, como encanecido de tanta lumbre. Y si pasa algún barco de vela en la cercanía de la costa

se ve todo su dibujo primorosamente calado sobre el cielo y las aguas, en un misterio luminoso de distancias.

No oficián en la iglesia solemnes abades, priores severos o canónigos ensimismados, sino sacerdotes sencillos, afables, bondadosos. Y cuando se entreabre alguna puerta hacia el interior, llega de súbito una oleada impetuosa de alegría juvenil. La iglesia no está sola; a su arrimo ocupa el vasto solar un moderno edificio: el colegio salesiano del Sagrado Corazón.

II

PROMESAS DEL ATARDECER

En los arrabales cochambrosos de Turín, la gran urbe subalpina, allá donde la torva gente de la garrá, la hez de los aduare hampescos y la germanía de la taberna se encastillaban en su reducto inexpugnable — Valdocco —, Don Bosco había instalado, desde el año 1842, su primer Oratorio Festivo. La obra prosperaba, y se hacía indispensable otorgarle estabilidad definitiva.

El 14 de mayo de 1862, ya entrada la tarde, veintidós jóvenes, plasmados en esa dura escuela de pobreza y entrega de sí mismo, se reunían silenciosamente en el cuartucho del Santo. Don Bosco se hallaba arrodillado; sobre una mesa, entre dos luces, un crucifijo extendía amorosamente sus brazos. Los jóvenes fueron hincándose a su vez.

En la semioscuridad del crepúsculo primaveral, una voz prematuramente grave, la de Don Rúa, fué pronunciando con unciosa lentitud la fórmula de los votos religiosos; los demás la repitieron puntualmente, hasta la conclusión.

Entonces, Don Bosco, puesto de pie y mostrando su rostro una alegría sobrehumana, dirigió a los presentes una alocución paterna y alentadora:

“¡Quién sabe — decía — si el buen Dios no quiere servirse de esta sociedad para obrar un gran bien en su Iglesia!... De aquí a veinticinco o treinta años, si el Señor sigue ayudándonos, la Sociedad Salesiana, esparcida por el mundo, contará mil socios, cuando menos. De éstos, algunos se ocuparán en la instrucción del pueblo; otros, dedicados al magisterio, se encargarán de la educación de los jóvenes; otros, escribirán para la difusión de la buena prensa; en fin, todos vivirán empeñados en sostener, a fuer de generosos cristianos, la dignidad del Romano Pontífice y de los ministros de la Iglesia. ¡Cuánto bien se hará!...”

Al año siguiente, un reducido grupo de salesianos — un sacerdote, seis clérigos y tres aspirantes al estado eclesiástico, todos muy jóvenes, muy humildes y extremadamente pobres — partía del Oratorio de Turín, para establecer en Mirabello, pequeña población del Monferrato, la primera casa filial.

En los últimos meses de 1875, otros diez salesianos emprendían un viaje mucho más largo, hacia una meta lejana y envuelta en la bruma fabulosa del misterio; Buenos Aires.

“De este modo — decía Don Bosco, despidiéndolos —, damos comienzo a una gran obra. Lo que ahora parece insignificante, puede ser quizá una semilla, de la cual ha de brotar más tarde un árbol muy frondoso”.

En esa época, la Sociedad Salesiana contaba diez casas y cerca de trescientos socios; y todos los esfuerzos desplegados por Don Bosco para organizarla y lograr la aprobación definitiva de la Santa

Sede, en 1874, eran ya un recuerdo de la historia.

A los salesianos que acababan de establecerse en las hospitalarias tierras argentinas, Don Bosco podía comunicar la nueva alentadora: "Este año, (1876), hemos abierto veinte casas en ambos Continentes".

En esa misma fecha, el Señor iluminó a su siervo con una grandiosa visión del porvenir: "Vén — le ordenó un acompañante de ultratumba —, te haré contemplar el triunfo de la Sociedad Salesiana". Don Bosco, después de alcanzar penosamente un altillo rocalloso, pudo espaciar su vista: "Vi un campo inmenso — escribe en sus Memorias —; tan grande, como si abarcara toda la tierra". Se hallaban reunidos allí hombres de todo color y de toda indumentaria. "Vi una muchedumbre tan numerosa, que me pareció imposible que hubiese tanta en el mundo".

Reconoció a los que ocupaban las delanteras; veía muchísimos salesianos que encabezaban, cada uno, un grupo de jóvenes; luego, otros y otros que se perdían confusamente en los más remotos horizontes.

Cuando el espíritu se pone a meditar sobre los ocultos caminos de la Providencia, alcanza a vislumbrar, en la luz creciente que el nombre de Don Bosco proyecta a través de los tiempos, la grandiosidad de las realizaciones divinas. Llega entonces al oído, como murmullo de agua reciente de manantial, la voz del antiguo profeta:

"Verbum Dómini... Palabra del Señor... Seré como el rocío para Israel; el cual brotará como el

lirio, y echará raíces como un árbol del Líbano. Sus ramas se extenderán; será bello como el olivo, odorífero como el árbol del incienso. Se convertirán al Señor, y reposarán bajo su sombra; se alimentarán del trigo; se propagarán como la vid; la fragancia de su nombre será como la del vino del Líbano" (Os. XIV, 6-8).

III

LOS SURCOS DE LA MAÑANA

En 1885, tres años antes que Don Bosco fuera llamado por Dios al premio de los santos, los Salesianos habían establecido en la República Argentina siete residencias; cuatro de ellas en la misma Capital Federal: Almagro, la Boca, Mater Misericordiae y Santa Catalina; y tres en San Nicolás de los Arroyos, Patagones y Viedma; estas últimas, como puestos avanzados, para llevar a feliz cumplimiento los anhelos del santo fundador: la conversión al cristianismo de las tribus indígenas, rebeldes hasta entonces a todo conato de civilización.

Tales fundaciones solían iniciarse modestamente, imitando las tácticas empleadas por San Juan Bosco en los comienzos de sus obras. Se abría un oratorio festivo, con lo indispensable para atraer a los niños y jóvenes: campos de deportes, música, premios, y por encima de todo, corazones abiertos y espíritus armados de infinita paciencia y caridad evangélica.

El oratorio atraía inmediatamente un número extraordinario de jovencitos; tras ellos llegaban más tarde, a remolque, papás y mamás, asombrados por los frutos educativos y las transformaciones que veían

obrase en su alborotada descendencia. El grueso de la población no tardaba en secundar el trabajo intenso y agotador de los Padres Salesianos.

Ya en enero de 1876, el vicario general de la Arquidiócesis de Buenos Aires comunicaba a Don Bosco, en una carta que debió llenar el corazón del Santo de un gozo indecible:

“Sus Hijos realizan un bien inmenso en esta capital. Predican, catequizan en una forma consoladora...”

Monseñor Ceccarelli, gran amigo de los Salesianos y eficaz colaborador de sus actividades, aseguraba, a su vez, en un escrito dirigido a Don Bosco:

“Los colegios marchan perfectamente. Los Padres Salesianos se portan muy bien, gozan de gran estimación en la ciudad, y su nombre es conocido ya por toda la América del Sud”.

No faltaron, sin embargo, los desengaños que pusieron a dura prueba el optimismo de los Hijos de Don Bosco. Inseparables compañeros de toda obra destinada a la renovación espiritual de la sociedad, hostilidades abiertas y solapadas, diserciones; por añadidura, quebrantos financieros, que obligaban a los educadores a llevar una vida de pobreza rayana con la miseria.

No obstante tales factores desfavorables y la extrema escasez de personal, que obligaba a cada salesiano a realizar un trabajo extenuante y superior a las mismas posibilidades físicas, por el incesante multiplicarse de las obras, las nuevas fundaciones, amparadas por la oración lejana de Don Bosco, prosperaron con rapidez asombrosa.

En 1885, el gobierno provincial de La Plata ofreció a los Salesianos un extenso solar, con la condición de que edificasen un colegio para varones. Monseñor Cagliero, superior de las casas de América, deseaba establecer una residencia en la ciudad de reciente fundación. Vista la conveniencia de la propuesta, y después de efectuar una visita a La Plata, aceptó el terreno, situado en una posición central inmejorable.

Más tarde, envió como director interino al padre Marcelino Scagliola. La designación del director definitivo recayó luego sobre el padre Félix Caprioglio, sacerdote de envidiables prendas de carácter, quien logró en breve la simpatía y el cariño de toda la población, y el apoyo incondicionado de las autoridades civiles.

Se inauguró el Oratorio Festivo en los primeros meses de 1886; inmediatamente, abrió sus puertas un colegio de instrucción primaria, al que concurrieron desde el comienzo 68 niños externos.

Doce años más tarde, en 1898, fué colocada la primera piedra del templo monumental dedicado al Corazón de Jesús, uno de los edificios más artísticos de la nueva ciudad. Recibió la bendición en 1902. Monseñor Francisco Alberti consagró el altar mayor en 1912, y al año siguiente se inauguró también la torre campanaria, digno complemento de la iglesia. Esta inauguración coincidió con el décimoséptimo centenario del edicto de Constantino, el emperador romano que, al convertirse al cristianismo, reconoció a la Iglesia personería jurídica y su derecho nativo a la libertad de culto.

Las simpatías de la población platense se volcaron hacia el nuevo templo, bajo cuyas bóvedas sonoras toda la ciudad sentía como una caricia en las entrañas de su devoción.

También el colegio pronto extendió su fama. En las familias se comparaba la recia crianza que recibían los alumnos en el Sagrado Corazón, con la que se impartía en otros planteles educativos.

En el libro de oro de la casa, la señorita María Blanca Lapadu, inspectora escolar de la zona, escribió en 1940 estas significativas expresiones:

“Este Instituto, del que podemos enorgullecernos por sus resultados, cuenta con fervorosos e inteligentes maestros para el desempeño de sus delicadas funciones, que contribuyen, mediante una labor pedagógica integral, a formar verdaderos educandos”.

En este ambiente de cultura y de actividad juvenil, se desarrolló el período principal de la breve existencia de Alberto Jorge Irisarri. Allí dejó el ejemplo de una concepción superior de la vida, a través de una entrega generosa al deber de cada día.

Al asimilar las enseñanzas y los métodos educativos de los Hijos de San Juan Bosco, alcanzó la madurez precoz de una formación espiritual, la que habrá de permanecer, sin duda, para orientación y aliento de muchas generaciones de jóvenes, como testimonio irrecusable de la eficacia perenne de la gracia divina y del silencioso trabajo del Espíritu Santo — el mismo que flotara un día sobre las incompuestas tenebrosidades del caos — en los corazones dóciles de la juventud de los tiempos nuevos.

IV

FRESCURA DE MANANTIALES

Alberto Jorge Irisarri, arrebatado a los vivos cuando aún no había logrado trasponer el umbral de los quince años — 21 de junio de 1943 —, dejó en el ánimo de quienes conversaron familiarmente con él, el sentimiento inconfundible de las revelaciones divinas.

Cuando la losa selló el nicho de la angosta sepultura, comenzaron a destacarse nuevos aspectos y ocultos heroísmos de ese joven que, no obstante la llaneza y naturalidad de un carácter jovial y risueño, había realizado las tareas más difíciles e ingratas de un auténtico apostolado cristiano.

Circunstancias providenciales acumularon, en los días que siguieron a su muerte, una documentación variada y edificante. Los elogios brotaron con una espontaneidad conmovedora de sus mismos condiscípulos y amigos, que, en la escuela y en el barrio, habían sido testigos imparciales de su vida cristianamente ejemplar.

Un maestro de Alberto Jorge, que por su actividad y méritos acumulados en la difusión de tan edificantes recuerdos se destaca entre todos, aceptó la responsabilidad de cronista y compilador de las

memorias de Irisarri. Guiado por una innata vocación de artista, supo concertar la gama de distintas sonoridades y ponerlas en clave y resonancias, para obtener con ellas un delicado poema sinfónico.

El primer ensayo biográfico apareció, así, bajo el aspecto de crónica, en la interesante revista escolar *La Hojita*, publicación mensual del templo y colegio del Sagrado Corazón, de La Plata.

El coro de voces elogiosas que llegaron a la redacción de la revista, desde los rincones más remotos de la República, y aun de naciones lejanas, decidieron al autor a refundir todo el trabajo, de acuerdo con un plan más práctico y objetivo, respetando, con todo, en su máxima parte, la composición tipográfica de la primera publicación.

Huella luminosa, fué el título que ostentó en su portada el nuevo trabajo impreso, a mediados del año 1945, en los talleres gráficos del colegio Pío IX, de Buenos Aires. El padre Agustín Luchía Puig, asuncionista, aceptó prologar la obra, luego de hacer conocer la figura del joven Irisarri, en una inspirada alocución radial, a los oyentes de Radio El Mundo.

El infatigable recopilador de los escritos y hechos del joven Irisarri, recogió cuidadosamente todos los datos que le fué posible hallar, consultando a las personas que lo habían rodeado en vida, y cuyos testimonios se conservan en una abultada documentación, que tiene frescura de manantial.

“Los he recogido — afirma — en el seno de su familia, entre sus compañeros de colegio y de barrio, y aun entre sus mismos rivales. Personalmen-

te, he visitado los lugares donde nació y vivió, coleccionando impresiones”.

Los interrogatorios a los cuales fueron sometidos compañeros y amigos, dieron resultados sorprendentes. De ellos, algunos llegaron a acusarse a sí mismos, descubriendo sus faltas ocultas, para poner de relieve la delicadeza moral de Alberto Jorge.

Con frecuencia, en tales casos, el interrogante creía deber suyo adoptar estudiosamente un aire de incredulidad, aventurando palabras de duda sobre ciertas apreciaciones que tenían visos de exageradas. Tal posición dialéctica recibió siempre la confirmación más satisfactoria.

En algunos hechos, surgieron coincidencias que ofrecían gran interés, al interrogar por separado a los testigos, a quienes, en varias oportunidades, se les exigió la confirmación con juramento.

A más de los interrogatorios, realizados con serena imparcialidad, se añadieron los escritos de muchos compañeros, que quisieron manifestar espontáneamente las impresiones recibidas. Escuchando las conversaciones de los días que siguieron a su fallecimiento, se llegó a acumular tal cantidad de elementos de juicio, que el anhelo de una biografía logró cuajar muy pronto.

La crónica del colegio recogió con fidelidad las impresiones generales del alumnado. En ella se lee:

Junio, lunes 21. — Fallece, en la madrugada, el ejemplar alumno de primer año Alberto Jorge Irisarri. El primer sentimiento de tristeza comienza rápida y extrañamente a borrarse, suplido por la

impresión alentadora de que Irisarri es un San Luis que se va al cielo.

Se despiden sus restos en un ambiente de admiración.

Martes 22. — Síguese comentando la muerte ejemplar y la figura atrayente de Irisarri. Mucho se habla de sus virtudes.

Viernes 25. — La figura de Irisarri se agranda día tras día. Se piensa ya en escribir algo sobre él.

Miércoles 30. — Va arraigándose más el deseo de que se escriba algo acerca de Irisarri. Es necesario hacer apreciar sus virtudes. Redundará en provecho de nuestros alumnos. Es Domingo Savio que ha vuelto a revivir.

Julio, viernes 2. — Sale La Hojita de julio, con las primeras noticias biográficas de Alberto Jorge Irisarri. Causan muy buena impresión. Todos las leen y comentan.

Miércoles 21. — Primer mes de la muerte de Irisarri. Los alumnos de los grados realizan un homenaje en su honor. Mañana se piensa hacerlo también con los mayores, y se prepara el ambiente.

Jueves 22. — En el salón de actos, reunidos todos los alumnos, se llevó a cabo un acto público, conmemorando a Irisarri. Se impone su simpática figura. Es una gloria del colegio.

Ese mismo día, 22 de julio, se hizo presente en el colegio la inspectora seccional, señorita Nélida

Sasso. Después de recibir el informe acostumbrado, en torno a las actividades docentes del plantel, los superiores le hicieron conocer la noticia del fallecimiento del alumno Alberto Jorge Irisarri.

Demostró gran interés. Al tener en sus manos un ejemplar de la revista del colegio, donde se había publicado su retrato, manifestó una viva conmoción.

—¿Conoce tal vez esta fisonomía, señorita?

—Recuerdo perfectamente a este alumno, Padre. ¡Me parece verlo!

Al enseñársele un cuadro que mostraba la ampliación fotográfica, añadió:

—Es él, él mismo. ¡Exactamente!

Reunido el alumnado en los patios, después del recreo, y presentes todos los maestros, pronunció las siguientes palabras:

“Acabo de enterarme, con dolor, de la sensible pérdida experimentada por esta escuela. ¡Cómo no recordar a un alumno cuyos rasgos han quedado singularmente grabados en mí!

“Ese alumno fué el primero a quien conocí aquí mismo, el año pasado, en mi primera inspección. El fué quien me recibió con su sonrisa franca, y la cortesía respetuosa de sus finas atenciones. El quien informó al Padre Director de mi presencia.

“Durante mi visita, él traía y llevaba los registros y secaba las planillas que yo firmaba, muy atento a todos los detalles, cumpliendo diligentemente las órdenes que recibía.

“Volví a ver a ese mismo alumno el 26 de noviembre, en ocasión de visitar la exposición escolar

de vuestros trabajos. Le dirigí entonces mis sinceras felicitaciones, para que él, a su vez, os las transmitiera, por la eficiente labor realizada, y recuerdo su gesto amable de expresiva gratitud.

“Diariamente, me toca visitar no pocas escuelas. Bajo mi vista desfilan centenares y millares de alumnos; es puedo asegurar, sin embargo, que el recuerdo de este vuestro compañero no se borrará jamás de mi espíritu, porque en él ha quedado grabado profundamente.

“Yo podría señalaros el banco que ocupaba en su clase el año pasado, donde me parece escuchar aún las rápidas y atinadas respuestas a mis preguntas.

“Hijo de la Iglesia y de la escuela, sé que ha sido muy diligente y respetuoso; observante en su deber, en el aula y en el templo, en el recreo como en la calle, dejando en pos de sí luminoso ejemplo de virtud cristiana. ¡Que entre vosotros surjan muchos imitadores!

“Como inspectora, siento la satisfacción de destacar la figura de este alumno singular, y aplaudo la idea de que se escriban sus hechos, digno exponente de la educación salesiana.

“Al Reverendo Padre Director y a los maestros de esta casa, les reitero las expresiones de mis más sinceras y sentidas condolencias”.

Estas palabras fueron dichas con hondo sentimiento. Se sentía vibrar en ellas la admiración, el entusiasmo, el dolor por su pérdida. Causaron profundísima impresión en el ánimo de todos los

alumnos. El paso estruendoso de un aeroplano, no logró distraer su atención reconcentrada.

En el curso del primer mes, después de la desaparición de Alberto Jorge, se procedió a la recolección del material para su biografía. Se lo juzgó completo el día 15 de septiembre, solemnidad litúrgica de los Siete Dolores de la Santísima Virgen.

“Confieso — escribe el Padre Consejero — que durante la vida de Alberto Jorge aprecié mucho sus actos de virtud. Pero después de su muerte, y al concluir sobre todo la compilación de los episodios de su vida, renuevo el testimonio de mi admiración y sinceramente lo venero”.

El mismo biógrafo de Alberto Jorge Irisarri, en un escrito confidencial, que ahora creemos conveniente dar a publicidad, narra un hecho de amplia significación. En las postrimerías del año 1943, el autor de *Huella luminosa* mostraba al Padre Director, en su despacho del colegio de La Plata, las pruebas de imprenta ya corregidas de los últimos capítulos de la biografía del joven alumno.

Mientras el Padre Director hojeaba las pruebas, revisando las correcciones efectuadas, se entabló el siguiente diálogo:

—Dígame, Padre: ¿no tiene usted miedo del giro que está tomando todo este asunto relativo a Irisarri, con motivo de la publicación de sus hechos? ¿Hasta dónde iremos a parar?

—¿Miedo? Ninguno. Llegaremos adonde Dios disponga. ¿No ves, acaso, en todo esto la mano de Dios? ¿O es que no tienes fe en El?

—No es precisamente la falta de fe. En el orden

material y externo, todos ponderan la conducta de Irisarri; pero, en lo referente a su interior, sólo usted lo conoce... Únicamente usted, que fuera director espiritual de Alberto Jorge.

Hubo un largo compás de silencio, preñado de una tensa expectación. El rostro del interpelado no se inmutó. Lápiz en mano, continuaba recorriendo las páginas olorosas de imprenta. No se percibía más que el crujido de las hojas ligeramente chascadas, y fuera, en el cielo primaveral, el quedo piar de los gorriones, que apenas turbaban el reposo de la tierra.

—Dígame la verdad, — insistió con un temblor imperceptible en la voz. — ¿Cree usted sinceramente en la virtud de Irisarri?

—¡Claro que sí! — respondió con seguridad, sin levantar la mirada.

—¿Se puede creer que Irisarri sale de lo común?

—Para mí, es extraordinario.

—No olvide que ha sido usted su director espiritual durante los años de colegio.

—Por eso te lo digo. ¿Sigues aún dudando?

La corrección de las pruebas había llegado a su término.

“Confieso — concluye el Padre Consejero — que, para mi tranquilidad, necesitaba una afirmación de esa índole, que me alentara en forma definitiva al trabajo, impacientemente solicitado por el editor, y que salió a la luz en los primeros meses del año 1944”.

V

LA VOZ DE LA DISPLICENCIA

La publicación de las Memorias no suscitó solamente elogios y entusiasmos. Alarmados, quizá, por el rosal de simpatías que iba floreciendo en torno a la figura de Irisarri, hubo quienes sintieron el deber de conciencia de expresar ruidosamente su disconformidad.

La fórmula de la protesta colectiva fué hallada muy pronto. Se trataba — dijeron — de una “prematura y atrevida canonización”.

¿Canonización? Pues, sí, pero canonización humana. “Nadie la puede impedir — replica su primer biógrafo, en un desahogo inédito —; no tenemos por qué ocultar que nuestro propósito fué hacer resaltar en un fondo humano-salesiano todo lo bueno de un adolescente que, alentando la noble ambición de ser siempre el primero, supo brillar entre sus condiscípulos, por la prestancia de sus dotes y el empleo generoso de los talentos recibidos, en la causa divina del apostolado...”

Con todo, hubo necesidad de apelar a la persuasión, para reducir a la verdad algunos espíritus displicentes. A un compañero se le antojaron exageradas ciertas apreciaciones y noticias acerca de la

virtud de Alberto Jorge. Desconocía por completo los datos de la documentación. Llamado aparte por uno de sus superiores, fueron sometidos a riguroso análisis, uno a uno, los elementos de las afirmaciones incriminadas. No sólo llegó a confirmar la absoluta verdad de cada inciso, sino que, acusándose a sí mismo, añadió haberlo puesto a prueba, tratando de iniciar con él conversaciones inconvenientes.

Las voces que expresan duda, fácilmente se abren camino, y resaltan con negras tintas, hasta en las páginas amarillentas de la historia. En cambio, las voces blancas del bien casi no dejan huellas; tienen la levedad de un ala de paloma que sube solitaria hacia la inmensidad del cielo.

Cierto día, se impuso la necesidad de pronunciar una palabra clara, sin embozos ni comprometedoras tergiversaciones. Durante un mes entero habían circulado profusamente, entre los más variados comentarios, las primeras noticias biográficas de Alberto Jorge, en las páginas de *La Hojita*.

El espíritu del joven compañero flotaba invisible en la diáfana atmósfera de los patios, y su recuerdo sahumaba las aulas luminosas del colegio.

Tres o cuatro alumnos, sin embargo, comenzaron a formar un reducido núcleo de oposición, tratando de insinuar en el ambiente una nota de frialdad y fastidio, ante los elogios. Querían que se entregara al silencio el nombre de Irisarri, pues el asunto, en su opinión, "resultaba fúnebre", y empleando una expresión muy socorrida, exigían que "se cambiase de disco".

El catequista de la casa, encargado de la marcha espiritual y la piedad de los alumnos, halló oportuno aclarar los puntos de la cuestión. Aprovechando el tradicional sermoncito de la noche, abordó resueltamente el tema.

“Me perdonaréis, si esta noche seré algo extenso en mi exposición. Es que deseo decir unas palabras sobre Alberto Jorge Irisarri”.

Un ligero murmullo en el inquieto auditorio, ofreció oportunamente la pauta del exordio.

“No alcanzo a comprender el motivo de esta especie de disgusto que veo asomar en ciertos rostros. Probablemente, algunos no han llegado a conocerlo, durante sus años de colegio; pero esto no es motivo suficiente para poner en duda o rechazar sus méritos”.

La voz del sacerdote se tornaba firme, e iba adquiriendo animación y acento persuasivo:

“Tampoco han conocido a Belgrano, ni a San Martín, y sin embargo, la historia registra las hazañas que lo representan en forma viva, concreta y acabada. No hablamos en el aire. Destacamos los hechos de este alumno, porque — lo decimos sin vueltas ni rodeos — se trata de un joven cuyo carácter sale de lo común.

“Alabamos en su figura todo lo bueno que nosotros, personalmente, hemos admirado durante su vida. Don Bosco, que ponderó siempre los hechos virtuosos de sus alumnos, habría hecho lo propio en este caso.

“Las maravillas más grandes que realizó Irisarri, fueron su conducta irreprochable, la estricta fi-

delidad al reglamento del colegio y a sus deberes de clase; los magníficos resultados de sus estudios, como lo han reconocido, por unanimidad, superiores y compañeros, a lo largo de sus años de colegio. Por encima de todo, su fervoroso apostolado en el oratorio festivo y en las filas de la Acción Católica”.

Las palabras brotaban ahora flúidas y elocuentes. Los rostros, abiertos a un asomo de sonrisa, seguían dócilmente la cálida evocación, mientras el recuerdo del compañero muerto excitaba en los ánimos un deseo anheloso de recorrer los mismos caminos.

No hubo, pues, afán panegirista de sublimar cualidades mediocres, ni tampoco deseo de ocultar faltas, errores y defectos propios de la edad juvenil. Todo fué dicho con naturalidad, respetando, en cada momento, las exigencias imperiosas de la verdad documental. De este balance, realizado imparcialmente, surge una personalidad inconfundible, y se pone de manifiesto una naturaleza en la que el elemento volitivo ha recibido un desarrollo armónico, en consonancia con las otras facultades anímicas.

La semblanza, pues, que intentamos esbozar, para cumplir con una promesa y obedecer a los impulsos de una simpatía que se está enseñoreando calladamente de toda el alma, no quiere ser una biografía, en el sentido tradicional. Tampoco puede serlo. O, si se quiere, se detiene en el momento primordial de la historia, limitándose a la recolección de las anécdotas, con finalidad edificante, y

a un intento de hilvanar algunas memorias; tarea, de suyo, algo cansada.

No es, pues, biografía, ni menos aún historia. Una forma peor, y que procuraremos evitar con todo empeño, es la retórica, de la que Alberto Jorge no necesita, y que es un vestido que la historia no quiere llevar.

Los inspiradores y verdaderos autores de este bosquejo biográfico, son los mismos compañeros de Alberto Jorge, que quisieron sintetizar en sus recuerdos el profundo cariño y la admiración hacia su persona.

Este libro describe un hecho real, una vida auténtica. No es una simple novela o fantasía, que habría permitido explotar mejor ciertos episodios, como asimismo pasar por alto circunstancias al parecer triviales o de escaso interés.

VI

PRELUDIO MATINAL

A veces, una aureola azul y dorada florece en torno a los niños a quienes espera un destino glorioso, y cien motivos parecen trazar el tema que será luego la grandiosa sinfonía de mañana. Destinos que iluminan los hogares, los corazones, las almas, desde las primeras luces del día.

Las infancias dejan entrever, con frecuencia, los brotes de futuras primaveras. Hay que comprender los primeros buceos y los compases inseguros de estas marchas triunfales, e inclinarse a los preludios que anuncian la gloria del porvenir.

Todo niño, al nacer, parece confirmar la promesa divina de una humanidad mejor; y todo niño que da alegría a la casa, es como el duraznero en flor, que alegra, en el rocío, toda la pradera.

En el álbum familiar de la familia Irisarri, se han conservado buen número de instantáneas de la infancia de Alberto Jorge. En todos esos parpadeos breves de la cámara oscura, que han fijado el instante fugaz de una vida, aparece una sonrisa fresca, ingenua, cautivadora. Sólo en una fotografía, acaso la más antigua, los rasgos infantiles han tomado una expresión de prematura seriedad; qui-

zá, un asomo del Alberto Jorge profundo de los últimos días de su breve vida terrena. Los ojos miran hacia una lejanía, cuyo alcance no puede comprender aún el pobre niño inexperto.

Pero luego la mirada se serena, y los ojos se llenan de inmensidad, de sol y de campo. Porque el niño vive la amplia libertad de la tierra. Llegó allí en los brazos de sus padres, desde la ciudad que lo recogió al nacer.

Esto ocurrió en La Plata, el 22 de enero de 1929, en la espaciosa casa de la calle 12, número 1291, propiedad de la abuela paterna. La aparición de Alberto Jorge, en una clara mañana de estío, trajo a los padres, Juan José Irisarri y Pilar Arteaga; a su hermanito Juan Carlos, y a todo el enjambre de la rumorosa familia patriarcal, la nota risueña de una llegada sorpresiva y deseada.

Familia de hondas raíces ibéricas, de ese rincón de la adusta España, proverbialmente conocido por la reciedumbre de sus hijos, simbolizados en aquel vasco anónimo que, a ciertos nobles franceses que se envanecían con datar de tal o cual rey, más o menos antiguo, replicó con la memorable respuesta:

—Nosotros no datamos.

Un abuelo navarro: Irisarri Errandonea, de la villa de Echelar; otro abuelo: Arteaga, de Alzo, en la histórica provincia de Guipúzcoa. Dos abuelitas: una, Urrutibeheity, y otra, Aguirre.

Nombres sonoros, de rancia tradición, con sabor a tierras aromosas; sangre valiente de antiguos caballeros de Roncesvalles, los mismos que legaron a los vástagos lejanos la aptitud universalmente re-

conocida para trabajos de fuerza, combinada con una excepcional agilidad y rápido y certero golpe de vista.

El niño fué llevado a la parroquia, pocos días más tarde, para recibir el sacramento de la regeneración. Al regreso, la madre trazó, sobre su frente, una señal de la cruz; ya no era sólo un pedazo de carne, frágil como el ala de una mariposa, sino un alma menuda, toda nueva y blanca por la gracia del bautismo.

El mismo año del nacimiento de Alberto Jorge, sus padres se trasladaron a Chascomús, donde poseían terrenos y hacienda. Chascomús es un centro urbano de alguna importancia, a 114 kilómetros al sur de Buenos Aires. Se llega, cruzando una campiña de cultivos verdes y pastizales.

Más adelante, el campo adquiere el típico aspecto de la llanura pampeana: tierras añojales, inmensas, raídas, sin frescura de árboles. A los verdos atusados de las sementeras, siguen paisajes fuertes, encendidos, olorosos de fertilidad. Baldíos almagreros, eriazos abrasantes, prestan su escenario de secano, donde predominan los colores bajos: el rosa seco, el pajizo claro, el tórtola, el perla.

A trechos, una vera umbrosa, rasgada por un río orillado de álamos. Todo el campo exhala, en la mañana, un leve humo de niebla, ondulando con suavidad en el confín, donde pacen vacas rojas y se destaca la sombra negra de un jinete madrugador. Un paisaje amplio, reposado y bueno.

La familia permaneció seis años en el retiro campestre de la hacienda de Giribone, en las tierras de

Chascomús. Algún tiempo después, hizo también su aparición en el hogar, una hermanita, Olga María, inseparable compañera de las travesuras infantiles de Juan Carlos y Alberto Jorge.

Los vemos a los tres, en un momento dichoso de esa despreocupada vida de campo, formando un grupo de inocencia geórgica, con un corderito blanco, dechado de evangélica paciencia.

Detrás, las enjalbegadas paredes de la cómoda residencia rural, con madreselvas y rosales trepadores, maceteros y arriates desbordantes y rebeldes. Más allá, abrigo y bóvedas umbrosas de jazmineros, con un temblor de la agreste lira de armonía del campo, que tañen las abejas. Y en torno, el intenso silencio campesino, que trae voces labriegas.

Alberto Jorge se había familiarizado con este ambiente de serena naturaleza, que dilatava los horizontes de sus ilusiones de niño. Allí le nació el cariño profundo hacia las cosas del campo, y años más tarde, allí se desarrolló también este aspecto no indiferente de su singular personalidad.

Rodaba el tiempo, participando del regocijo de este hogar dichoso. Crecieron los niños, hasta alcanzar la edad de los estudios. La familia resolvió regresar a la ciudad.

Atravesaron los campos de llanura, de rubias rastrojeras. Ya rasgaba los aires el aletazo del viento de otoño, mojado de lluvia de tardes cortas. Fueron alejándose los chopos ribereños, que temblaban sobre los cielos aborascados y neblinosos. Y a noche cerrada llegaron a la ciudad, con un suspiro de nostalgia.

VII

LA ALACENA DE LOS RECUERDOS

Al iniciarse el año escolar de 1937, Alberto Jorge Irisarri fué inscripto entre los alumnos externos del Sagrado Corazón. Los primeros días de colegio, el niño, acostumbrado a la libertad de los horizontes campestres, sintió en su alma un pasajero estremecimiento de turbación. Se sobrepuso luego, y con el espíritu de adaptabilidad propio de su raza, se amoldó prontamente a las exigencias disciplinarias, descubriendo con alborozo nuevos panoramas en el vasto mundo del colegio, tan poblado de pequeños amigos.

Uno de sus maestros de los primeros años, dió este autorizado testimonio:

"En el jardín salesiano, pude contemplar, durante los largos años que tuve la dicha de ser humilde operario, planteles de flores hermosas, según el ideal de Don Bosco. Puedo afirmar, con íntima satisfacción, que las hay de colores agradables, de aromas exquisitos, y otras de un perfume tan delicado, que, al penetrar en lo íntimo del alma, dejan como una huella indeleble. A estas últimas perteneció el que fuera en vida Alberto Jorge Irisarri,

modelo de alumno, por su profunda piedad y constante aplicación”.

El encuentro cotidiano con el alma jovial de tantos buenos sacerdotes salesianos, en un ambiente donde todo respiraba actividad y limpieza de corazón, iba saturando el ánimo de Alberto Jorge de aquel espíritu de Don Bosco, tan difícil de definir, pero que logra penetrar con suavidad y fuerza imperiosa hasta el fondo de las almas.

Los años se sucedían de buena gana, estudiosos y alegres.

Pocos alumnos supieron apreciar como Alberto Jorge la gracia divina de la formación espiritual recibida en el colegio.

“Dad gracias a Dios — había dicho el papa Pío XI a un grupo de alumnos salesianos — porque vosotros no recibís una educación cristiana ordinaria, sino una educación profunda, cuidadosa; tal, que pueda llenar cumplidamente todas las necesidades del alma y de la vida”.

En una carta dirigida al director del colegio, al concluir los estudios primarios, Alberto Jorge confirma con ingenua espontaneidad los elogios tributados por el Pontífice a la educación salesiana. Con mano algo torpe, pues nunca alcanzó soltura y elegancia en el trazo de las letras, el jovencito escribió:

“La Plata, 21 de noviembre de 1942.

“Reverendo Padre Director.

“De mi mayor estima:

“Estas líneas son para expresar el agradecimiento que debo a mis superiores, y en particular a us-

ted, por el trabajo que se tomaron al impartirme una sólida instrucción moral y religiosa, a través de seis años de colegio.

"No me olvidaré, por eso, de esta escuela, que ha sido para mí el segundo hogar, sino que seguiré actuando como exalumno, allí donde mi acción o mi apostolado sean necesarios, cualquiera sea el ambiente que me rodee, imitando el ejemplo de nuestro querido Padre San Juan Bosco.

"Todo esto espero cumplirlo, con la ayuda de Jesús y de María Auxiliadora.

"Agradeciendo, pues, una vez más, tantos sacrificios, le saludo muy atentamente.

"Afmo. y S. S.

Alberto Jorge Irisarri".

Las cartas familiares son las que reflejan con mayor fidelidad el alma y los sentimientos del hombre. Todos los que se proponen penetrar en las intimidades del ser humano, buscan con pasión esas líneas escritas en el fervor de las ocupaciones y en la espontaneidad de los afectos, para encontrar en ellas el retrato moral más auténtico y seguro.

El joven que reconocía en sí los frutos de esa educación fuerte y amable, profunda y armónica, no era un joven cualquiera. Una eficacísima cooperación personal, fruto de un temperamento volitivo y de una gran docilidad al influjo de la gracia, había logrado plasmar su espíritu.

En él quedaban impresas las notas características de la educación cristiana, conforme a lo expresado por nuestro inmortal Balmes:

“El entendimiento sometido a la verdad; la voluntad sometida a la moral; las pasiones sometidas al entendimiento, y todo iluminado, dirigido, elevado por la religión.

La trayectoria de la vida escolar de Irisarri nos proporciona el cañamazo más seguro, para formular un juicio acerca de su aprovechamiento y espíritu de trabajo.

En los archivos del colegio, hallamos los datos que constituyen, a pesar de su escueta parquedad, un elogio exento de toda exageración. Un libro, donde se registran las actividades escolares, no ofrece, de suyo, una lectura muy agradable. Al recorrer las ordenadas casillas verticales, con su monótona sucesión de guarismos, no se sienten las emociones que podrían experimentarse al leer los tupidos renglones de un libro de memorias.

Sin embargo, el registro escolar nos reserva también sus sorpresas. No es un libro de lectura, sino un texto de meditación. Los datos esquemáticos, cuando el oído interno sabe escuchar atentamente, se tornan voces verdaderas. Al principio son un murmullo apenas perceptible; pero luego adquieren la tonada de los cantos juveniles.

Entre las áridas columnas asoman rostros de adolescentes, ora con vaga expresión de desidia, ora con una leve mueca de despecho, o bien con una luz ardiente en el fondo de los ojos llenos de serena confianza.

Los avaros registros del colegio nos ofrecen una reseña muy halagadora, bajo el nombre de Irisarri. En 1937 y 1938, segundo premio y diploma de

honor del curso, respectivamente. Desde 1939 a 1941, en tercero, cuarto y quinto grados, constantemente el primer premio del curso.

Hallamos, además, el nombre de Alberto Jorge, todos los años de colegio, en la corona de dieces que los jóvenes más adelantados y de conducta irreprochable suelen ofrecer al Padre Director, en el día de su onomástico.

El árido lenguaje del registro adquiere ahora las sonoridades de un grandioso crescendo musical. Entre número y número, aflora, como en un espejo de luminosa evocación, la serena y compuesta juventud de Alberto Jorge, y su voz, para siempre apagada, parece vibrar una vez más, para decirnos el triunfo de una voluntad serenamente inflexible.

El último documento que roza nuestras manos, al concluir la búsqueda curiosa, es la ficha escolar, correspondiente a 1942, año en que concluyó los estudios elementales. Está redactada, como toda esta literatura de archivo, en estilo cablegráfico:

"Alberto Jorge Irisarri: segundo premio de honor del curso: primer premio de conducta y aplicación; premio de religión, de asistencia y puntualidad, de declamación, de gimnasia, de asistencia dominical y de carpeta de deberes..."

El Kárdex se vuelve a cerrar, con chirrido metálico, y el pensamiento, dócil a la sugestión del recuerdo, permanece ensimismado, frente a la serena belleza de esta alma juvenil, que desde los primeros años conscientes supo orientarse hacia un desarrollo armónico de las facultades, hasta lograr la organización eficaz de toda su vida.

VIII

RUTAS ABIERTAS

“El fin general de los colegios que atiende la Sociedad Salesiana — explica Don Bosco en la introducción del Reglamento —, es hacer bien al prójimo, especialmente en la educación de la juventud, sosteniéndola en los años más peligrosos, instruyéndola en las ciencias y en las artes, y dirigiéndola a la práctica de la religión y de las virtudes”.

Don Bosco, si bien estuviese muy al corriente de la ciencia pedagógica de su tiempo, sin embargo, creyó más oportuno encauzar las energías hacia la acción. Su obra, que en los últimos tiempos ha obtenido el reconocimiento más autorizado — el de la Iglesia —, consistió principalmente en dar nueva vida al árbol resquebrajado de la antigua pedagogía, asentada sobre bases psicológicas inadecuadas.

El injerto nuevo fué proporcionado por el eterno principio evangélico de la caridad cristiana.

Los establecimientos salesianos, donde se conserva intacto el espíritu que animó las obras del santo fundador, ofrecen una prueba palmaria de la eficacia sobrenatural del Sistema Preventivo.

Alberto halló en el colegio del Sagrado Corazón, de La Plata, el ambiente que es el objeto de los sueños de un niño y de un adolescente. Una de las impresiones que el observador curioso y competente se lleva siempre de una visita a una casa salesiana, es la atmósfera de alegría en que parece estar envuelta. Para Don Bosco, la alegría es factor indispensable de éxito en la educación.

Sintiéndose rodeado por este espíritu de bondadosa comprensión y de grata libertad, el corazón del alumno se orienta naturalmente hacia los ideales que se propone el educador.

Los maestros de Alberto Jorge pudieron comprobar, en el contacto cotidiano, el influjo del ambiente en un ánimo dócil, por naturaleza, a las sugerencias del bien.

“Grato y honesto solaz para el espíritu es recordar a los buenos alumnos — escribe uno de los maestros —; pero más dulce aún es poder brindar recuerdos excelentes... Si San Juan Bosco pudo afirmar que un gran número de niños, cumpliendo el reglamento salesiano, emulaban la virtud de San Luis Gonzaga, se puede asegurar que no faltan tampoco ahora, entre nuestros alumnos, los continuadores de esa hermosa tradición. Alberto Jorge puede servir de ejemplo”.

Entre los pocos escritos de Alberto Jorge que lograron sustraerse a la suerte efímera de las planas escolares, hallamos una breve composición, en el desarrollo del tema **Retrato moral de una persona**. La redacción, algo imperfecta, y que deja entrever el apresuramiento con el cual suele exigirse en clase

esta categoría de trabajos, demuestra, sin embargo, una concepción exacta de las cualidades que, con arreglo a un modelo quizá un tanto formalista y académico, deben resaltar en la persona de un joven estudiante:

“Luis es un niño de cualidades óptimas. Se le ve siempre amable, discreto, complaciente y de buen humor.

“Asiste diariamente a la escuela, donde se esmera en cumplir con sus deberes escolares.

“Cuando acompaña a sus padres en una visita, sabe estar compuesto en su asiento, sin molestar, y responde cuando es interrogado.

“Si se le ofrecen golosinas, da las gracias y se sirve con moderación. Cuando lo elogian por su aplicación, reconoce que el mérito mayor corresponde a su maestro”.

Alberto Jorge descubre, inconscientemente, su propia personalidad, y nos brinda un fiel autorretrato, en estas breves líneas brotadas de la espontaneidad de una apresurada tarea escolar.

“En cuanto a puntualidad y asistencia — informa su maestro de tercero y quinto grados —, puedo afirmar, sin temor a error, que en los dos años faltó muy pocas veces, y siempre por enfermedad.

“No se dispensaba por razones de onomásticos o cumpleaños. Muchas mañanas pude comprobar que era el primero en llegar al colegio. Jamás dejó de hacer los deberes de clase, ni de estudiar las lecciones. Era sagrada, para él, esta obligación.

“El estudio del santo catecismo lo entusiasmaba

de tal modo, que era un anhelo viviente en él llegar a ocupar siempre el primer puesto de clase.

“Daba sus lecciones con la tranquilidad de quien estudió a conciencia y con la inquietud de quien aspira a ampliar y profundizar conocimientos.

“En todos los certámenes salía airoso, conquistando así el grado de capitán, título del que se servía para inculcar a los demás el amor al estudio, especialmente del catecismo. Recuerdo que con frecuencia solía repetir un pensamiento que yo había dado a la clase como modelo de escritura: *El tiempo es cielo*”.

Alberto Jorge Irisarri demostró haber comprendido la exhortación que Don Bosco dirige a los jóvenes, en el capítulo quinto de su Reglamento:

“El hombre, queridos jóvenes, ha nacido para trabajar... Por trabajo se entiende el cumplimiento de los deberes del propio estado, del estudio, arte u oficio”.

Este artículo, que podría quizá interpretarse torcidamente, como uno de los manidos preceptos de la moral laica, al estilo de Rousseau, semejante a los que brotaron de las plumas ingenuamente optimistas de Samuel Smiles o Pablo Mantegazza, es completado luego por una brisa sobrenatural que lo vivifica:

“Mediante el trabajo podéis haceros beneméritos de la sociedad y de la religión, y enriquecer vuestra alma, particularmente, si ofrecéis a Dios las ocupaciones de cada día”.

“Alberto Jorge — añade otro de sus maestros — sabía cumplir siempre con su deber; lo hacía

con sencillez; demostrando una reflexión superior a su edad; parecía esforzarse al mismo tiempo en estudiar el modo de no llamar la atención de sus maestros y de sus compañeros.

“Todos reconocían, sin embargo, su capacidad, como también su virtud. En toda ocasión se podía contar con él, para cualquier iniciativa.

“Desempeñó no pocos cargos, en las diversas asociaciones; pero cumpliendo esos compromisos, no descuidaba sus deberes escolares.

“Era asiduo y puntual: lo dicen sus premios.

“De los más atentos, durante las explicaciones, pronto en responder a las preguntas del maestro, y dispuesto a prestar ayuda a los más atrasados, especialmente en la solución de las dificultades”.

Su inteligencia no era excepcional. Sin embargo, la voluntad siempre vibrante, como cuerda tendida, lograba fáciles victorias sobre otros compañeros, más dotados que él.

Había comprendido que el examen verdadero, el examen tremendo, es el de cada día, que no admite promociones gratuitas, plagios, recomendaciones; el examen cotidiano, que exige una renovación incesante de la propia cultura, una alacridad que no se aprende en clase y que ningún diploma puede otorgar.

IX

ESPÍRITU Y MATERIA

A los catorce años, Alberto Jorge mostraba en su persona los signos evidentes de una naturaleza sana y vigorosa. El cuerpo, armónicamente desarrollado; la agilidad de los miembros y el color del rostro, dejaban traslucir la belleza escondida del alma y la frescura de una mente plasmada en pensamientos limpios y serenos.

No había crecido al abrigo de casalicios apretados o en patiezuelos agobiosos, bajo la maldición constante de las sombras. En los primeros años, la amplitud desbordante de sol y del aire fuerte de los campos. Luego, la residencia urbana, ancha, y la sonrisa acogedora de calles y patios hechos para la holgura del cuerpo y el canto del espíritu.

Bajo la frente abierta, el rostro algo atezado por el sol de los campos, sureños, se abría a una sonrisa característica que casi nunca lo abandonaba. Los labios finos, se apretaban a veces en un instante de reflexión, de la que surgían luego las decisiones irrevocables de un carácter tenazmente volitivo.

Era desenvuelto en su andar y en la natural distinción de sus ademanes. No confundía la franqueza con el desgarro; sabía conservar en todo su

exterior una compuesta dignidad, que contrastaba con el chabacano desenfado de muchos de sus coetáneos.

Alberto Jorge saltaba de la cama cuando el cielo comenzaba a aclararse en torno a los campanarios de la ciudad. Leve y silencioso como una sombra, ponía orden en sus cosas. No reparaba en fregotear enérgicamente la cara, sacando los colores de la limpieza saludable. Humilde y sencillo por naturaleza, le repugnaba el arreglo artificial de la persona, y llegaba a reprochar amablemente tales debilidades en quienes frecuentaban la casa.

La propensión a la vanidad y al esmero excesivo en los cuidados del cuerpo, nunca logró posesionarse de su corazón. Vestía correctamente, conforme a las posibilidades familiares; pero nunca se vieron en él asomos de afectación, ni atildamientos exagerados.

Una pulcra sencillez era su característica. Si había de salir a la calle, nunca dejaba de ponerse la corbata, y aconsejaba que hicieran lo propio quienes habían de acompañarlo.

Mientras Alberto Jorge concluía con diligente cuidado el aseo personal, en los cuartos contiguos el resto de la familia dilataba aún su descanso, al amor del sabroso letargo matinal.

Una de las tareas que solía cumplir con atenta dedicación, consistía en preparar lo necesario para el desayuno de sus padres. Tenía habilidad especial para aderezar la tonificante infusión de yerba mate, añeja tradición de los campos argentinos.

Llevaba su diligencia hasta colocar el diario en

una silla, junto a la cama de su padre, y luego de sacar a la calle el recipiente de las barreduras y desperdicios, se marchaba contento hacia la ciudadela salesiana.

Bajo las ramas curvas de los plátanos bien medrados, húmedos aún por el relente de la mañana, pasaba la deleitosa frescura de una caricia primaveral. Sentía su cuerpo tan sutilizado, tan leve, como si estuviera hecho de claridad y grandeza de la mañana.

En la hora de la oración matinal afloraban a sus labios, con ternura incontenible, las palabras dulces de la caridad divina, con los espontáneos conceptos que la Iglesia traduce en las antiguas fórmulas de su liturgia:

Ecce iam noctis tenuátur umbra,
lux et aurorae rútilans corúscat,
súplices rerum Dóminum canora
voce precémur...

Atenuándose va la sombra de la noche,
brilla la luz rutilante de la aurora,
suplicantes alcemos al Gran Señor del todo
voz armoniosa...

Antes de iniciar las clases, Alberto Jorge acostumbraba ayudar la santa misa en el instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Con un rasgo que demuestra la decisión de su carácter y el amor hacia el colegio, sacrificaba el desayuno que le ofrecían

las religiosas, prefiriendo comulgar, junto con sus compañeros, en la capilla del Sagrado Corazón.

La discreta apostura del jovencito madrugador, hizo escribir más tarde a la Hermana Directora:

“Notaba en Alberto Jorge un no sé qué de particular; era, sin duda, el candor de su alma que se transparentaba a través de toda su persona, siempre afable, cortés, deferente.

“Tuve ocasión de probarle la sotanita celeste que él estrenaba en la festividad de María Inmaculada. Le hice notar que ese color nos recuerda el cielo, patria de los ángeles, y que él debía parecerse a uno de ellos.

“—¡Sí, hermana! — repuso, sonriendo con íntimo convencimiento y serena alegría, mientras se observaba ataviado en el celeste fulgurante de su sotana y de su capita orlada de armiño”.

Era urbano y cortés. Sabía cultivar las formas con una exquisita finura, sin caer en melindres, ni en cursilerías ramplonas. No era necesaria ninguna perspicacia para distinguir en él al jovencito inteligente, de buena familia, mesurado y gentil en extremo con superiores y condiscípulos.

“Me llamaba la atención — refiere un digno caballero — el garbo con que me cedía la mano derecha en la acera, el encontrarme con él”.

Era característica suya el agradecer efusivamente cualquier atención, obsequio o beneficio, y en algunas ocasiones recordaba también a otros el deber de dar las gracias.

El sacristán de la iglesia salesiana recuerda complacido el lenguaje respetuoso y deferente que solía

usar con los empleados de la casa, a quienes siempre saludaba, sin jamás tutearlos, ni descender con ellos a familiaridades de mal gusto. Tal comportamiento lo exigía también a sus compañeros.

Tampoco le gustaba que le llamaran con el diminutivo familiar de Beto. Prefería el nombre de pila en su integridad: Alberto Jorge.

Al día siguiente del entierro de monseñor Francisco Alberti, primer arzobispo de La Plata, Alberto Jorge preguntaba a sus compañeros si habían asistido a los funerales. Se ufanaba de haber participado en la solemne ceremonia de la inhumación de los restos del gran Pastor, en la capilla del Seminario Arquidiocesano, rito imponente que había congregado un número extraordinario de fieles en torno al cadáver del santo prelado.

Muy particularmente, sintió en su alma un hondo pesar por la desaparición de un primo suyo: Lorenzo Garat, exalumno del Sagrado Corazón, muerto a las puertas de la juventud, prestando servicio militar en Campo de Mayo.

A él debían Alberto Jorge y su hermano Juan Carlos la admisión en el colegio salesiano. Por ello, Alberto Jorge quiso tomar a su cargo la compilación del recordatorio, en el primer aniversario de su muerte, y a este fin, se esmeró en revolver libros y estampas, para hallar oraciones indulgenciadas.

No suele ser común entre los jóvenes la preocupación por la salud de otros, ya que, aun entre las personas mayores, tal atención es en gran parte fruto del formalismo social. Alberto Jorge, sin

embargo, al enterarse de que la mamá de su maestro se hallaba indispuesta, por un desarreglo cardíaco que la ponía en gran cuidado, cada mañana, invariablemente, y al regreso de sus vacaciones, después de los saludos acostumbrados, solicitaba noticias acerca de su estado de salud:

—¿Cómo sigue su mamá? ¿Está mejor?

Y si la respuesta era satisfactoria, con una sonrisa en los labios corría a participar en los juegos comunes.

Sabía industriarse también, sin llegar a ser importuno, cuando se trataba de colocar los billetes de las rifas de las asociaciones colegiales; con gracejo y habilidad hacía grandes elogios de los premios, y con frecuencia lograba los frutos deseados de la persuasión.

Entre las personas que frecuentaban su casa, algunas se escudaban tras el pretexto de no tener dinero; con mucha finura les sugería entonces que ahorrasen algo en cosméticos.

No le agradaba en absoluto ver con la cara pintada a quienes ocupaban puestos de responsabilidad en las filas de la Acción Católica.

Alberto Jorge, con su voluntad firme y con una clara concepción de la dignidad que importa el nombre de cristiano, pasaba por los caminos polvorientos del mundo sin contaminarse. Sus ojos puros, bañados en la claridad divina, miraban hacia las cumbres encendidas de sol grande y nuevo.

En sus oídos, acostumbrados ya a la serena reflexión y al silencio del alma, resonaban las palabras incorruptibles de los Libros Sagrados:

“Levantaos y marchad, pues no tenéis aquí el lugar de vuestro descanso... Delante de ti, oh Dios, somos caminantes y no hay parada... Nuestro tiempo se parece a una sombra que no tiene retorno...”

X

EL SOLAR DE LA VIDA NUEVA

Hacia el año 1921, bajo el directorado del padre Jorge Serié, gran figura del mundo salesiano argentino, ya resultaban insuficientes los locales del primitivo colegio de La Plata. Urgentes necesidades en el campo de la juventud, habían reclamado la implantación de diversas actividades: el centro de exalumnos, en 1909; luego, los cursos comerciales, en 1914; los exploradores argentinos de Don Bosco, en 1916, y por último, el bachillerato, en 1933.

Fué resuelta, pues, la adquisición de una casa particular, situada frente al colegio salesiano. Allí comenzaron a funcionar, con mayor holgura e independencia, los cursos primarios, el oratorio festivo, el centro de exalumnos y el batallón décimo de exploradores.

En 1940, luego de proceder a la demolición de algunas secciones interiores, se iniciaron las nuevas obras, inauguradas con gran pompa en 1941, año centenario de los oratorios festivos de Don Bosco.

Las aulas recientes, olorosas de cal y con las paredes inmaculadas de revoque, convidaban a la

serenidad y al trabajo. Un vasto patio, bordeado de pórticos ágiles. Amplios ventanales, sólidamente defendidos por rejas tupidas, a prueba de tiros de balón. Y en la tersa lisura del lienzo, leyendas discretas, pasajes bíblicos, consejos para los jóvenes, como los que Don Bosco hizo estampar bajo las arcadas antiguas de su primitivo oratorio.

Una arquitectura clara y luminosa; un recinto murado; una gracia juvenil. Y a quien preguntaba qué había nacido en ese solar, respondían el tañido gozoso de una esquila cantarina y una explosión risueña de alegría estudiantil.

Los alumnos participaron con alborozo en los trabajos, acarreando los materiales de construcción. Juntaron también el bronce para fundir la solemne campana, que lleva grabado en su generosa redondez el nombre de Don Bosco.

Una gran rifa permitió la adquisición de tres primorosas mayólicas, que representan, en una fiesta de colores, las veneradas imágenes del Sagrado Corazón, María Auxiliadora y San Juan Bosco.

Alberto Jorge vivió con intensidad este momento de transición. Llevaba la delantera, en el amor hacia la casa de Don Bosco. Y cuando, al concluirse los trabajos de refacción, se bendijo en solemne ceremonia el esmalte del Corazón de Jesús, fué designado para recitar versos alusivos a la entronización del mismo.

El nuevo edificio constituyó el campo de la vida escolar, de las actividades e iniciativas de Alberto Jorge, a partir del año 1937, hasta el mes de junio de 1942. Todas sus dependencias señalan

un hecho, recuerdan una anécdota y guardan memoria de una actuación de Alberto Jorge.

La capilla, modesta en su primoroso atavío, era designada por los alumnos con el título altisonante de Santuario de María Auxiliadora. En ella, Alberto Jorge se esmeraba para contribuir a la solemnidad del culto divino, y al entrar en el colegio, invariablemente era el primero en visitarla.

Los campos deportivos: el salón del oratorio festivo, con su material didáctico y los flamantes ficheros; el cuartel de los exploradores, y cada una de las aulas, vieron escribir día tras día las páginas imborrables de una vida sencilla y laboriosa.

Allí también sigue irguiéndose el mástil donde cada mañana solía izar la bandera argentina, y cuya inauguración presenció como monaguillo, el año 1941.

Y fué asimismo en ese escenario que dió marco a su vida ejemplar, donde los compañeros quisieron perpetuar su recuerdo en una gran placa de bronce que lleva, junto al escudo de la Acción Católica Argentina, la leyenda:

ALBERTO JORGE IRISARRI

22 - I - 1928 — La Plata — 21 - VI - 1943

¡PRESENTE!

MODELO DE PIEDAD, ALEGRÍA, ESTUDIO, APOSTOLADO.

SUPERIORES Y COMPAÑEROS

CON ADMIRACIÓN Y CARIÑO DEDICAN.

21 - VI - 1944

La inscripción, dictada por el reconocimiento unánime de sus virtudes, no pecaba por ampulosidad. El consejero de estudios, la persona más autorizada en un establecimiento salesiano para juzgar acerca de los progresos efectivos del alumnado, dejó el siguiente informe:

"De primero a sexto grado, fué siempre el mejor alumno de la casa. Algunos resultados sobresalientes de un compañero interno, especialmente por dibujo, caligrafía y cálculo, materias que presentaban cierta dificultad para Alberto Jorge, hicieron que en la suma total de puntos hubiera de adjudicarse a aquél el primer premio del curso, y el segundo, a Irisarri.

"Nadie notó, sin embargo, que se sintiera disminuído por ello, ya que su prudencia le enseñó también a conformarse con ser el segundo en Roma, cuando debió ceder el primer puesto en Cartago.

"Jamás llegó tarde al colegio, a pesar de que desde su casa debía recorrer diez cuadras. Durante los últimos cuatro años, puedo afirmar haberlo visto en el colegio casi media hora antes de la entrada de sus compañeros. Esta puntualidad la mantuvo constantemente, pese al mal tiempo".

En días de lluvia, su papá iba a aguardarlo con el automóvil a la puerta del colegio. Se le llamaba entonces unos minutos antes de que concluyeran las clases:

—Irisarri, tu papá te espera.

—Está bien, ya iré.

Le contrariaba salir del aula antes que los com-

pañeros, y procuraba permanecer en la clase hasta que la campana señalara el fin de la lección.

Aplicado, observador y amante de la armonía, gustaba del silencio y de la actividad. No se encanijaba entre las faldas maternas, sino que prefería los juegos de movimiento, siempre en el marco de la sujeción y obediencia debida a los padres.

Guardaba cuidadosamente libros y cuadernos escolares, los juguetes y recuerdos de sus primeros años, y escrupulosamente colocaba en el ropero las prendas del uniforme de explorador argentino.

—¡Que no le toquen sus cajones, sus libros, sus estampas envueltas en celofán! — exclama su hermanita.

La nota dominante del carácter de Alberto Jorge, era una alegre serenidad. Siempre se hallaba dispuesto a acceder a los deseos y pedidos de los compañeros, y pasaba con suma facilidad del estudio al juego o a las prácticas religiosas.

En 1942 le correspondió el puesto de honor, por haber cursado en el colegio salesiano de La Plata todos los estudios primarios. Como alumno más antiguo, fué designado para el discurso de agradecimiento, en nombre de sus compañeros, el día de la solemne recepción en la asociación de los exalumnos de Don Bosco.

Creemos oportuno transcribir el texto de su alocución, por haber sido redactada exclusivamente por él, y por demostrar una madurez de pensamiento no ordinaria a esa edad:

“Reverendo Padre Director; Señor Presidente de

los Exalumnos de Don Bosco; Señores; Compañeros:

“Cábeme hoy el honor de tomar la palabra en nombre de mis compañeros, para agradecer la distinción que se nos dispensa, al ser aceptados en las filas de los exalumnos de Don Bosco.

“Queremos, al retirarnos del colegio, y al recibir el carnet en el que consta que pertenecemos a esta asociación, guardarlo como uno de los tesoros más preciados. No por su valor material, sino por lo que representa.

“Al posarse de vez en cuando nuestros ojos sobre este carnet, pensaremos: Yo soy un exalumno de Don Bosco, y tengo una misión que desempeñar.

“Pero, ¿cómo haremos para cumplir con esta obligación? Ante todo, debemos sabernos despojar del temor que tenemos de demostrar que pertenecemos a una sociedad católica, para llevar bien alto el estandarte de nuestra fe, en la fábrica, en el taller, en la universidad. Donde el sacerdote no puede entrar, allí deberemos estar nosotros; allí, donde probablemente no se hable más que de comunismo o de socialismo, para saber sacar la cara por la causa de Cristo, en cualquier lugar privado o público.

“Y finalmente, debemos recordar que uno de los fines de esta asociación es conservar y estrechar los vínculos de afecto filial y fraternal contraídos con los superiores y compañeros de colegio; fomentar la unión y el buen ejemplo en las prácticas de las virtudes cristianas; tener vivo el recuerdo de la educación recibida en el colegio, en el oratorio y en el batallón.

“Somos siete los que hemos cursado todos los grados en este colegio, y estamos aquí presentes. Demos a Dios, a María Auxiliadora y a Don Bosco, fervientes gracias por habernos concedido recibir la instrucción y educación en un colegio religioso y salesiano.

“Yo agradezco hoy a la dirección el habernos aceptado como exalumnos, no sólo para llevar el título, ni para ostentar un distintivo, sino para ser en el mañana hombres de trabajo, útiles a la sociedad, a la patria y a la Iglesia”.

Hacia el fin del año 1942, cuando Alberto Jorge se aprestaba a concluir los cursos primarios, el maestro de sexto grado escribió en su carpeta de deberes, como recuerdo:

“Fidelidad a los principios que informaron tu educación, a los designios de Dios sobre tí, en la prolongación del apostolado generoso iniciado en la presidencia de la Compañía de San Luis Gonzaga”.

XI

EL TELAR DE LAS HORAS

Sobre la puerta de la habitación de Don Bosco, el santo había hecho colocar un letrero con las palabras: "Cada minuto de tiempo es un tesoro".

En toda casa salesiana, el antiguo aforismo constituye también en nuestros días la norma de la conducta diaria.

"El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma — había escrito el fundador de la Obra Salesiana, entre los propósitos de su primera misa —; por consiguiente, no daré a mi cuerpo más que cinco horas de sueño cada noche".

No era, sin embargo, el de Don Bosco, el trabajo agitado y febril que absorbe la vida y agota el espíritu, sino una labor ordenada, un servicio amoroso y constante de Dios, una actividad incesante, convertida en oración.

Con arreglo de este sabio principio pedagógico, quería que los alumnos estuvieran constantemente ocupados. "El agua estancada — decía —, no tarda en corromperse, mientras la que corre bulliciosa se conserva fresca y cristalina. Es necesario ahogar el mal con la superabundancia del bien".

Una ocupación agradable, disciplinada y varia,

que absorba por entero la vida y las actividades del alumno, es, juntamente con los medios sobrenaturales que proporciona la religión, el medio más eficaz para la formación del alma juvenil.

En el colegio del Sagrado Corazón había entusiasmo para el estudio y emulación entre los alumnos. Cada mes solían proclamarse los estados mayores de cada clase. Invariablemente Irisarri lograba ser capitán de uno u otro bando. Ambos grupos se lo disputaban, pues a su lado tenían la seguridad del éxito.

Con su aptitud singular para tomar la iniciativa, Alberto Jorge sabía animar a los compañeros, llevando una cuidadosa anotación de los puntos ganados y proponiendo nuevos medios de mayor adelanto.

“Lo que más llamaba la atención — añade su maestro de cuarto grado —, era la notable facilidad con que hacía resaltar los triunfos mensuales, como trabajo de sus compañeros, aun en aquellos casos en los cuales eran obtenidos por su esfuerzo personal, como en concursos, certámenes, etcétera”.

Mostraba admiración por sus vencedores; pero jamás se vieron en él indicios de envidia por el resultado de los demás. Calmo y reposado, evitaba en lo posible las discusiones que con tanta facilidad suelen trabarse en esta clase de contiendas. Cuando, a pesar suyo, surgía alguna diferencia, procuraba calmar con buenas palabras a los más exaltados de los compañeros.

Ahorrraba de este modo a su maestro la tarea desa-

gradable de dirimir las pendencias entre los dos grupos rivales.

Su sentido de la justicia lo impulsaba también a defender los derechos propios y de los demás, no olvidando, sin embargo, los buenos modales, ni el consejo que se lee en el libro de los Proverbios: "*Responsio mollis frangit iram, sermo durus suscitatur furorem*: La respuesta suave quebranta la ira; las palabras duras excitan el furor" (Prov. XV, 1).

Si a veces se le antojaba que los adversarios fueran favorecidos en demasía, entonces exclamaba espontáneamente: "¡Pero Padre!", acompañando su protesta con un ademán imperceptible, mediante el cual pedía permiso para insistir en sus reclamaciones. En último caso, aceptaba con sumisión las decisiones del maestro.

Un lunes, se efectuó en la clase de quinto grado el recuento de los puntos semanales logrados por los partidos opositores. En la campaña de asistencia a la misa dominical, se había producido el empate entre Azules y Blancos. Sin embargo, el capitán de éstos no había concurrido con la clase a la misa reglamentaria de ocho, según las prescripciones en vigencia, sino, cediendo un tanto a los halagos de la pereza, sólo a la de diez.

La balanza iba inclinándose decididamente en favor de los Azules. El jefe de los Blancos intentó enérgicamente su defensa:

—Señor maestro, yo he observado mi obligación de cristiano.

—Es verdad que los dos capitanes han cumplido

con Dios y con la Iglesia; pero Irisarri ha cumplido además con el reglamento del colegio.

Y adjudicó, en consecuencia, los puntos a favor de los Azules.

“Generalmente empatábamos en las pruebas — recuerda su rival —; nos preparábamos con ferocidad y nos deshacíamos buscando afanosamente puntos nuevos, a fin de superarnos en las luchas escolares, en las que nos trenzábamos a diario.

“En cierta oportunidad, Alberto Jorge me arrojó el guante del desafío en Instrucción Cívica. Acepté; recurrí a la ayuda de mi papá, que es abogado, y preparé sólidamente una lección sobre los tres poderes.

“Alberto Jorge, por su parte, reunió no poco material relacionado con el tema, y he de confesar que me dió mucho trabajo. El equilibrio se mantenía, sin embargo, perfectamente, hasta tanto que Irisarri recurrió a la fórmula del juramento presidencial, poniéndome en apuros. Me desquité, tocando algunos puntos difíciles del poder judicial, y en los cuales él no había podido obtener las nociones que yo poseía”.

En esta ocasión, Alberto Jorge supo perder con entereza y dignidad.

También durante el sexto curso de primaria tuvo ocasión de enfrentarse con serios competidores. El cargo de capitán general solía desempeñarlo el mejor alumno del mes, luego de averiguarse los totales de las notas obtenidas. Tal honor importaba asimismo algunas obligaciones no del todo agradables, como la de llevar la cuenta diaria de los puntos ga-

nados por los alumnos en las tareas y lecciones, efectuar las sumas mensuales y cosas parecidas.

Un compañero, en constante rivalidad con Alberto Jorge, logró mantener el primado durante algunos meses; sin embargo, por las dificultades que surgían de las distribuciones del internado, ocupaba el puesto de un modo honorario, mientras recaían sobre Irisarri las obligaciones inherentes al cargo.

El maestro del curso observaba con satisfacción la exactitud de Alberto Jorge en llevar las cuentas, y el interés que demostraba en dar a cada uno lo suyo, sin preferencias ni parcialidades odiosas.

En uno de los meses en que esperaba ganarle a su opositor, la suma total arrojó un superávit de cincuenta puntos a favor del condiscípulo. Sin resquemores ni envidias rastreras, Alberto Jorge apuntó generosamente en el registro el siguiente elogio: "Es muy cumplidor".

Los pequeños triunfos escolares fueron para él motivo de sufrimiento silencioso. Uno de sus compañeros solía molestarlo con alusiones irónicas en el orden de dichos partidos.

La venganza de Alberto Jorge fué extremadamente cristiana. Viéndolo en serios apuros durante una prueba escrita de aritmética, se compadeció de él, y pasando por encima a ciertos respetillos pudorosos de ética escolar, apuntó en un papel la solución del problema, que luego hizo pasar furtivamente a las manos agradecidas del burlador arrepentido.

Otro condiscípulo recuerda con un dejo de pesada tristeza:

"Me mostraba envidioso con él; en ocasión de un

concurso, Alberto Jorge quedó eliminado de la prueba, por haber faltado al silencio. Yo me burlé todavía de él, y lo vi retirarse triste y contrariado.

“Pero, al cabo de pocos minutos, caía yo por la misma causa. Alberto Jorge me miró serenamente, y quedé pasmado de que no me pagase con la misma moneda, como si al parecer hubiese olvidado por completo mi actitud anterior”.

Es cierto que a veces una sonrisa puede constituir un acto sublime de heroísmo.

El enojo envidioso de algunos compañeros estallaba a veces en burlas, ironías, remoqueos afrentosos, con que intentaban zaherirlo, enrostrándole el aprecio que superiores y amigos tenían hacia su persona.

Estos ataques, propios de espíritus vulgares, herían profundamente su delicadeza y sensibilidad. Le saltaban las lágrimas y su rostro se ponía encarnado; pero luego lograba dominar los ímpetus de la indignación, alcanzando con fortaleza sobrenatural la victoria sobre su ira.

Sin replicar palabra, evitaba toda discusión en el terreno personal, y no faltaron casos en que llegó a defender a sus opositores de las represalias de los compañeros que se adherían a su causa.

Sin saberlo, Alberto Jorge se apropiaba de los principios prácticos que un escritor contemporáneo, de personalidad inconfundible, ha traducido en estos términos:

“Siempre más expresaré mi gratitud hacia los enemigos. Las flechas que me han lanzado, las he trocado en plumas para volar; con las piedras que

han dirigido contra mi persona, he levantado un tapial en torno a mi jardín; con las manzanas podridas, he puesto abono al manzano joven, que cada verano me ofrece sus frutos nuevos; y de los venenos que rezuman de sus labios, he destilado tónicos y reconstituyentes sin igual”.

En un concurso de actos de virtud que se efectuó en la Compañía de San Luis, Alberto Jorge ocupaba la delantera en compañía de otro socio, con la misma cantidad de puntos. Pero siendo él presidente de la Compañía, creyó deber suyo ceder el primer lugar al amigo, y así lo hizo, con edificación universal.

En muy pocas ocasiones, quizá una o dos veces en la vida, se presenta la oportunidad de ser un héroe; pero casi todos los días se ofrece la coyuntura de no ser cobarde.

No hay hombres fuertes, sino tan sólo debilidades, que, bajo una continua vigilancia, son constantemente corregidas y enderezadas. Si el héroe consiste, según la afirmación del beato Contardo Ferrini, en la disposición habitual para llevar a efecto con prontitud y alegría los actos virtuosos más difíciles toda vez que se presente la ocasión, Alberto Jorge, desde los años de su luminosa adolescencia, marcó los primeros pasos en el camino que desemboca en un estado de altísima perfección moral y cristiana.

XII

INTERIORIDAD

Alberto Jorge amaba el orden. Gustaba también retirarse de tarde en tarde, después de concluir los deberes escolares, para entretenerse en las cosas del espíritu.

Mayorcito ya, casi a la conclusión de los estudios elementales, comenzó a redactar un pequeño Diario, en el que iba anotando sus actividades particulares:

“El día 24 de agosto del año 1942 comienzo estas mis memorias, a fin de que, al releerlas en los momentos más serenos, como en los más dolorosos, pueda recobrar consuelo, resistencia en el dolor y un mayor empeño por escalar la cima que me he prefijado”.

Señalaba los días de comunión, con las intenciones respectivas; apuntaba cuidadosamente las fechas de los cumpleaños y onomásticos de parientes y maestros, los trabajos que realizaba, las tareas de la escuela.

Al comienzo de 1943, año en que inició los cursos secundarios, marcó por adelantado los días veinticuatro de todos los meses, fecha que en las casas de Don Bosco suele solemnizarse honrando a la Virgen Auxiliadora con actos especiales de piedad.

En la última página del Diario escribió dos veces: "Fin de primer año nacional", sin suponer siquiera que el límite de su existencia terrena había sido demarcada ya por la mano poderosa de Dios.

La lectura de estas páginas íntimas entreabre las puertas del alma de Alberto Jorge, hecho de luminosidad y sencillez encantadora.

"24 de agosto. — Día de la Virgen, en el cual los miembros de la Compañía de la Inmaculada nos hicimos cargo de la capilla.

"3 de septiembre. — Mañana es primer viernes del mes. Recordé a mis compañeros que hiciesen propaganda.

"4 de septiembre. — Primer viernes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Hice la santa comunión, como también muchos de mis compañeros".

Por las páginas del cuadernillo pasan en desfile ligero las jornadas laboriosas del joven estudiante.

"6 de septiembre. — Se realizó un acto de despedida al señor capitán Carlos Marotta. Me tocó el honor de dirigirle la palabra, en nombre de los suboficiales y exploradores del batallón décimo".

Y como una oleada fresca de brisa matinal, en el fondo gris de la rutina estudiantil, también surgen los días de libertad gozosa.

"21 de septiembre. — Excursión a Villa Rocha. Antes de partir, escuchamos la santa misa, para alcanzar la bendición de Dios en nuestras diversiones, recibiendo de esta manera la más hermosa estación del año: la primavera".

Alberto Jorge aprendía en el colegio lo que no se aprende en los libros. Sus maestros, los Padres

Salesianos, no enseñaban la virtud por medio de silogismos, estructurados con sabias proposiciones mayores, menores y consecuencias. Enseñaban, sencillamente, con el ejemplo. Ajenos a las agitaciones y vaivenes políticos y a las turbulencias de la vida social, dedicaban su juventud y todo el entusiasmo de una vocación superior a la obra formativa de la parte más prometedora de la sociedad.

Por encima de todo, Alberto Jorge aprendió a ser piadoso. Sus compañeros lo sorprendieron con frecuencia frente al altar, en actitud devota.

Aun en el período de las vacaciones, permanecía fiel a la práctica de ayudar la santa misa, sacrificando las horas de descanso y esparcimiento.

“Cumplía muy bien su oficio de encargado de los ayudantes de misa — nos dice su profesor de geografía —; era solícito y previsor”.

Solía ser una característica suya el arrodillarse muy cerca del sacerdote, al pie del altar, y responder con prontitud y claridad a las palabras rituales.

Su piedad echaba raíces en el espíritu de sacrificio. En las mañanas frías y lluviosas de invierno, cuando todos se empeñan en dilatar estudiosamente el reposo, aprovechando la tibia blandura de la cama, y espían con ojo avizor el fatal apresuramiento de las agujas del reloj, los capellanes del colegio María Auxiliadora lo encontraban ya a las seis y media en la sacristía, con el uniforme de explorador asomado debajo de la sotanita, por ser día de desfile o formación.

En un rincón, sobre un banquillo, el atadizo de los botines de fútbol, para el partido mañanero.

Lo traía de su casa, con prodigios de levedad y acrobacias de silencio, para no turbar el descanso de los suyos, abriendo y cerrando puertas, sin que los goznes mismos se enteraran de ello.

Obligado en varias ocasiones a pasar algunos días en casa de parientes, lamentaba en su corazón la imposibilidad de asistir a su misa tempranera, añorando la saludable costumbre de madrugar que le permitían en familia.

En la iglesia del Sagrado Corazón esperaba la llegada de los demás niños que oficiaban de monaguillos. Su puntualidad y la exactitud en desempeñar el servicio del altar, le conferían tácitamente cierta superioridad sobre los demás. Todos lo respetaban y obedecían como a un verdadero asistente.

Preparaba las listas y los turnos de ayudantes de misa; revestía a los monaguillos, y desde un costado del presbiterio se prestaba para dirigir disimuladamente, con señas imperceptibles, a los compañeros inexpertos que se iniciaban en este ministerio auxiliar.

Merece atención el testimonio de la reverenda madre directora del colegio María Auxiliadora, en cuya capilla Alberto Jorge ayudaba misa los domingos y en las demás festividades:

“Lo noté siempre aseado con esmero para cumplir sus funciones de monaguillo, y me admiró ver la delicadeza con que ayudaba a vestir los ornamentos sagrados al celebrante.

“Siempre nos edificó por su madrugadora puntualidad”.

Una Hermana delicada de salud, que asistía a los

oficios divinos desde un cuarto frontero a la sacristía, recuerda la prolijidad con que Alberto Jorge arreglaba el alba del celebrante, hasta que los pliegues quedasen conforme a sus deseos.

En los últimos tres años de vida, fueron muchos los compañeros de clase a quienes enseñó personalmente las ceremonias sagradas, en la capilla del oratorio festivo.

La Semana Santa del año 1942 lo mostró tan asiduo en concurrir a todas las funciones, que se hizo merecedor de la mención honorífica de primera categoría.

El 3 de junio de 1943, fecha en que se efectuó la oficialización del centro local de Acción Católica "Domingo Savio", fué la última ocasión en que Alberto Jorge revistió la sotanita de monaguillo.

En el rostro de Alberto Jorge, aun el más profano podía adivinar sin esfuerzo la oculta hermosura del alma. La oración perseverante comunicaba a su espíritu juvenil los atractivos que encantan e imponen respeto. Por eso mismo, su palabra, y especialmente el ejemplo silencioso, desprovisto de toda aparatosidad sospechosa, actuaban como fermento de bien entre los compañeros.

En el templo, no cedía a la tentación de la curiosidad, y nunca se le vió mirar hacia atrás; por el contrario, empleaba discretamente su autoridad para evitar que los demás lo hicieran. Celoso guardián del respeto debido al templo de Dios, no toleraba las charlas, y a los distraídos les alcanzaba el devocionario, con una tácita invitación al rezo o a la preparación para los sacramentos.

En los primeros días del mes de mayo de 1939, una mañana, concluídas ya en clase las oraciones de costumbre, Alberto Jorge se acercó al maestro, formulando un pedido:

—Señor maestro, estamos en el mes de María Auxiliadora, y si usted lo permite, quisiera dirigir unas palabras a mis compañeros.

—Bien venidas sean, — exclamó el maestro, — y ojalá tengas éxito, valiente capitán.

—Señor maestro, en este mes, todos seremos capitanes, pues, con la ayuda de la Virgen, cumpliremos el reglamento con fidelidad.

—Bien; habla a los compañeros.

Alberto Jorge repitió con entereza las palabras de Don Bosco: “La obediencia que se presta a los superiores, es como si se prestase al mismo Jesucristo y a la Virgen Santísima. Esta es la virtud que debe distinguir a los alumnos del colegio, durante el mes de nuestra Madre”.

No hubo por parte de los alumnos, en esta ocasión, sonrisas burlonas, ni movimientos de fastidio. Y no fueron tampoco las suyas sólo palabras académicas. Durante todo el mes, se encargó de recordar a los condiscípulos el propósito formulado.

“Aquél fué un mes de tan agradables recuerdos para mí — anota el maestro —, que jamás se borrará de mi mente”.

Incienso interior de devoción sentida y perfume externo de flores, pues en el curso del mes intensificó la campaña de las flores, esmerándose en adornar la capilla de la Virgen. Pidió y obtuvo también del

maestro el permiso para realizar breves actos académicos en honor de María, y su actividad industriosa le brindó siempre el éxito deseado.

Es cierto que los valores religiosos pertenecen a la esfera de lo sobrenatural, y que, en consecuencia, el acto religioso posee su condición necesaria y suficiente en el acto libremente elegido de la voluntad.

Sin embargo, las emociones, los sentimientos, el empuje efectivo, que en realidad pertenecen al orden de la naturaleza, pueden tornarse auxiliares preciosos, especialmente en la edad juvenil, para robustecer e interiorizar la ascensión del alma hacia la belleza espiritual y suprema, que constituye el último anhelo del espíritu humano, naturalmente religioso y sediento de Dios.

XIII

TENACIDAD RACIAL

Una fotografía, que tiene como marco el verde tupido del Bosque de la Plata, nos muestra a toda la familia, en un alto de un paseo dominguero. Allí, erguido, con algo de rigidez militar, se ve al papá de Alberto Jorge. Es hombre que lleva visiblemente, en todo su aspecto, la herencia milenaria de una raza vigorosa y resuelta. La robustez del pecho le presta general reciedumbre; anchas las mejillas, y la frente recta y resuelta. De los labios finos brota una fuerte expresión de empeño potestativo, discrecional. Labios que, cuando sueltan un "no", se cierran luego en un avaro y displicente propósito de silencio.

La madre tiene expresión dulce, como todas las madres; mirada que nunca empañó las alegrías ajenas con el plañido de sus aflicciones; palabra suave de fragancia, la intercesora de siempre. De toda ella trasciende gracia, suavidad, fortaleza, como la mujer que alaba el Libro de los Proverbios.

Y en torno, un rosal de primavera, la corona de los hijos hermosos y fuertes.

De la resuelta voluntad de Alberto Jorge se recuerdan aún, entre los familiares, hechos caracterís-

ticos. En cierta oportunidad se celebraban grandes fiestas en Chascomús. Concurrió toda la familia. Pero Alberto supo poner en juego sus habilidosos recursos para quedarse solo en casa y poder asistir al oratorio, suscitando no poca admiración en los parientes.

Estando de visita en casa de un tío residente en el campo, un sábado le espetó rotundamente:

—Tío, mañana me voy.

Insistieron con él para que dilatase su permanencia algunos días más; pero Alberto Jorge mantuvo su decisión.

—Debo irme, — decía con firme convicción, — porque el domingo no me agrada dejar la misa, y me corresponde cumplir algunas obligaciones en el colegio y oratorio.

Los reparos de los de casa no consiguieron removerlo de su propósito. Alberto Jorge partió.

En un viaje hacia Buenos Aires, realizado con los compañeros de colegio, se comprometió a guardar silencio absoluto durante todo el trayecto. Los amigos se empeñaron en hacerlo desistir de su propósito, molestándolo con todos los medios que presta la fantasía juvenil; pero no lograron su intento.

Alberto Jorge se había sumido en la lectura de una biografía edificante — Luis Testa —, que alcanzó a terminar durante el viaje, y los compañeros tuvieron que desistir del propósito.

Cuando se hallaba en casa con el hermano, el juego de la pelota constituía su deporte preferido. Juego peligroso, también, para la integridad de los

objetos y ventanas. Un día sucedió lo inevitable. La pelota se metió de rondón en el comedor, con tan mala suerte, que hizo impacto en las luces, quebrando una de las pantallas.

Acudió el papá con expresión y ceño adecuados para la circunstancia, y la sentencia esbozada a flor de labios:

—Ahora, habrá que juntar moneditas para comprar otra pantalla.

Y la voz del padre se hinchaba de mandato.

Está bien, papá.

Y comenzó laboriosamente la ejecución de la sentencia. A los pocos días, sin embargo, el papá, compadecido de su empeño, le adelantó la mitad del importe, "para ayudarlo".

La decisión de su carácter para llevar a efecto sus intenciones y proyectos, se había manifestado ya de un modo inequívoco en edad temprana.

Alberto Jorge, donde ponía la intención, metía la cabeza.

En el patio de la casa de campo habían cortado leña.

—A ver, Albertito, si juntas leña, mucha leña, — le insinuó el hermano mayor; — ¡ya verás como papá se vuelve rico, muy rico!

Y el pequeño comenzó a recoger afanosamente, dando tropezones y sudando como persona mayor.

Todos hacían risa de ver su empeño.

La hilaridad de los presentes sólo llegó a su término cuando sus tías, viéndolo rendido por el trabajo, lo invitaron a desistir.

En la misma hacienda de Giribone, se criaba un copioso averío. Sucedió que las gallinas, impertinentes, desbandándose de su corral, invadieron con insolencia plebeya todo un campo de sembrado.

—Alberto Jorge, — le dijeron; — hay que echar a todas esas gallinas. Si lo haces bien, papá se pondrá muy contento y dirá: ¡Qué trabajador es mi Albertito!

No fueron necesarias más palabras, pues el niño se deshacía por cumplir la indicación y satisfacer a su padre.

“Pon en tu zurrón un haz de buena voluntad — parece decirnos Alberto Jorge, con un moralista de los tiempos nuevos —; añade dos gavillas de optimismo, un manojo de disciplina, un buen atado de paciencia, dos granos de buen humor, una pizca de amor propio y un adarme de ironía.

“Y sigue tu camino. Emplea con destreza todos estos ingredientes; pero conserva la ironía, para mofarte de la adversidad: es el único medio de echarla a correr”.



XIV

EL BUEN OLOR DE CRISTO

Hay almas que saben entregarse a un ideal. Almas de excepción, que viven habitualmente en una esfera superior, donde alientan las más altas aspiraciones del corazón humano. Son criaturas que el cielo ha colocado sobre los caminos del mundo, como ejemplos para la generación de mañana.

Sólo el saber que tales almas viven cerca de nosotros, puede devolvernos la confianza en una humanidad mejor. Y a veces, es suficiente hallar una sola de estas almas, para sentirse impulsados a bendecir la vida.

Quien ha escuchado el coro de las bendiciones y de las alabanzas póstumas que ha surgido en torno a la memoria de Irisarri, no puede dudar acerca de los alcances y resonancias que una existencia buena e inspirada por la caridad logra tener sobre los demás.

Los amigos de Alberto Jorge coleccionaron, con su recuerdo, una serie de episodios, insignificantes quizá para un espíritu superficial, pero que dejan entrever, en la frescura de su espontaneidad, la belleza de un corazón generoso.

Solía interceder en favor de los compañeros casti-

tigados. La suave insistencia de sus palabras obtenía, a menudo, ante superiores y maestros, los efectos deseados.

Se hallaba dispuesto siempre para ayudar a los demás; prestaba sus juegos, la raqueta, los libros de su propiedad, y cedía su puesto, cuando otros deseaban officiar como monaguillos en la misa del colegio.

Tenía la inefable calidez de un alma buena.

“En una excursión que hicimos los catequistas del oratorio a la casa salesiana de Ramos Mejía — recuerda un amigo —, nos internamos en el lago, aprovechando los botes. No todos, sin embargo, sabíamos remar.

“Al atardecer, el asistente dió la orden de concentración, y mis compañeros, para jugar me una mala pasada, me abandonaron en mi bote, en medio del lago.

“Me hallaba expuesto a un serio disgusto, por no acudir a tiempo; me vi solo, sin ayuda; pero el buen corazón de Alberto Jorge me sacó del apuro, y gracias a su oportuna intervención pude regresar sin mayores consecuencias”.

En los corros de los colegiales, cuando alguien comenzaba a aprovecharse de la ausencia de algún compañero para decir mal de su persona, Alberto Jorge salía con decisión y caridad por los fueros del ausente. Era proverbial entre los alumnos esta característica, que lo hacía simpático a todos.

Sus protegidos eran preferentemente los más atrasados, los defectuosos, los débiles, los que incurrían en algún castigo. Fueron los mismos quienes sintie-

ron hacia él una admiración afectuosa y devota manifestando después de su muerte el dolor más sentido y más sincero.

Uno de los maestros, que tenía fama de exigente, cuando Alberto Jorge cursaba el sexto grado, se mostraba muy severo con los alumnos que por distracción u olvido no traían los útiles de dibujo en la primera hora de los miércoles por la tarde.

Un día, Alberto Jorge vió cernirse la tormenta sobre la cabeza olvidadiza de un condiscípulo, que había dejado en casa la regla indispensable.

¿Qué hizo?

San Martín de Tours dividió su capa, para cubrir la desnudez de un pobre. Alberto Jorge partió su regla y regaló la mitad al compañero en apuros, salvándolo del intolerante rigor del maestro.

Cuando algún compañero llegaba al colegio provisto de caramelos, Alberto Jorge se le acercaba, solicitando compartir las golosinas, y sabía hacerlo con tal gracia, que casi nadie se negaba.

Si alguna vez la respuesta era displicente, replicaba con la jerga temporera de los barrios populares:

—¡Andá, fayuto!

Sin embargo, cuando se invertían los papeles, Alberto Jorge, después de recordarle delicadamente su falta de generosidad, se dejaba conmovir, y añadía:

—Sírrete, y otra vez no te olvides de mí.

En las excursiones que con cierta frecuencia realizaba el colegio en pleno, o bien alguna sección del mismo, nunca faltaban los compañeros que,

por imprevisión o imposibilidad de sus padres, no podían darse el placer de comprar helados y dulces.

Alberto Jorge sabía comprender su dolorosa situación, y nunca dejaba de convidarlos con gran generosidad.

La tarde de un sábado, después de una reunión que solía efectuarse en el centro catequístico, Alberto Jorge ocupaba la cancha de paleta con algunos amigos.

Otros compañeros aguardaban en los bordes del frontón, cansados ya de la espera, pues el partido se prolongaba más de la cuenta.

Irisarri, al ver la cara aburrida de los que esperaban el turno, suspendió el juego, diciendo a los demás:

—Bueno, muchachos, ya hemos estado jugando mucho tiempo. Dejemos que se diviertan ellos también.

Y sencillamente les cedió la paleta y el campo.

En un partido amistoso del cuadro denominado Buenos Aires, en el que se exigía el uso de las zapatillas, para no dañar el suelo liso de la explanada, uno de los jugadores las había olvidado en su casa.

Alberto Jorge, sin titubear, le entregó generosamente las suyas, eliminándose del juego en estos términos:

—Te las presto. Hace ya cinco domingos que juego, y tú no has actuado aún ni siquiera una vez.

En la clase, no tenía ánimos para quedarse indiferente cuando algún condiscípulo se hallaba en los apuros de dar una lección no estudiada. Ejercía en-

tonces el oficio de apuntador con suma naturalidad, pero nunca en forma disimulada.

Este proceder, contrario por cierto a las normas tradicionales de la escuela, le procuró en varias oportunidades observaciones y recargo de trabajo, a lo que se avenía con gran docilidad.

Cierto día, tras el ensayo de una obrita, al salir del teatro del colegio, un alumno, de humor algo destemplado, descargó desaprensivamente un solemne golpe de cartera sobre la cabeza de Irisarri. Este, que llevaba también su cartapacio repleto de libros, retribuyó la atención en la misma forma y con no menor energía.

El compañero, que había comenzado por juego, amoscándose en serio, arrojó una violenta palabra de enojo, y luego intentó abalanzarse sobre él, en un arrebato de ira.

Alberto Jorge eludió la pelea, y echando a correr, se salvó de las malas consecuencias. Pero, llegado a su casa, sintió desazón por el hecho ocurrido y quiso restablecer las buenas relaciones con el compañero. Llamó por teléfono al ofendido, que en realidad había sido el provocador del incidente.

Este, que estaba de malísimo temple, no quiso aceptar ninguna clase de explicaciones, y sin más colgó el receptor, cortándole la palabra en los labios.

Al día siguiente, continuaba resentido. Fueron inútiles los esfuerzos de Alberto Jorge para llegar a un entendimiento. El asunto amenazaba traer malas consecuencias, pues, al llegar la hora del en-

sayo, el joven amoscado se negó a intervenir en la representación.

El papel que le tocaba desempeñar no era de gran importancia, y el maestro, fastidiado ya por tanta terquedad, parecía dispuesto a encargar la parte a otro. Pero Alberto Jorge se opuso, suplicándole que no realizara este propósito, y consiguió con su tacto y suavidad que el compañero, deponiendo todo enojo y rencor, se aviniera a mejores sentimientos.

Cuando era alumno del quinto curso, un día, en horas de la tarde, el maestro se hallaba ocupado en escribir ciertos ejercicios en la pizarra.

Varios alumnos aprovecharon la posición del maestro para alborotar la clase impunemente. Uno de ellos incurrió en cierta grosería, celebrada por lo bajo entre los compañeros más próximos.

Cuando el maestro hubo terminado de escribir, se dió vuelta hacia la clase y sorprendió a Irisarri que estaba haciendo señales a los demás. No logrando explicarse el motivo de su actitud, supuso algún desorden, y justamente enfadado, ordenó a Alberto Jorge que pasara al frente, imponiéndole la penitencia.

Silencioso y ruborizado, Irisarri cruzó los brazos, y al precio de una mirada de aire colado, por parte del maestro, fué a ocupar el rincón del castigo.

Quince minutos más tarde, salieron al recreo. Uno de los culpables se presentó al maestro, movido por un secreto sentimiento de admiración; explicó lo ocurrido, acusándose a sí mismo como

autor principal del desorden, y puso en claro la inocencia del compañero, explicando que las señales sorprendidas eran de reproche y advertencia a los demás, para que pusieran término al desorden.

El maestro, lleno de admiración, reparó en parte el castigo injusto, elogiando ante la clase el raro ejemplo de paciencia y humildad, dado por Alberto Jorge.

En 1939, una mañana fría de invierno, en el aula de tercer grado, el director de estudios, visiblemente preocupado, comunicaba a los alumnos que el compañero de curso Alberto Jorge Irisarri, por hallarse ligeramente indispuesto, no podía llevar la representación del colegio al certamen catequístico que debía efectuarse pocos días más tarde en el colegio salesiano de San Carlos, de la Capital Federal.

Todos recibieron la noticia con visible contrariedad, pues parecían esfumarse de repente las esperanzas de triunfar en la contienda, por ser Irisarri una garantía de éxito.

Se debía designar un reemplazante, y se organizó para ello un concurso relámpago. La suerte favoreció a uno de los más inteligentes del curso, eligiéndolo entre los condiscípulos que deseaban secretamente participar en la prueba.

El favorecido se dedicó con empeño al repaso de la doctrina, cuando, a los pocos días, Irisarri regresó al colegio ya restablecido. No obstante la sorpresa de verse sustituido, Alberto Jorge, con desinterés y modestia, no sólo pidió que se confirmara al compañero en la honrosa tarea, sino que

llegó al heroísmo de colaborar con el mayor empeño en su preparación inmediata, despertando los sentimientos de una profunda admiración.

Alberto Jorge dirigía su corazón hacia un optimismo activo. No encerraba, como suelen hacerlo muchos hombres, la belleza en los museos y la sabiduría en las bibliotecas, sino que sabía llevarlas consigo.

Tampoco colocaba la indulgencia y la generosidad, como cosa frágil, bajo una redoma de cristal, sino que las distribuía sin reparo entre quienes se hallaban recorriendo sus mismos caminos.

XV

EL REY DE LOS LIBROS

El rey de los libros — así lo llamó Pío XI — es el catecismo. Y el catecismo está hecho sobre todo para los niños. Cuando la cristiandad renacentista se desbandaba en pos de Apolo y Lutero, San Ignacio opinó que, entre los medios para reducirla al buen camino, no se hallaría otro mejor que el de suscitar un vasto movimiento catequístico.

Concertó, pues, los esfuerzos suyos y de los discípulos, para enseñar la doctrina a mozuelos e ignorantes, que es, como quien dice, a la gran mayoría de los hombres bautizados.

Es evidente que, entre los infinitos modos de cooperar al bien y salvación de los individuos y de la sociedad, la enseñanza catequística es uno de los más seguros y eficaces.

Es ésta, sin duda, la opinión de Don Bosco.

“Vosotros, catequistas — dice en el reglamento para los oratorios festivos —, enseñando la doctrina, realizáis una obra en extremo meritoria delante de Dios, porque cooperáis a la salvación de las almas, señalando a vuestros alumnos los medios aptos para seguir el camino de la vida eterna.

“Gran mérito también, ante los hombres; y vuestros alumnos siempre habrán de bendecir las palabras con las que les habéis enseñado la vía para llegar a ser buenos ciudadanos, útiles a su familia y a la misma sociedad civil”.

La Sociedad Salesiana, surgida a la sombra de este librito, luchó con constancia y fortuna contra el laicismo del mundo contemporáneo.

En la Argentina, el padre José Vespignani empleó cuarenta y cinco años de su vida sacerdotal, principalmente en la difusión de la buena prensa y en la enseñanza catequística. Había comprendido que el mundo paganizante no se convierte a Cristo por las sutilezas de los filósofos, ni por las profundas discusiones de los teólogos, sino sólo gracias a las sencillas páginas del catecismo más elemental.

En los colegios de la Obra de Don Bosco se conservó la tradición catequística del buen padre José. Irisarri halló, durante los años de su permanencia en el Sagrado Corazón, el ambiente adecuado para una completa formación religiosa.

El estudio de la religión ocupó siempre el lugar de preferencia en sus actividades escolares. Rendía a Dios el “obsequio racional”, del que nos habla San Pablo, inclinando reverentemente su intelecto a las doctrinas que constituyen el patrimonio eterno de la Iglesia, maestra suprema de verdad.

En los certámenes catequísticos era infaltable su presencia, y la seriedad de su preparación le permitía obtener el triunfo en casi todos los concursos.

En el momento culminante de las pruebas, cuando las cuatro clases superiores se disputaban

el trofeo del catecismo, el sistema nervioso de Alberto Jorge se hallaba sometido a un esfuerzo sobrehumano. De él dependía el triunfo de su curso.

En esos instantes supremos se reconcentraba en sí mismo; rígido el cuerpo, los párpados a medio cerrar, ponía todo su empeño en la correctísima pronunciación de las palabras, sin altivez y sin vanos alardes.

A pesar de que le dolían abrasadamente las sienes, contestaba al enredijo de las preguntas sin que se le quedara traspapelada una sola letra.

En su puño apretaba el rosario, como talismán de victoria.

Durante tres períodos consecutivos fué elegido representante de los alumnos de La Plata en el certamen general de los colegios salesianos, que solía celebrarse en Buenos Aires todos los años.

Siempre obtuvo premios de memoria e inteligencia, en las serias pruebas orales y escritas sobre asuntos de religión.

En las aulas del colegio, hormigueantes de alumnos, podían hallarse jóvenes más dotados que Alberto Jorge; más trabajadores, no. Podían hallarse jóvenes más brillantes que él; más constantes, no. Podían hallarse jóvenes más inteligentes que él; más cumplidores, no.

Conservaba, sin embargo, la humildad del corazón, y nunca los compañeros notaron en él ostentación ni vana complacencia, después de los éxitos logrados a costa de tantos trabajos.

Recuerdan aún que, siendo alumno del quinto curso, se efectuó un reñido certamen con los de

sexto grado. Después de algunas horas, permanecían en pie sólo dos representantes de los cursos. Empeñados en conseguir la victoria, no cedían ni siquiera al agotamiento. A la hora de salida, hubo que suspender la prueba.

Durante el recreo del mediodía, Alberto Jorge y su rival de sexto fueron colocados frente al micrófono, para que los alumnos pudieran seguir el final de la lucha a través de los altavoces del patio.

De improviso, Alberto Jorge, por una distracción involuntaria, fruto del cansancio, manifestó algún titubeo al responder a una pregunta de las más fáciles, y en la inseguridad de la respuesta, oyó el fatal campanillazo que puso fin al certamen, en el que se adjudicó el triunfo el sexto curso.

Alberto Jorge rompió a llorar, por efecto de la prolongada y excesiva tensión de los nervios.

No faltaron quienes quisieron insinuar que se había faltado a la legalidad. Alberto Jorge se opuso a esta murmuración, prefiriendo refugiarse en un silencio reservado, humilde y prudente.

En el certamen final del año 1942, al descender victorioso del escenario, tras una lucha de treinta y cinco ruedas, en las que no se le pudo sorprender ni una sola equivocación, sus compañeros de sexto, grado, en el fervor del entusiasmo, lo alzaron en hombros, consagrándolo Cruzado del Catecismo.

Sus éxitos eran el fruto de una aplicación constante. Sabía ocupar sabiamente todos los retazos de su tiempo. Estudiaba sin punto de reposo. Repasaba solo o con otros en el colegio, en casa, por la calle. En las filas se le podía ver con frecuencia

repitiendo mentalmente preguntas y respuestas, a través de un imperceptible temblor de los labios.

El estudio del catecismo no era sólo, para Alberto Jorge, un ejercicio árido de las facultades mentales. A pesar de sus cortos años, sentía en el alma el deseo vivísimo de ser útil a los demás, mediante un activo apostolado.

Halló fácilmente el modo de satisfacer su inclinación. En el mismo colegio donde cursaba los estudios, funcionaba también un oratorio festivo. Los domingos, desde las primeras horas de la mañana, invadían los patios oleadas de niños.

Llegaban de los suburbios y alrededores de la ciudad, y traían en los labios la perla pintoresca de los barrios populares, y en la ropilla pringosa y estropeada, el tufillo inconfundible del tabuco y del arroyo.

La de los oratorios festivos había sido siempre una característica de las casas salesianas y la herencia predilecta de Don Bosco.

Los niños corrían, gritaban, desahogando en pocas horas toda la murria y cargazón de la semana. Los gorriones caseros y las golondrinas en hábito dominicano, que habían tenido la iniciativa poco feliz de colocar sus nidos bajo los aleros de la techumbre salesiana, los días de fiesta se hallaban condenados a una forzosa encerrona.

A tiempos fijos, sonaba largo trecho, insistentemente, una campanilla. Se suspendía el juego; los encargados de la asistencia pugnaban por alcanzar algo de orden; cuando Dios quería, la turbamulta formaba una especie de fila, y los chiqui-

llos, atropellándose entre pisotones y pellizcos, invadían el templo.

Don Bosco había hallado una solución ingeniosa, para evitar que las entradas y salidas de la iglesia pudieran resultar de escándalo a las personas timoratas. Hacía cantar a los niños.

La costumbre fué conservándose religiosamente a través de los años, con satisfacción y aplauso universales.

Al poner su planta en el lugar sagrado, los oratorianos coreaban las alabanzas de Dios, pregonando a gañote limpio las glorias del Altísimo.

En los estribillos, aun los recién llegados, que desconocían la letra del canto, se sentían arrastrados por el contagio colectivo, y unían sus voces a tutiplén, en un crescendo no precisamente angelical.

Desde el altar, la Virgen contemplaba la escena con bondadosa condescendencia, sin hacer ascos a las efusiones de sus pequeños devotos. Prefería quizá ese clamor espontáneo, a los bien disciplinados coros a cappella, donde el remilgado fruncir de labios, en los pianísimos con *espressione*, es falto a veces de interioridad y devoción sincera.

En las horas de la tarde, una sabia y estratégica interrupción de los juegos permitía distribuir a la chiquillada en las clases de catecismo. Un centro de catequistas, integrado por los alumnos mayorcitos del colegio, tenía el encargo apostólico de impartir la primera enseñanza de los rudimentos de la fe.

Alberto Jorge no podía faltar en el grupo de los jóvenes que, renunciando a las diversiones domin-

gueras de sus familias, se entregaban de buen grado a esta meritísima labor.

En muchas ocasiones hubo de oponer tenaz resistencia a los apremios de los amigos que lo invitaban al cine. Se excusaba, alegando que debía estar con su padre.

A veces, no se contentaba con la resistencia pasiva, sino que pasaba directamente al contrataque, insistiendo para que lo acompañasen al oratorio; y con esta táctica logró numerosas y no fáciles victorias.

Comenzó a enseñar la doctrina a los más pequeños del oratorio durante el trascurso de su cuarto grado. Atendía una sección de niños en el patio, vigilándolos en sus diversiones e interviniendo oportunamente en los alborotos y pendencias.

Se asimiló muy pronto, con su natural sagacidad, los métodos que suelen hacer agradable a la niñez las horas transcurridas en los patios de Don Bosco.

Observaba con gran atención a los catequistas veteranos, y logró de este modo una no común habilidad en la enseñanza de la religión.

Las fuentes de su preparación para este magisterio precoz, eran, en primer término, el estudio directo del catecismo; luego, la lectura de la Vida de San Juan Bosco y de otros libros instructivos.

En las conferencias semanales del centro catequístico, que solían realizarse bajo la dirección de un sacerdote, se procedía al estudio de los temas dominicales de enseñanza.

Alberto Jorge no se mostraba satisfecho con una

explicación somera; su ansia de saber lo movía a menudear las preguntas acerca del dogma, y muy especialmente sobre la significación de la liturgia.

Cuando las estaciones radiofónicas de La Plata abrieron concursos de preguntas acerca de temas variados, Alberto Jorge se dedicó a preparar una serie de cuestiones sobre religión, enviándolas luego, para que fuesen propaladas por radio.

Luego de haber sido designado presidente de los auxiliares menores, los llamados *hormiguitas* del oratorio, que tienen a cargo la asistencia de los juegos, en el año 1943 le correspondió el honor de ser nombrado catequista jefe de la sección menores.

Tal distinción recayó sobre Alberto Jorge, por haber sido durante ese año el mejor alumno en religión.

Trabajó siempre con entusiasmo en la organización del oratorio. En la fiesta de San Luis Gonzaga, patrono principal de esta obra, Alberto Jorge, a la cabeza de su grupo, preparó las dos mil bolsitas de obsequios para el gran reparto del día.

La gran mayoría de los hombres suele ir, como un peso muerto, a la zaga de los entusiastas y emprendedores. Muchísimos se agitan afanosamente, sólo cuando sienten sobre sí la mirada de un observador.

Alberto Jorge aprendió de las hormigas a trabajar en el silencio, y de las abejas a elaborar la miel en la oscuridad.

No alzó la mirada para atisbar la sonrisa de la aprobación; nunca se abajó para recoger en el suelo la contradicción y el vituperio alevoso.

No reparó en lanzarse a la obra: sólo así pudo construir. No tuvo miedo al error y a la derrota: sólo así logró aprender.

XVI

LA LÁMPARA ENCENDIDA

Lumen de lúmine... La luz viene de la luz. Mientras las demás cosas disminuyen y se agotan cuando se reparten, la luz, en cambio, aumenta su caudal cuanto más se comunica. De la menuda gota de oro que tiembla y parpadea, nacerán nuevas gotas doradas, otras y otras.

Lo propio acontece con los buenos ejemplos que, semejantes a las ondas concéntricas de un terso manantial, se expanden y llevan consigo el impulso engendrador.

Cuando la primera colección de datos biográficos de Alberto Jorge Irisarri, editada con el título de *Huella luminosa*, llegó a las playas peninsulares, uno de los más activos e inteligentes salesianos de Madrid, el padre Rómulo Piñol, escribió al director del colegio de La Plata:

“Tanto me gustó *Huella luminosa*, que he hecho toda la propaganda posible, hasta el punto que de los ejemplares que nos llegaron, no queda ni uno solo en esta administración del Boletín Salesiano; se han vendido todos a las casas.

“Los señores inspectores han sido los primeros en pedirnos para hacerlos leer en sus casas de segunda enseñanza y alentar así los muchachos al apostolado.

“Por mi parte, he puesto varios ejemplares en la biblioteca del Oratorio de San Francisco de Sales, que dirijo aquí en Madrid. Tengo en él una asistencia media de mil niños, atendida por dos salesianos estudiantes de teología y sesenta catequistas.

“Un grupito de veinte aspirantes a catequistas se han entusiasmado con la figura de Irisarri, y se disputan *Huella luminosa*, para leerla. Si Dios nos sigue favoreciendo, pronto tendremos también un edificio y un oratorio modelo.

“Para entonces, pienso que lo mejor será designar los locales de diferentes grupos con nombres de nuestros muchachos santos. Tendrán buen lugar Namuncurá y Alberto Jorge...

“Estoy recogiendo las impresiones de los aspirantes a catequistas que han leído *Huella luminosa*, o la están leyendo.

“Nuestros muchachos de Madrid (unos miles) son verdaderos biricchini; los más finos no pasan de aspirantes o pretendientes a una oficina de banco. Sus familias son modestas económicamente, y a veces son ellas mismas el primer obstáculo para la virtud del niño.

“De aquí se desprende que algunas anécdotas de la vida de Jorgito vienen a ser, para estos mis catequistas y aspirantes, algo así como un cuento de hadas, en cuanto que ellos no saben ni entienden de ciertas comodidades y holguras de la vida que, aquí

en España, sólo los aristócratas o los extranjeros llevan.

“Por consiguiente, hay que buscar el contraste, es decir, hacer ver el mérito que supone en un niño a quien todo sonríe, y para quien la vida no ofrece dificultades, el dedicarse con afán al bien de los demás, en el oratorio; el vencer los alicientes de la vida fácil y cómoda, y darse con decisión a la virtud en tal grado.

“Esto lo deduzco principalmente de las conversaciones que voy teniendo, ya en particular, ya cuando se reúnen los aspirantes en tertulia, al acabar la jornada catequística dominguera.

“Dichos aspirantes están entre los doce y catorce años. Son buenos, y desempeñan a satisfacción su cometido, ya que llevan magníficamente el primer grupo del oratorio — rapazuelos de ocho y nueve años —, dividido en veinte secciones...”

Hacia el fin del mismo año, en una lacónica tarjeta, el padre Piñol comunicaba al director del Sagrado Corazón:

“Para su satisfacción, le comunico que acabamos de fundar, en el oratorio de Atocha (Madrid), el círculo **Alberto Jorge**. Ha sido constituido por los muchachos que integraban, hasta ahora, la agrupación denominada Aspirantes a Catequistas, que polarizará a los mayorcitos del oratorio, y a los que, salidos de las Escuelas de Comercio anexas, no tienen la edad suficiente — dieciséis años demos-

trados — para ingresar en el Círculo Domingo Savio...”

De la misma España — Málaga —, con fecha nueve de enero de 1949, monseñor Roberto J. Tavella, dinámico arzobispo de Salta, se dirigía también al director de La Plata, en estos términos:

“Llevo dos meses en España, y antes de dejarla, para regresar a la patria, quiero darme a mí mismo la satisfacción de escribirte, para decir cuánto se conoce aquí al simpático Irisarri, cuánto se le admira y se lo propone como modelo en los colegios.

“Huella luminosa se lee mucho. En el colegio de Madrid es uno de los libros obligados en el curso del año, en lectura pública a los alumnos; y la estampa es conocidísima por todos...”

De regreso ya a su sede arzobispal, añadía:

“Agradezco las fotografías y estampas que me enviaste, y al hacerlo, me es grato decirte que hace dos días me visitaron algunas señoras de Acción Católica de Santiago del Estero, y una de ellas, delegada de niños, me informó de que todos sus pequeños aspirantes conocen a Irisarri, cuya vida se lee y comenta en las reuniones.

“Vuelvo a expresarte el temor de que, agotada la edición de la biografía, no se reedite más...”

Entre el cúmulo de cartas, testimonios y alabanzas que llegaron a la dirección del colegio, después de difundirse el primer ensayo biográfico de Irisarri, un escrito, conmovedor en su ingenua sencillez, nos ha parecido reflejar muy señaladamente la espontánea resonancia del espíritu juvenil, ante la irradiación de simpatía provocada por los recuerdos de Alberto Jorge.

Procede de la escuela número once de Tandil. Dice, entre otros conceptos:

“Señor Director del Colegio Sagrado Corazón:

“Me dirijo a usted en nombre de todo este grado, que vivió momentos de emoción con la lectura de *Huella luminosa*.

“Desde las primeras páginas del libro, que describe cosas tan hermosas de una vida tan perfecta, nos nació un deseo: escribir a ese colegio; deseo que, a medida que avanzábamos en la lectura, se iba agrandando; hoy cerramos el libro en su última página, y una emoción triste, pero dulce, nos dejó en silencio...

“Hemos comprado los libros que pudimos encontrar en la librería de la Acción Católica local y los hemos enviado ya a algunos corresponsales —practicamos la correspondencia interescolar— de nuestro país y del Uruguay, y este que hemos terminado de leer hoy, ya lo tenemos dedicado a una escuelita de Misiones. Lástima que no hayamos podido encontrar otro; no nos queríamos desprender de él, pero lo enviaremos igualmente, pues nuestros amiguitos seguramente no lo conocen.

“Nuestra maestra pensaba hoy, mientras yo leía los últimos párrafos del libro: — ¡Qué maestros felices los de Alberto Jorge, con semejante alumno!...”

Un joven salesiano narra, en un escrito al director de Irisarri, el interés que despierta este nombre en el pequeño mundo de los oratorianos de Don Bosco:

“Al ir yo el domingo al oratorio, se enteraron los niños de la Compañía de San Luis que había estado en La Plata. Lo primero que me preguntaron, fué: ¿Vió a Irisarri? ¿Vió su colegio, su clase?...”

“Yo les aseguré que había rezado ante su tumba por ellos, y que me había preocupado en palpar el recuerdo que dejó en esa casa entre los superiores y compañeros, lamentando no haber podido conversar con estos últimos, por estar de vacaciones. Les prometí volverles a hablar de ese santito al alcance de todos, pues tenía interés en que a la admiración se uniera la imitación...”

Hasta en el Noviciado de Morón, donde reciben su formación religiosa los que desean incorporarse a las filas de la Sociedad Salesiana, el ejemplo de Alberto Jorge constituye motivo de reflexiones edificantes:

“Durante la novena recordatoria de su santa muerte, la fotografía de Alberto Jorge se hallaba

junto a la estampa del Sagrado Corazón, en los pupitres de nuestro estudio.

"En los círculos de piedad, se contaron anécdotas de su vida. Fué, además, nombrado protector de la academia al Sagrado Corazón, en el patio.

"En los últimos tres días de la novena, apareció un anunciador con la gallarda foto de Irisarri, y con pensamientos entresacados de Huella luminosa. Podemos afirmar que se ha celebrado la primera fiesta de Alberto Jorge Irisarri en el Noviciado de Morón".

Uno de los novicios hace la siguiente confesión:

"Antes de mi ingreso en la Sociedad Salesiana, tenía a mi cargo un centro de aspirantes de la Acción Católica. Confieso que más de una vez hube de crear el tipo modelo de jovencito ejemplar, apropiado al ambiente y a las características de nuestros aspirantes.

"Al leer la vida de Alberto Jorge, descubrí en su admirable figura de jovencito íntegro y virtuoso, a un modelo real y perfecto que se presenta muy accesible a la juventud, pues sus virtudes están al alcance de toda alma que vive de la gracia y que tiene por máxima aspiración el difundirla, para extender con ella el reinado de Cristo".

Al que quisiere atribuir el entusiasmo suscitado en torno al nombre de Irisarri, a una especie de sublimación provocada por su primer biógrafo, po-

dríamos fácilmente replicar alegando los numerosísimos testimonios de los compañeros, quienes pudieron penetrar, más que ningún otro, en la transparencia de su personalidad.

“Traté íntimamente con él durante más de cinco años. Guardo impresiones óptimas. Predominaban en él las cualidades buenas, sin defectos que pudieran llamarse tales...”

“Fué siempre alumno ejemplar, en la virtud como en la piedad. Todos lo querían...”

“Nunca oí de sus labios palabras inconvenientes...”

“Era alumno modelo y digno de ser imitado, especialmente en su espíritu de sacrificio y amor por las almas...”

“Era el alma de todas las asociaciones y compañías...”

Y los testimonios siguen multiplicándose con tan armónica concordancia, que resulta imposible no atribuirle a la realidad objetiva de los hechos.

Un chiquillo vivacísimo e inquieto, que vivía frente a la casa de la familia Irisarri y tuvo la suerte de intimar con Alberto Jorge, fué entrevistado por el coleccionista de las memorias, pocos días después de su muerte.

El niño levantó los ojos, como siguiendo el vuelo lejano de un recuerdo, y comenzó a relatar con gran precisión las impresiones acerca del amigo.

Alberto Jorge, que casi le doblaba los años, ha-

bía sido para él como un hermano mayor; le había hecho estudiar no pocas preguntas del catecismo, relatándole las hermosas lecciones de historia sagrada, que él recordaba perfectamente con todos sus pormenores.

Se había empeñado en corregirle la señal de la cruz, que el niño solía borrar en el aire, con mucha prisa y poca devoción, explicándole puntualmente el significado de la palabra santiguarse.

Estimulaba la buena voluntad del catequizando con moneditas, naranjas, frutas. Por su parte, el chiquitín confesaba haber colaborado con el amigo en la venta de botellas, envases, latas usadas, cuyo importe Alberto Jorge entregaba con toda fidelidad en manos de su madre, salvo la monedita reservada al ayudante.

Este correspondía a los cuidados de su amigo con un gran cariño, pues Alberto Jorge lo acompañaba por las calles, lo defendía y le iba deslizando buenos consejos; por ejemplo, que nunca, ni solo, ni delante de otras personas, debía permitirse la grosería de decir malas palabras; que siempre tenía que ceder la vereda a las personas mayores, y esmerarse en el rezo de sus oraciones; que, si un anciano había de cruzar la calle, era deber suyo acudir solícitamente en su ayuda. Y que si, fuera de casa, siguiendo los impulsos instintivos propios de la edad, a veces echaba mano de alguna piedra para ejercitarse en la puntería, inmediatamente Alberto Jorge se la quitaba de la mano...

Relataba asimismo que su amigo servía de intermediario entre su mamá y el maestro, trasmitiénd-

do las recíprocas informaciones acerca de sus adelantos en la escuela.

—Todo el barrio está muy triste, — concluía el amiguito, — porque la gente sabe que Alberto Jorge era muy obediente a su mamá.

En el oratorio festivo del colegio, durante su sexto grado, los superiores le confiaron un grupo de niños a quienes debía enseñar el catecismo. En esa misma época, entró a formar parte de la rama preparatoria de los aspirantes catequistas.

Se esmeró entonces por el bien de sus pequeños alumnos, preocupándose por la asistencia a la misa dominical. Extendió su celo a los niños del barrio, y a fin de devolverlos dóciles a sus insinuaciones, tomaba parte en los partidos callejeros; les prestaba su balón, les regalaba dulces, y llevó su apostolado hasta preparar algunos de ellos para la primera comunión.

Su actividad, los éxitos alcanzados y la práctica adquirida al frente de las compañías colegiales y de la Acción Católica, le merecieron el honor de ser promovido a la primera categoría entre los jóvenes dirigentes del oratorio, como catequista jefe de los niños de primer grado.

Un domingo por la tarde, en compañía de un amigo, desempeñaba su función de catequista con un grupo de pequeños. Entre ellos había dos niños mal arropados, sin catecismo, y quizás hasta con hambre.

Alberto Jorge les preguntó por qué no tenían

el librito de la doctrina, y ellos respondieron que no lo podían comprar. Entregó entonces el dinero a su amigo, rogándole que se los consiguiera de inmediato.

La caridad, el candor sereno de su alma, que se transparentaba en la risueña armonía de su rostro, constituían el secreto resorte para establecer con las almas juveniles el diálogo persuasivo y fascinador, que no puede expresarse con las palabras y que sólo es don secreto y admirable de pocos espíritus de elección.

XVII

LA ALEGRÍA DE VIVIR

El deporte que la generación pasada ha visto nacer, en medio del escepticismo casi universal, ha logrado medrar hasta el punto que hoy suelen elevarse pedestales a los nuevos ídolos, frente a quienes las muchedumbres alucinadas cantan sus coros triunfales.

Nuestros abuelos, sin embargo, que corrían y saltaban ante la indiferencia de todos, no poseían estadios, ni arenas, ni piscinas. Y se trezaban en lucha sólo por honor, sin premios y sin los aplausos del público.

Hoy, que el deporte se ha trocado en una profesión, los estadios se estremecen de entusiasmo al paso de los nuevos gladiadores. Ha habido, en verdad, cierta exageración en todo esto, porque el deporte no sólo ha de formar el cuerpo, adiestrándolo para las fatigas, sino también el carácter, templándolo para las dificultades de la vida.

La sabiduría helénica, de la que somos aún tributarios por tantos conceptos, exaltaba las almas hermosas en la robustez de los cuerpos. Y el corredor de la maratón que se retiraba de la carrera, o el discóbolo que se mostraba enfadado con el vencedor,

eran castigados por el gimnasiarca con severa inflexibilidad.

El deporte auténtico exige carácter y virtud; especialmente aquella virtud que suele llamarse angélica; la misma que no impedía a San Luis jugar con entusiasmo a las carreras; a Contardo Ferrini, Aquiles Ratti y Pier Giorgio Frassati escalar las cumbres de los montes, y a Giosué Borsi pelear en la guerra con el arrojo de un león.

Es preferible el deporte que es vida. El otro no pasa de la categoría de un diletantismo. Un gran conocedor de jóvenes, escribía:

“Siempre he observado que la gran mayoría de los que saben de memoria el semanario deportivo, como nunca han aprendido una lección, son cabalmente aquellos que en la realidad practican el deporte menos que cualquier otro”.

Alberto Jorge no se parecía a estos últimos. Estudiaba a la perfección sus lecciones, conocía al dedillo los equipos locales y porteños; pero, al mismo tiempo, participaba con gran entusiasmo en los juegos de su colegio.

Era, en efecto, el alma de los partidos, y como la gran mayoría de nuestra juventud, prefería el fútbol. El nombre de Irisarri era el más repetido durante el recreo. Frecuentemente solicitaban su intervención, para que con su arbitraje imparcial solucionara cualquier conflicto. En tales casos, aun los mayores de edad aceptaban sus fallos.

Y cuando algún jugador cometía ciertas infracciones que merecían la expulsión del juego, Alberto Jorge trataba de convencer al árbitro, con elocuencia

y copia de razones, para que no lo eliminase de la cancha:

—No lo hará más, se lo aseguro, — concluía, haciéndose garante del culpable.

Por su parte, en más de una ocasión el juez puso a dura prueba la fuerza de su dominio personal.

El grupo de los aspirantes catequistas debía enfrentarse con el de los auxiliares menores del oratorio, en la localidad de Villa Rocha. Durante el primer tiempo, el juego procedió normalmente. Pero al comenzar el segundo, el árbitro, actuando con picaresca intención, se mostró partidario en forma decisiva del equipo de los auxiliares, aplicando con todo rigor el reglamento del juego a las supuestas infracciones del cuadro de Alberto Jorge.

En el acaloramiento del partido, la impaciencia de los jugadores llegó a su estado culminante, amenazando estallar en una vigorosa protesta colectiva. El cobro injusto de un penal y la sanción de un gol dudoso, llevaron la tirantez hasta la exasperación.

El partido, iniciado con vigor acometivo, iba perdiendo todo su interés, y el equipo de los menores, que había dado comienzo al juego con escasas probabilidades de éxito, ya apuntaba en el marcador tres goles contra uno.

Alberto Jorge, que siempre se lanzaba al campo con empuje vigoroso, sintió viva desazón, al ver que el desaliento comenzaba a cundir en las filas de sus jugadores.

—¡Eso no puede ser! — exclamaba en el jadeo del partido.

Ante el juez, discutió enérgicamente las últimas decisiones, pero al comprobar la inutilidad de sus reclamos, dos veces intentó retirar el equipo de la cancha.

No lo hizo. Prefirió cambiar el tono, y abriendo el registro patético, procuró vencer la reluctancia del árbitro.

—Dígame, ¿por qué hace eso, por qué? ¿Usted no puede continuar de esa manera!

Respiraba afanosamente; corría tras el balón, luego regresaba; increpaba a los compañeros que jugaban desganados, mientras el bando contrario palmoteaba su éxito sobre los vencidos, que por momentos se mostraban enfadados y furiosos.

No obstante la evidencia de la injusticia, no salió de su boca ni una palabra irrespetuosa. Concluyó aquel partido, como es fácil suponerlo, con la derrota aplastante del grupo de Irisarri. Sin embargo, el mal momento fué diluyéndose poco a poco, y Alberto Jorge recobró su serenidad habitual.

A la hora de la comida, en su rostro no quedaba ninguna huella de la tormenta pasada.

Nada peor que acostumbrarse a vencer todos los días, ante el aplauso de las muchedumbres. A menudo, sólo tras una derrota se adquiere la verdadera jerarquía de hombre.

Alberto Jorge había aprendido, entre otras muchas cosas, el arte de perder con lealtad en el juego. Al entregar su paleta a otro compañero, en el deporte del frontón, decía sin amargura:

—Tú juegas mejor que yo; soy un chambón; casi no sé jugar.

Cuando los compañeros le reprochaban alguna falta en los partidos, no respondía; sofocaba en sí las espontáneas palabras de justificación y seguía jugando silenciosamente, con el máximo empeño, para no desagradar a los demás.

El dominio sobre sí mismo, en el fervor de la diversión, cuando todas las facultades se concentran hacia la actividad del momento, no suele ser la característica de los hombres, y menos aún de los jóvenes. Sin embargo, Alberto Jorge seguía dominando sus impulsos, y daba pruebas inequívocas de su fuerza de voluntad.

Su juego, además, no se tornaba nunca alarde individual, exhibicionismo fatuo y pretencioso. Cultivaba la acción concertada, aun en desmedro del amor propio legítimo; y sabía, de este modo, sacar partido también de los jugadores más inexpertos.

Su equipo favorito era el de San Lorenzo. Pero casi nunca lo vió actuar en el campo: satisfacía su curiosidad sobre la marcha de ese cuadro escuchando la transmisión radial de los partidos. Hasta en los últimos días de su enfermedad se interesó por las alternativas de San Lorenzo.

Algunas de sus fotografías nos lo presentan con equipo de fútbol, en medio de los jugadores. Cuando se formó en el colegio la Liga Deportiva, tres equipos se lo disputaron como capitán.

Participó en el grupo denominado Buenos Aires.

Una vez le sucedió perder una pelota conseguida con gran trabajo por el equipo de sexto grado. La había llevado para jugar con los niños de su barrio, y regresó sin ella.

No faltaban cascarrabias en el cuadro.

—De haberle ocurrido la desgracia a otro, lo hubieran triturado, — dice un compañero. — Pero, siendo él, después de haber escuchado el relato de lo ocurrido, con gran sorpresa del maestro, se resignaron con un “¡Paciencia!”

En la cancha de paleta, jugaba a zurdas. Cuando intencionalmente algún colega, con puntas y ribetes de marrullero, le lanzaba en el saque la pelota a la derecha, Alberto Jorge se ponía de grana, pero sin decir una sola palabra.

En familia, se prestaba para jugar a los naipes con sus primitas, con entusiasmo, pero sin afán exagerado de salir ganador. Cuando la suerte se le mostraba adversa, sólo decía: “¡Paciencia!”

Durante los breves minutos de recreo, entre clase y clase, siempre se le veía atareado; bien en organizar un partido o arreglar el anunciador del patio, bien para pedir el óbolo en favor de las vocaciones sacerdotales, forjar proyectos con los amigos, solucionar las dificultades que surgían entre ellos o invitarlos para una breve visita en la capilla del colegio.

Los días feriados, antes que sumirse en la lóbreguez enervadora de una sala cinematográfica, prefería salir a la anchura del campo, y sentirse guapo de sol y del aire salobre que subía del vecino Atlántico.

Se internaba por el oleaje de los trigos y los hendía suavemente, mientras a sus espaldas susurraban las espigas al cerrarse.

Regresaba a prima noche, aspirando con avidez

la frescura de la brisa marina, y traía en los vestidos el aroma del tomillo y del madroño, y en los ojos, la visión de la naturaleza que descansaba en dulce apagamiento, sobre la inmensidad del mar.

Durante una excursión al campo, todos se disponían para merendar. Como aperitivo, quisieron cebar unos mates; pero el agua, por efecto del viento que apagaba el fuego, tardaba mucho en calentarse.

Cansados ya de la espera, algunos propusieron recorrer el campo, en busca de alguna novedad.

—Vayan ustedes, — dijo Alberto Jorge, — que yo me encargaré de preparar lo necesario, para que cuando vuelvan lo encuentren todo listo.

Y así lo hizo, en efecto, sacrificándose generosamente por sus compañeros.

Después de su muerte, al revolver los papeles y estampas que le habían pertenecido, fué hallada una tarjeta, donde se leía:

ARTURO KRUUSE

Saluda cariñosamente a su amigo Alberto Jorge Irisarri, y le agradece sinceramente el ramo de flores que le entregó en La Plata.

Buenos Aires, 18 de noviembre de 1939.

Interrogado el papá acerca de la significación de la tarjeta, explicó como, en ocasión de disputarse el Gran Premio Automovilístico de 1939, desde Córdoba hasta La Plata, los corredores, cubriendo la última etapa, alcanzaban la meta definitiva, en

los primeros días de noviembre, a lo largo de la grandiosa Avenida 52.

Alberto Jorge, para quien el auto resultaba familiar, ya que lo utilizaban sus padres y parientes, y apasionado además por toda competencia deportiva, había elegido a su favorito en el coche número sesenta, conducido por el famoso ganador del Gran Premio del año 1935.

En los diarios locales, correspondientes a esa fecha, aparecieron títulos como el siguiente: "La llegada de Kruuse fué recibida con cariño".

En efecto, cuando el coche número sesenta se detuvo en el Bosque, el paseo principal de la ciudad, fué calurosamente ovacionado. Los altavoces anunciaron al público: "En este instante, un niño de la ciudad ofrece gentilmente un ramo de flores a Arturo Kruuse". Todos aplaudieron con entusiasmo.

El niño que, conducido de la mano por su papá, agitaba una banderita en la que se leía "Kruuse", era Alberto Jorge en persona. La había hecho bordar expresamente, y en el mismo ramo de flores había colocado también una tarjeta con su nombre y dirección.

Damos gracias a los pacientes espigadores de las memorias de Irisarri, quienes, desafiando el riesgo de que se les pudiera llamar quisquillosos del detalle y currinches de la nonada, nos han conservado pormenores de tanto interés.

Deseosos de obtener mayores noticias, enviaron al señor Kruuse la estampa recordatoria de Alberto Jorge, comunicándole su fallecimiento. Solicitaron

al mismo tiempo, que les remitiera algunos datos que pudieran interesar a los compañeros de colegio.

El célebre corredor respondió amablemente en dos esquelas. En la del 3 de septiembre de 1943, manifestó "su pesar por la desaparición del simpático jovencito Alberto Jorge Irisarri".

La segunda la trascribimos, sin quitar ni poner:

"Zapala, 1º de octubre de 1943.

"R. P. Director.

"De mi estima:

"He recibido su carta fechada en 7 de septiembre y hoy doy cumplimiento a mi promesa.

"Remito a usted dos tarjetas del niño Alberto Jorge Irisarri, que pude encontrar en mi archivo; se las envío, rogándole que después de sacar copia de ellas, se las haga llegar a sus padres, junto con mi sentimiento, por tan prematura y dolorosa desaparición.

"En cuanto a mis recuerdos, en la emoción de la llegada, sólo diré que recuerdo a un simpático niño que con gesto cariñoso me hizo entrega de un ramo de flores.

"Sin otro particular, saludo a usted muy atentamente.

Arturo Kruuse.

Ambas tarjetas de Alberto Jorge están escritas con gran esmero y pulcritud, sobre líneas prolijamente trazadas con lápiz, lo cual da al escrito un matiz de ingenuidad infantil.

"La Plata, 23 de noviembre de 1939.

"Señor Arturo Kruuse.

"Muy estimado amigo:

"He sentido un inmenso placer el otro día, cuando recibí su atenta tarjeta; por lo tanto, muchas gracias.

"Me he enterado que corre la carrera de las mil millas, por lo cual le auguro sinceramente el primer puesto.

"¡Con cuánto gusto le ofrecería un ramo de flores!

"Cuando venga a La Plata, sería para mí un alto honor recibirlo a usted en mi humilde casita.

"Lo saludo cariñosamente.

Alberto Jorge Irisarri.

"La Plata, 12 de junio de 1940.

"Señor Arturo Kruuse.

"Mi apreciable amigo:

"Me he enterado de que para octubre próximo se corre el Gran Premio Nacional.

"Serían mis mejores deseos que usted interviniera en esa carrera.

"Yo soy el pibe que le entregó el ramo de flores en La Plata.

"Desearía también que este año llegase a La Plata y a mi casa a comer asadito.

Alberto Jorge Irisarri.

s/c. calle 15, N° 1327.

Cuando su amigo Kruuse participaba en alguna competencia, Alberto Jorge lo seguía con su recuerdo constante, y quedaba hasta la medianoche escuchando la transmisión radial.

En la famosa carrera automovilística de Varela a Chile, insistió con su papá para que lo llevase al camino de Brandsen, a fin de asistir al paso de los coches.

La ejemplaridad de una conducta intachable y la aplicación intensa a los deberes de estudiante, no impidieron, pues, a Alberto Jorge disfrutar de los pequeños goces que puede ofrecer la existencia. Brotaba de su alma una fuente de alegría siempre renovada, serena y limpia.

—Sé alegre, — nos dicen los soldados. — El canto alegre acorta el camino...

Alberto Jorge recorría el breve camino de su vida, cantando. Y con los ojos limpios se copiaba la senda luminosa y lejana, que se perdía, como un caminito de rondalla, en horizontes derretidos en la lumbre del sol.

XVIII

LA BUENA SEMILLA

Don Bosco nunca limitó su trabajo educativo a la sola formación de la inteligencia. La religión, base del Sistema Preventivo, además de ser luz, es vida sobrenatural de gracia divina.

La suprema cultura católica, en su aspecto especulativo, no puede estar disociada de la incorporación a Cristo, mediante la gracia y los santos sacramentos.

Alberto Jorge, con su firme voluntad escondida en un cuerpo aún muy joven; con una gran tenacidad, fruto en parte del factor hereditario, parecía una semilla apta para producir frutos copiosos.

A la prueba de la criba, casi no dejaba rastros de polvo. Plantado en la huerta virgen del colegio de Don Bosco, halló un terreno apto, e inmejorables condiciones de clima espiritual.

El alma de Alberto Jorge era semejante a una pradera en el frescor de la mañana. Pradera siempre húmeda por una piedad discretamente velada, pero de flujo perenne, sin veleidosas intermitencias; una pradera con aspecto de lozanía, bajo el sol claro y radiante de la benevolencia divina.

“Los jovencitos — había dicho, en una página

memorable de su Sistema Preventivo — suelen manifestar uno de estos cuatro caracteres: bueno, ordinario, difícil y malo... Para los dotados de buen carácter, basta la vigilancia general, explicar las reglas de disciplina y recomendar su observancia”.

Los educadores de Alberto Jorge no hallaron dificultades con él; a cada pulsación de las manos hábilesas, respondía fielmente el sonido limpio, vibrátil, inconfundible, de su docilidad siempre tendida, como las cuerdas de un antiguo laúd.

De su hogar trajo al colegio los hábitos de disciplina personal y laboriosidad. El campo, que había sido el escenario de sus primeros años conscientes, le prestó costumbres de sencillez, que lo acompañaron a lo largo de su breve existencia terrena.

El espíritu de piedad cristiana — que consiste esencialmente en vivir bajo la mirada amorosa del Padre Celestial — echó hondas raíces en su alma.

Alberto Jorge cultivó intensamente la vida interior. Sólo así se explica el fervor de su apostolado y la luminosidad de su ejemplo.

Para Don Bosco, educador eminentemente práctico y ajeno a toda estéril lucubración doctrinal, la piedad encuentra su alimento insustituible en la oración y el contacto frecuente con los sacramentos de la Iglesia.

La Santa Eucaristía era el alimento habitual de Alberto Jorge. Jamás dejaba la comunión los días domingos, los primeros viernes y el 24 de cada mes, dedicado al culto de María Auxiliadora. Con frecuencia, comulgaba los días entre semana. Con tal motivo debía solicitar permiso a su mamá, para que

no lo obligase a servirse el desayuno en casa. Permisó que conseguía sólo gracias a su perseverante insistencia, pues se trataba de vencer la oposición de la familia, y el temor de que el ayuno debilitase su organismo en pleno desarrollo.

No se mostraba flojo ni melindroso ante la mortificación cristiana. No obstante su corta edad, durante la semana mayor solía guardar el ayuno hasta después de las doce.

—Pero, Alberto Jorge, — le decía su mamá, — te vas a debilitar. Si tú no estás obligado a eso...

—No me hace nada, mamá, — respondía Alberto Jorge, sin aflojar en su propósito.

La Eucaristía, que, además de ser sacramento en la mesa sagrada, es también misterio en el tabernáculo y sacrificio en el altar, solía recibir de Alberto Jorge la adoración fervorosa y frecuente. A su salida del colegio, hacía un breve alto en la capilla, ya solo, ya acompañado por sus amigos.

De manera especial, era fidelísimo a su turno de guardia, en los días de adoración de las Cuarenta Horas en el gran templo del Sagrado Corazón.

A su entrada en el oratorio festivo, la primera visita, infaltablemente, era para el Huésped Divino del sagrario. Antes faltaran las estrellas del cielo, que Alberto Jorge de su cita con el Dios Eucarístico.

Había comprendido que la santa misa es centro de la vida litúrgica de la Iglesia, y el medio fundamental para la vinculación religiosa entre Dios y el hombre. Manifestaba gran respeto hacia el rito sagrado, y por ningún motivo se eximía de la asistencia dominical, obligatoria para el creyente.

Aun cuando pasaba alguna temporada en la hacienda paterna de Giribone, si el tiempo y los caminos lo permitían, los días de precepto ensillaba el caballo, y en compañía de su hermano se animaba a recorrer varias leguas, para no privarse de la santa misa.

Durante el trayecto, engañaba el tedio del viaje cantando. Y su canturreo tembloraba mansamente por el portantillo de la bestia.

La tía Valentina recuerda con edificación:

—Nunca dejaba la misa. Acompañaba a su familia al campo, después de haber obtenido la seguridad de poder satisfacer a su obligación dominical.

La compostura externa en el lugar sagrado, lo distinguía entre todos.

“Entré una vez en la sacristía antes que llegara el sacerdote celebrante — dice la Directora del Colegio María Auxiliadora —, y en la semioscuridad del lugar encontré a él y su compañero; éste se hallaba cómodamente intalado en un sillón, pero Alberto Jorge se había arrodillado en un reclinatorio bien cerca del sagrario, y allí oraba en actitud devota”.

La confesión, que es el sacramento de la misericordia divina, y además, en el sistema educativo salesiano, propulsor enérgico de la voluntad del joven, instrumento de la higiene de las almas y fulcro del trabajo pedagógico, fué también para Alberto Jorge el móvil de su intensa formación espiritual.

Se confesaba con suma regularidad. Si su confesor ordinario se hallaba ausente, se servía del ministerio de cualquier otro sacerdote. Los frutos de esta

dirección espiritual se pusieron de manifiesto en el esfuerzo constante para mejorar la conducta, en el horror al pecado y en el trabajo intenso para lograr una completa armonía interior.

“Después de confesarnos — dejó escrito en su libreta espiritual —, es como si pasáramos a un campo limpio que debemos sembrar, para poder recoger luego buenos frutos”.

Aguardando su turno para confesarse, no demostraba apuro. Hacía su preparación en el clásico libro *La juventud instruída*, manual de piedad escrito por el mismo Don Bosco, y se detenía largo rato, para la acción de gracias.

“El último sábado que pasamos juntos en el colegio — recuerda emocionado un compañero de curso —, nos encontramos arrodillados en el mismo banco, preparándonos para la confesión. Le pedí me cediese su turno, y al punto me hizo una señal afirmativa con la cabeza. Me llamó la atención su devota compostura. Se me antojó Jesús orando, tal como lo representan algunas estampas”.

Su maestro de sexto grado insinuó un día, durante una conversación en clase, que los jóvenes en general son desagradecidos, y que muchos, en saliendo del colegio, se olvidarían de todo lo bueno que habían aprendido allí, y quizás hasta de Dios.

Irisarri levantó su voz de protesta, ante las afirmaciones pesimistas del maestro:

—¡Yo siempre rezo por usted!

—Lo dudo, — respondió el superior.

—¡Para que vea! — añadió con calor. — Yo

todos los días rezo por usted, por mis maestros de los años anteriores y por el Padre Director.

En todo colegio de Don Bosco, cada año, infaltablemente, hacia la mitad del curso escolar, se invita al alumnado a recogerse en un retiro espiritual de breves días. El que tiene alguna experiencia de las almas juveniles, no deja de advertir los frutos espirituales que se obtienen y las grandes transformaciones que suelen obrarse en las conciencias.

Naturalmente, el severo método ignaciano, muy oportuno para personas de juicio maduro, que impone el silencio absoluto, y además, la observancia estricta de otras muchas prescripciones y normas, ha sido atenuado algún tanto para los jovencitos por el prudente buen sentido de San Juan Bosco. Las horas de meditación y el silencio se sustituyen por algún recreo moderado; y en lugar del rebullicio vocinglero que suele ser la característica de los patios salesianos, se advierte en esos días un clima de serena tranquilidad.

Sin embargo, el recuerdo de las solemnes verdades eternas, tema fundamental de los ejercicios espirituales, y el ambiente de serio recogimiento, no dejan de producir honda impresión y suscitar energías y propósitos latentes en los ánimos de la juventud.

Alberto Jorge se entregó de lleno a ese grato deber espiritual, durante los años de colegio. Bien lo notaron sus maestros y superiores. Después de su muerte, se hallaron en la libretita particular algunas anotaciones referentes a los últimos ejercicios de 1942.

Trascribimos una parte de esta sección, que puede dar una idea de la seriedad e inteligencia con que abordaba esos argumentos de interés permanente para el espíritu cristiano.

1. **Fin del hombre.** — ¿De dónde vengo, adónde voy?

“Vengo de Dios y voy a Dios.

“Hay hombres en el mundo que no saben que son cristianos, no saben de dónde vienen, ni adónde van.

“¿Cómo debo hacer para llegar a Dios?

“Debo conocerle, amarle y servirle en esta vida.

“Una sola cosa es necesaria: salvar el alma.

“Si salvamos el alma, gozaremos con Dios en el paraíso por toda la eternidad. El paraíso será el consuelo de todos nosotros.

2. **Gracia de Dios.** — Gracia de Dios es la amistad que hay entre un cristiano y Dios.

3. **La oración.** — Debemos rezar por la mañana y por la noche; sin oración no hay salvación.

4. **La muerte.** — Es el castigo del pecado; trajo como consecuencia la muerte. Acuérdate de los novísimos, dice el Espíritu Santo.

“Está establecido que todos tenemos que morir.

“Diógenes buscaba entre unos huesos el cráneo de Filipo, rey de Macedonia, sin poderlo identificar.

“Como haya sido la vida, así será la muerte.

“La muerte es incierta en cuanto a las circunstancias que la rodearán. No sabemos dónde, cuándo, ni cómo. Vendrá como un ladrón, que llega cuando

menos se piensa. Así le ocurrió a aquel mal administrador del Evangelio.

“Somos polvo, y en polvo nos convertiremos”, dice el Señor.

“Está establecido que el hombre muera.

“Todo en la naturaleza muere: los árboles, los animales.

PROPÓSITO. — Viviré de tal modo como si hoy mismo tuviese que morir. Los santos mueren con la alegría en el rostro, porque tienen la paz en el alma.

5. El pecado. — Es una ofensa grave hecha a Dios.

“El desastre que hace en el alma un solo pecado mortal, se parece al que hace el granizo en el huerto.

“El alma en pecado es un cadáver. Los pecados impuros son como vampiros, que poco a poco matan el alma. Es difícil arrancar estos pecados cuando han entrado en el alma, como el camello en la carpa del beduino del cuento.

“Hay que tratar de reparar los escándalos dados.

6. El infierno. — Un pintor impío recibió encargo de hacer cuadros sobre la muerte, el juicio, el infierno y la gloria. Al pintar el infierno, se llenó de terror, dijo que no quería caer en el infierno y cambió de vida.

“San Agustín dice que debemos bajar al infierno mientras vivimos, para no caer en él después de muertos.

“El infierno verdaderamente existe; lo dicen los

libros sagrados. (Ej.: Parábola del rico Epulón.)

PROPÓSITO. — Mi vida será tal, que no caeré en el infierno.

7. Devoción a María. — Debemos tener una gran devoción a María Santísima. Recurramos a Ella, y nos salvará. Recordar el sueño de Don Bosco, de las dos escaleras.

8. Fin de los ejercicios. — Una buena confesión. Medios para hacerla bien: sinceridad; dolor y propósito; un buen examen. Recordar los sueños de Don Bosco.

PROPÓSITO. — Haré una buena confesión.

No era, pues, Alberto Jorge el melancólico héroe de aquella familia tan numerosa de hombres, que sólo piensan en lo que quisieran y debieran hacer antes que llevarlo a efecto.

Ni sólo se detenía a diseñar con graciosas curvas los viajes que nunca habría de realizar, ni en figurar sobre el papel los triunfos que nunca habría de alcanzar, ni en trazar los anchos caminos reales que jamás habría de recorrer.

Alberto Jorge realizó sus propósitos. Con una firmeza superior a sus años, dió a los compañeros, a los superiores, a su familia, la obra personal, el testimonio de su poder conquistador, del que había de surgir más tarde el tallo flexuosamente fuerte del trigo rubio y sustancioso de un ejemplo aleccionador.

XIX

LOS OJOS LIMPIOS

Santo Tomás de Aquino, razonador frío y austero, cuando trata de la virginidad, siente la fascinación de esta belleza moral y se conmueve.

“Toda castidad — dice — tiene su esplendor: *decórem impórtat*; pero ninguna como la virginidad, la cual posee la hermosura en su grado supremo...

“La humanidad, además de los bienes materiales, tiene otras necesidades: las del espíritu, las elevaciones hacia lo infinito, la dignidad y belleza moral es conveniente, pues — concluye el santo —, que algunos de los hombres se mantengan en el estado de virginidad *ad totíus humani géneris pulchritúdinem et salutem*... para la belleza y provecho de toda la humanidad”.

“¡Bienaventurado el corazón limpio!”, canta la Iglesia. Todo corazón puro atrae en cualquier edad, pero muy especialmente en la juventud, cuando la frente se halla adornada de todas las gracias y la virtud la ilumina.

Uno de los maestros de Alberto Jorge, que en su contacto cotidiano pudo descubrir la atrayente hermosura de su alma, atestigua:

“Debía tener gran dominio de sí, especialmente sobre la vista; lo notaba en los momentos de oración, pues miraba hacia delante, casi siempre con los ojos dirigidos a la imagen que presidía en el aula. En su porte y andar, guardaba compostura y naturalidad”.

Muchos de sus coetáneos, en la conversación, decían chuscadas, a menudo chocarreras. Alberto Jorge demostraba en su exterior, disconformidad con este modo de proceder.

Muchos fueron los testimonios de los compañeros, jueces infalibles en esta materia de delicadeza espiritual.

—¿Qué concepto moral tienes de Alberto Jorge?

—Muy bueno, — responden unos.

—Óptimo, — añaden otros.

—¿Qué opinas de sus palabras y conversaciones?

—Siempre buenas, Padre.

—¿Has escuchado alguna vez de su boca conversaciones algo libres, escabrosas, malas palabras?

—Nunca, Padre.

—Al menos, que yo sepa... — aventura un tercero.

—¡Avisá! — replica otro de inmediato, echando mano de una expresión extraña al estilo literario, pero sobradamente expresiva.

Todos se ponen de acuerdo en afirmar que jamás han oído de sus labios una mala conversación.

—¿Qué opinas tú? — pregunta el pesquisidor a uno de los mayorcitos. — ¿Sería tal vez una exageración dictada por el afecto?

—¡No, Padre! ¡Es la verdad!

—Díme, tú, — continúa, dirigiéndose a uno de los íntimos de Alberto Jorge, que solía acompañarlo a su casa después de las clases; — ¿alguna vez lo sorprendiste en conversaciones no buenas?

—Dirá usted mejor, las veces que nos sorprendió él a nosotros, Padre. No tengo por qué ocultarle la verdad.

—¿Y qué actitud tomaba en esos casos?

—Se hacía el chistoso, el loco, o hablaba de fútbol, procurando desviar el tema. Si seguíamos, disimuladamente se detenía frente a cualquier vitrina o cruzaba la calle y se iba solo.

—¿Tú jurarías esto que afirmas?

—Sin ningún inconveniente, Padre.

Tales diálogos, algo inquisitoriales, pero que merecen toda nuestra gratitud, se repitieron privadamente con aquellos compañeros que intimaron con Alberto Jorge durante sus últimos cuatro años de vida.

—Le causaba profunda indignación oír pronunciar el santo nombre de Dios con poca reverencia, — refiere un amigo.

—En la ciudad, nunca pasaba delante de una iglesia sin santiguarse.

—En el tiempo que fui su compañero en el colegio, jamás oí de sus labios una palabra menos propia o de doble sentido.

—Donde estaba Alberto Jorge, — concluye otro, — no había malas conversaciones, ni se hablaba mal de ningún ausente. Defendía con energía y valor a todo sacerdote y a los superiores, aun co-

riendo el riesgo de exponerse a las burlas de los demás.

—Tampoco toleraba quejas o murmuraciones con respecto a la vida del hogar o del colegio. Interrumpía con destreza y acierto cualquier desaprobación en este sentido.

—No pocas veces, hasta en el patio mismo de la escuela, nos reuníamos varios alumnos, y no ciertamente para hablar de temas edificantes. Pues bien, cuando aparecía Alberto Jorge, inmeditamente decíamos: “¡Cuidado, que viene el Vasco!”, y al llegar él a nuestro grupo, cambiábamos el giro de la conversación.

En pleno campo, durante las vacaciones, iba una mañana con algunos labriegos de la hacienda paterna. A poco, comenzó a deslizarse entre ellos una conversación escabrosa. Hablaban con fisga y frases avanzadas, relatando historietas subidas de color.

Alberto Jorge, afectando distracción, retardó el paso, distanciándose del grupo. Al notar la maniobra, uno de ellos le gritó con desenfado:

—¡Eh, Vasquito! No tengas miedo, que los curas están lejos; no tengas miedo, no vas a cometer pecados mortales...

—¡Ca! — replicó de pronto Alberto Jorge, levantándose súbitamente del suelo, donde simulaba examinar alguna cosa. — ¡Qué lugar fenómeno¹

¹ En el habla popular, expresión que significa *muy bueno, excelente, espléndido, magnífico*. Alberto Jorge dijo *fenómeno*, y así lo dejamos.

para cazar perdices! ¡Vengan a ver, vengan! — añadió, señalando un pastizal.

De este modo, desvió la ruta y la perversa conversación.

Muchos afirman haberle visto arrebatarse revisiones impropias de manos de sus compañeros y echar a correr, destruyendo luego aquellas páginas sicalípticas.

Lo vieron igualmente salir de casa, cierta tarde, con un trapo humedecido en las manos, acercarse a una pared y borrar las palabras torpes escritas por algún irresponsable.

—¿Cómo se comportaba en la calle?

—Correctamente, por cierto.

—¿Y frente a los espectáculos?

—Nunca se detenía ante anuncios o carteles de cine. Parecía que no le agradaban esas cosas, y nos invitaba a que fuéramos derechos adonde debíamos ir.

Es verdad. Alberto Jorge no conoció otra sala de espectáculos más que la de su colegio, adonde concurría con los catequistas y oratorianos.

Si — en raras ocasiones, por cierto — se deslizaba alguna escena escabrosa, pese al prolijo cuidado con que eran revisadas las películas antes de su exhibición, Alberto Jorge — así lo atestiguan sus compañeros, aspirantes catequistas — prontamente se levantaba de su asiento, retirándose del salón sin esperar el fin del espectáculo.

En su casa seleccionaba con todo rigor los programas radiales. Se trataba casi siempre de la sec-

ción deportiva, y una que otra audición de carácter infantil.

Las revistas ilustradas y de colorines chillones, que circulan con tanta profusión, índice indiscutible de una inmensa vacuidad intelectual, todo ese género literario barato y de cargazón, no encontraba aceptación en Alberto Jorge.

Su pequeña biblioteca se componía exclusivamente de libros de estudio y formación. El último año de vida suprimió también la lectura de las historietas que se publicaban en uno de los diarios locales.

Una gran contribución a las buenas disposiciones y seriedad de propósitos en Alberto Jorge, se debe al esmero con que elegía sus libros de lectura.

Tenía asidua familiaridad con los libros de texto, la vida de los santos y las fuentes catequísticas salesianas. Su memoria privilegiada y la aplicación constante, le permitieron dominar la historia sagrada y la historia patria con lujo de detalles. Cuando se entablaban discusiones sobre estos temas, se tornaba de una verbosidad inagotable.

También le agradaban las ciencias naturales, en las que sobresalía.

Sus libros preferidos eran las Vidas de Don Bosco, Domingo Savio, Miguel Magone, Luis Comoello, Carlos Mattey, Casimiro Olivati, Angel Anselmi, que le llenaban el alma de santos deseos de superación y apostolado; los cuentos del padre Finn, de la Compañía de Jesús, y otros.

Leía asiduamente el manual del aspirante jefe de la Acción Católica y la revista *Aspirantes*, cuyos

artículos recortaba, a fin de exponerlos luego en los tableros del colegio, para comodidad de su grupo o compañía.

En las frecuentes reuniones, sabía explotar sabiamente todo ese abundante arsenal de literatura salesiana.

“En la noche de la cena de fin de año — narra un compañero —, nos enviaron como monaguillos a la celebración de un solemne casamiento, en nuestra iglesia del Sagrado Corazón. Como los interesados tardaban mucho y la espera se hacía interminable, me senté al lado de Alberto Jorge.

“El, entonces, comenzó a contarme, como en una cinta cinematográfica, los episodios de la vida de Santa Juana de Arco, que había concluído de leer en esos días, interesando vivamente mi atención”.

Lo que más alimentaba su espiritualidad, era el devocionario de Don Bosco, *La juventud instruída*. Según el testimonio de una de sus tías, acostumbraba leer diariamente dos páginas de ese libro incomparable, escrito expresamente para la juventud.

Muy grande fué el cariño que concibió hacia el libro de Don Bosco, y se hizo activo propagandista del mismo, recomendándolo con insistencia a sus propios parientes.

—¡Si es un libro fenómeno, tía! Te lo recomiendo. Es, además, sumamente barato, y yo mismo te lo puedo traer del Sagrado Corazón.

La biblioteca de las compañías, en el colegio salesiano, lo contó siempre entre sus socios y lectores asiduos.

—En los bolsillos de sus trajes y sobretodo, — dicen sus primas y la hermanita Olga, — siempre encontrábamos algún libro.

Sin embargo, no simpatizaba con las obras de cuentos o aventuras. Ni permitía tampoco que ellas perdieran inútilmente el tiempo en esas lecturas.

—Tales libros, ni son buenos, ni instruyen, — decía con aplomo y con la superioridad que le conferían sus años y su ascendiente, pero sin ningún tono de hinchazón protectora.

Sólo hacía una excepción con las revistas ilustradas de carácter escolar, que podían proporcionarle un rato de amena lectura y un caudal de conocimientos útiles para su condición de estudiante.

Pero en los paseos y salidas al campo se alborotaba si alguno de los compañeros traía revistas en sus manos.

—¿Para qué salen al campo? ¿Para leer revistas? Eso se deja para la ciudad y los días de lluvia. ¡Bien podían quedarse en casa!

Severo e inflexible en su conciencia de cristiano convencido, nunca frecuentó playas, piletas de natación o clubes, donde la malicia del mundo contemporáneo ha extremado los peligros para la honestidad de los jóvenes.

En dos ocasiones se vió en la ineludible necesidad de participar en una excursión a Punta Lara, y ambas veces olvidó intencionalmente el traje de baño.

Dos meses después de la muerte de Alberto Jorge, su primer biógrafo, en compañía del profesor de ejercicios físicos del Sagrado Corazón, muy há-

bil también en el arte fotográfico, y autor de las mejores fotografías de la vida de Alberto Jorge, quiso llegarse hasta el estudio La Silueta para encargarse de unas postales, pues tenía interés en conservar el retrato de la cédula de identidad del alumno desaparecido.

—¿Usted tomó la fotografía de este joven? — preguntaron.

—Yo mismo, — respondió el fotógrafo.

Y espontáneamente, con la complacencia de un recuerdo agradable, añadió:

—¡Qué jovencito culto! Me impresionó por sus modales sencillos y respetuosos. Aquí suelen presentarse muchos con maneras ásperas y porte vulgar, trayendo ya la pose estudiada ante el espejo. El, en cambio, me saludó primeramente, y luego:

—¿Quisiera hacerme el favor, señor, de sacarme una foto para la cédula de identidad?

Lo invité a sentarse, y obedeció sencillamente.

Al observar que no se preocupaba de los detalles de su persona, me acerqué a él:

—¿Cómo vas a salir así, con el saco arrugado? — le dije. — Debes arreglarte un poco la ropa, para que cualquiera que vea luego tu retrato, pueda decir: ¡Qué buen mozo!

Fijó un momento en mí sus ojos inteligentes, mientras yo le estiraba el saco, y bajándolos luego, con un tono de respetuosa franqueza y naturalidad, respondió:

—Eso, señor, no tiene importancia.

Es necesario hacer resaltar esta sencillez innata y connatural en el jovencito Irisarri, también para

eludir la sospecha acerca de un presunto arreglo artificial de su persona, sospecha que ha sido apuntada por algunos personajes.

En efecto, la clásica fotografía de Alberto Jorge, correctamente presentado, hizo suponer a ciertos espíritus repulgados y asombradizos que el jovencito fuera vanidoso y afectado en su arreglo personal.

—¡Linda, la peinadita! — exclamó uno de ellos.

Es natural que las opiniones sobre este punto puedan encontrarse. El procedimiento tiene fecha, y no es ningún invento del otro jueves. Nos hallamos en lo de siempre; en lo de situarse muchos, para enjuiciar, sobre el terreno propio, olvidando que cada estado social tiene sus usos y exigencias; que un joven estudiante no es un novicio de una orden contemplativa, y que donde no se barajen puntos indiscutibles de fe y moral, Dios ha dejado el mundo al arbitrio de los hombres.

La modestia y sencillez de Alberto Jorge fueron reconocidas y comprobadas por los innumerables juicios de sus maestros y compañeros, reforzados por el testimonio de sus familiares.

Uno de los superiores, que vivió cuatro años en contacto cotidiano con el alma sencilla y buena de Alberto Jorge, se halla sin duda en condiciones inmejorables de declarar toda la verdad, también sobre este aspecto.

“Nunca me llamó la atención su peinado habitual — exclama —; sinceramente, no logro recordarlo ni imaginarlo engominado. Yo ubico con nitidez en mis recuerdos a Irisarri, con el cabello corto y sencillamente peinado.

"Puedo asegurar que nunca me llamó la atención, ni por la calidad, ni por la presentación, su ropa dominguera, como tampoco, durante la semana, su guardapolvo blanco.

"En ese orden de cosas se sobreponía el criollito del campo, sobre los hábitos del hijo de la ciudad. Por otra parte, siempre se hallaba dispuesto a jugar al fútbol, en cualquier momento y lugar, con cualquier prenda de vestir, aun en los días de fiesta.

"Bastaría, por lo demás, tener en cuenta las circunstancias especiales en que se hizo retratar por el fotógrafo, para explicarse el cuidado particular de su atuendo.

"Estrenaba ese día el traje nuevo, y su primer cuidado fué colocar inmediatamente en el ojal el escudito plateado de la Acción Católica.

"Se trataba, además, de la fotografía destinada a la cédula de identidad, y correspondía a uno de los momentos más importantes de la vida de un adolescente, que terminaba felizmente todo su ciclo de estudios primarios.

"Por encima de toda otra consideración, ha de tenerse en cuenta el relato hecho por el fotógrafo, persona extraña por completo al ambiente y mentalidad de Alberto Jorge, cuando describe la escena de la visita.

"Lo que a ese hombre, hecho al trato con multitudes de personas, impresionó más vivamente, fué la poca importancia que Alberto Jorge daba a ciertos detalles.

"Las innumerables fotografías que se conservan

en la documentación, se prestan, en fin, para corroborar cuanto acabamos de decir. Sólo pueden tildar de vanidoso a Irisarri quienes, sin haberlo conocido y sin haber leído sus Memorias, quieran opinar basándose exclusivamente en esa fotografía”.

Una página escrita por las compañeras de su hermanita Olga, nos da la medida de la delicadeza de su alma. En ciertos ambientes de dudosa promiscuidad, puede acontecer que el relato tenga la virtud de provocar algunas sonrisas de compasiva ironía.

Sin embargo, el ánimo sinceramente cristiano alcanza a ver, en tales episodios, la límpida pureza de un corazón no maleado aún por el apestoso contacto de una moral laica y rastrera.

Sus primas y las amigas de su hermanita están acordes en afirmar que siempre les impresionó hondamente la deferencia y respeto con que trataba con ellas.

Tomaba parte en sus juegos y conversaciones, pero siempre con su reserva habitual, no exenta de desenvoltura.

Fuera de esas ocasiones, “él por su lado y nosotras por el nuestro”, concluye una de sus primas.

En las fiestas infantiles, que por razón de parentesco o de amistad debía frecuentar, nunca se sustraía a las miradas de su mamá o de sus tías.

En el salón teatro del colegio salesiano, durante una función, a la que habían sido invitados los parientes de los alumnos, Alberto Jorge desempeñaba el cargo de vendedor de dulces.

Con el pretexto de comprar caramelos, un grupo de niñas le hizo señas, para que se acercara.

—¿Cómo te llamas? — comenzó una de ellas, para entablar conversación.

—Alberto Jorge Irisarri, señorita.

—Conque tú eres el preferido en el colegio, ¿verdad?

—Yo no soy el preferido de nadie, señorita, — replicó con seriedad.

—Déjate de tanto señorita, señorita... Tutéanos. Dime, ¿cuánto cuesta este turrón?

—Diez centavos, señorita.

—¡Qué caro! En la calle vale cinco.

—Pues, vaya a comprarlo afuera, señorita; — y se alejó, para continuar su recorrido.

Sus respuestas eran siempre breves y serenas; pero si alguien se tornaba cargoso, sabía también defender los fueros de su dignidad.

—Conque, ¿usted estudia para sacerdote?

—Señorita, ¡esas preguntas están de sobra!

En familia, se mostraba siempre muy cariñoso con todos los suyos. Sin embargo, ya grandecito — afirma una de sus tías —, especialmente en estos últimos años, no nos besaba ya.

Al entrar en casa, después de las horas de clase o de recreo, saludaba a los presentes con un gracioso "Buenas...", arrastrando el final, y acompañando el saludo con una ligera inclinación.

Acercaba la frente sólo a su mamá, para recibir de ella el beso ritual.

No permitía que sus primas ni su hermanita lo

besasen, ni que le tocaran el rostro, como tampoco el distintivo de la Acción Católica.

—A su regreso de las vacaciones, quise besarlo, — dice su primita menor, — pero él me detuvo amablemente, diciendo: ¡Vamos!

Al cerrar la noche, las primas, que habían pasado algunas horas en su casa, le rogaban que las acompañase hasta sus hogares. Siempre accedía gentilmente, pero sin permitir que lo tomaran de la mano, ni en casa, ni en la calle.

Tales actitudes, que podrían quizá ser consideradas como inurbanas y descorteses, y provocar reacciones burlonas en los sectores imbuídos de espíritu mundano y conformista, dejaron sin embargo un grato recuerdo en el ánimo de quienes fueron protagonistas de estos hechos. Después de la muerte de Alberto Jorge, reconocieron con edificación su entereza y rectitud moral.

Es por demás evidente que un adolescente de corazón viril y de tendencias superiores, no pudiera hallar gusto en las conversaciones fatuas e intrascendentes del mundo femenino que lo rodeaba.

El agua pura conserva la luz durante largo tiempo. Reluce, en efecto, aun cuando las tinieblas van espesándose, y en ella se copia entonces la primera estrella de la noche.

Alberto Jorge, como el agua límpida, guardaba en el fondo de sus ojos el claro reflejo de la luz, y supo conservarla hasta que el atardecer prematuro, abajándose sobre su adolescencia, se sirvió de ella para alumbrar en el firmamento el primer lucero de la noche.

XX

LA MADRE DEL AMOR HERMOSO

No es posible pensar en un alma cristiana sin asociarla a las íntimas relaciones de devota confianza con la Madre del Salvador. El que se atreviere a ignorarla, lleva consigo, como una maldición de Dios, el anatema de San Gregorio Nacianceno: "Quien rehusa creer en la divina maternidad de María, es extraño a Dios... *extra divinitatem est*".

Alberto Jorge trascurrió los años mejores de su infancia y adolescencia bajo la mirada suave y maternalmente bondadosa de la Virgen María.

En la cabecera de su cuarto de dormir campeaba una estampa de Nuestra Señora de Luján, la Patrona de la Nación Argentina. Alberto Jorge no podía concebir una vida sin esta devoción: un despertar, por la mañana, sin encontrar la sonrisa de la Señora celestial; un recostar la cabeza, por la noche, que no fuera bajo la mirada tranquilizadora de María.

La sagrada imagen recibía el piadoso homenaje de un beso, toda vez que regresaba del colegio. Si salía al campo, su acompañante fiel era siempre un cuadrito de María Auxiliadora.

Y luego, el rosario en su faltriquera. Como para el sacerdote su cáliz, así significaba para él el rosario,

el instrumento sagrado de la oración mariana, que sirva para reproducir en la memoria lo que el cáliz renueva realmente en el altar.

Meditaba los misterios de la vida, de la muerte y de la resurrección del Señor, al recorrer cada día el camino de su casa al colegio y a su regreso. Ajeno al tráfico de la ciudad, solo en medio de la muchedumbre, su corazón buscaba las alturas donde se difunde soberana la luz de la sonrisa divina.

O bien, en la paz del campo, cuando empezaba a decaer la tarde, y la noche se iba entrando por la llanura, toda la emoción del día que estaba acabándose entraba en su alma excelsamente. Quedaba su mirada en un dulce misterio de lejanía. El paisaje tomaba entonces una honda expresión de intimidad, y de todo el campo que grillaba, iba llegando la cadencia redoblada de los cencerros, ondulantes al paso calmoso de las bestias.

Alberto Jorge, desposeyéndose de lo presente, recibía en su alma la grandiosa sinfonía campestre, y desgranaba pausadamente las notas de otro cántico espiritual, muy cerca de Dios y del corazón de su Madre divina.

También apretaba secretamente su rosario, cuando había de enfrentarse con alguna grave dificultad o soportar cualquier contradicción. Sabía asimismo organizar el rezo colectivo, especialmente los sábados, con un grupo de condiscípulos, cediendo a veces su corona, para que otro se sintiera halagado con el honor de dirigir la oración de la Madre de Dios.

Hacia el mes de marzo de 1942, el colegio rea-

lizó la acostumbrada peregrinación anual al Santuario de María Auxiliadora, en Almagro. En esa ocasión, Alberto Jorge hubo de madrugar más que cualquier otro día del año.

Cuando, ya preparado, se disponía a partir, la mamá, que lo había acompañado hasta la puerta de calle, le susurró al oído, con cierto encogimiento de corazón:

—¡Ay, Alberto Jorge! ¡Qué oscuras están las calles! ¿No tienes miedo de irte solo?

—¡Qué miedo voy a tener, mamá! Verás como ahora me voy con el rosario en la mano...

Lo sacó del bolsillo, y luego de dar a su mamá un beso ruidoso, que sonó como un chasquido en la bruma matinal, tomó alegremente su valija, perdiéndose en la fría oscuridad, camino del Sagrado Corazón.

Un joven estudiante de teología del Seminario San José, de La Plata, al visitar el colegio salesiano en los últimos días de mayo de 1942, fué invitado por el director de estudios de los cursos elementales a dirigir algunas palabras a los alumnos de sexto grado.

En ese simpático ambiente de familiaridad y respeto, creyó oportuno hablar de la Virgen de Don Bosco, María Auxiliadora.

Al iniciar este tema, notó que un alumno de la fila central lo miraba con particular atención, sin perder una sílaba de lo que iba exponiendo.

Cuando todos salieron al recreo, después de concluir la hora de clase, quiso preguntarle su nombre.

—Alberto Jorge Irisarri, — respondió con una

sonrisa. — ¡Muchas gracias, Padre, por sus palabras!

— Y por haberte librado de un poco de clase, ¿verdad?

— Sí, también. Pero lo de la Virgen me agradó mucho, — concluyó, mientras iba colocándose en la solapa el emblema de la Compañía de San Luis, para indicar que tendría reunión.

El mismo seminarista, poco tiempo después, de paso por el colegio, se fué al despacho del Padre Consejero, para aguardarlo hasta el término de las clases.

A poco se presentó Alberto Jorge, repitiendo:

— Armario diez, cajón dos...

— ¿Cómo te va, Irisarri?

— Buenas tardes. ¿Quiere que avise al Padre Consejero?

— Pronto saldrán al recreo. No lo molestes.

Se fué, después de retirar un cuaderno. Luego de algunos minutos, tocó la campana de la recreación. En la misma oficina, muy silenciosa y tratando de disimular su presencia, se hallaba otro alumno, que aparentaba estudiar muy intensamente una lección no sabida en clase.

Mientras en el patio iba en aumento el clamor de un recreo muy animado, Alberto Jorge se acercó al superior, implorando perdón para el compañero castigado.

— ¿Lo deja salir a jugar, Padre?

Su petición obtuvo el efecto deseado, pues el director de estudio y disciplina concedió al culpable la remisión de la pena.

— ¡Muchas gracias, Padre! — exclamó contento.

Alberto Jorge aprovechábase siempre de su confianza con los superiores, ganando licencias, socorros, perdones y provechos para los demás.

El seminarista concluye la evocación de la escena en estos términos:

"Todas las veces que lo vi, me impresionó la alegría de su rostro. Era un relámpago, un manojito de nervios. Poseía algo que lo distinguía de los demás y que atraía las miradas de los observadores. Alberto Jorge dejaba descubrir, en su frente, junto con esa sencilla alegría que cautivaba, una gran rectitud de corazón".

En los meses de la Virgen, o del Sagrado Corazón, que solían celebrarse en el colegio con especial solemnidad, Alberto Jorge no dejaba pasar un solo día sin colocar su papelito en la urna que guardaba el secreto de las mortificaciones y pequeños actos de virtud.

El cuadernillo de sus anotaciones espirituales conserva una parte de este tesoro espiritual. Escritos con lápiz, entre clase y clase, se hallan consignados con regularidad sistemática los guarismos que señalaban el termómetro de sus esfuerzos:

"Oraciones, 161; Misas oídas devotamente, 16; Comuniones, 4; Jaculatorias, 147; Decenas de rosario, 40; Lecturas espirituales, 10; Sacrificios voluntarios, 20; Bondades con el prójimo, 7; Victorias sobre el defecto dominante, 1".

Con este sistema de ascética, extremadamente simple, pero eficaz, Alberto Jorge llevaba a punto de sazón los tiernos frutos de su alma juvenil, los mismos que habrían de ser recogidos poco más tar-

de por la mano primorosa y buena de María Auxiliadora.

Hacia Don Bosco profesaba un cariño filial. Su mamá lo sorprendió en el dormitorio mientras miraba intensamente la imagen del santo, en un cuadro que apretaba entre sus manos. Leía y comentaba con pasión los episodios de la vida ejemplar del santo fundador.

No ocultaba su gran simpatía hacia los apóstoles San Pedro y San Pablo; el primero, por su jerarquía, como jefe de la Iglesia visible; el segundo, por su intrepidez en predicar el reino de Cristo.

Como en todos los colegios de Don Bosco, también en La Plata desarrollaba sus actividades la Obra de María Auxiliadora, iniciada por Don Bosco, a fin de ayudar las vocaciones sacerdotales. En el Sagrado Corazón, los celadores de la asociación eran los tesoreros de las compañías religiosas y los capitanes de los cursos.

Alberto Jorge no podía faltar entre los más activos propagandistas. Invariablemente, al fin de cada mes, encabezaba la lista del propio partido con su moneda, junto con la contribución de sus compañeros.

Después de su muerte, la mamá quiso entregar los ahorros de Alberto Jorge para la obra de las vocaciones salesianas, segura de interpretar fielmente los deseos del hijo.

Todos recuerdan con edificación la facilidad con la cual abordaba el tema del sacerdocio católico, en las reuniones periódicas. Lograba interesar al auditorio con ejemplos y anécdotas, fruto de sus

lecturas y de las visitas a las casas de formación del personal salesiano en Bernal, Morón y Ramos Mejía.

La adhesión y el respeto a los sacerdotes se manifestaron sobre todo en las palabras que dirigió en una carta a un asesor eclesiástico:

“Cuando escucho alguna cosa en contra de los ministros de Dios, los defiendo siempre”.

Al concluir las reuniones de la Compañía de San Luis, se acostumbraba pasar la bolsita de las limosnas entre los socios. Casi siempre aparecía una monedita, por lo menos; “la de Irisarri”, según comentaban por lo bajo sus compañeros de asociación.

En las postrimerías del año 1942, se interesó vivamente por la ordenación sacerdotal de un antiguo maestro del colegio, a quien quiso ofrecer su último tesorito espiritual, que acompañó con la siguiente cartita:

La Plata, 26 de noviembre de 1942.

“Reverendo Padre:

“Discúlpeme usted que yo le escriba sin conocerlo, pero quisiera yo también participar de la alegría que experimentará al ser ordenado sacerdote.

“Reciba usted este pequeño obsequio de un niño platense, consistente en un ramillete de plegarias que he elevado al Señor, para que su apostolado sea fecundo.

“Espero que usted se acuerde también de mí en su primera misa, para que el Señor me ayude en las necesidades de mi vida.

“Sin otro motivo, lo saluda muy atentamente.

Alberto Jorge Irisarri.

“Tesoro espiritual. — Misas, 14; Oraciones, 300; Jaculatorias, 140; Comuniones, 6; Visitas al Santísimo Sacramento, 15; Sacrificios, 10”.

Un discípulo quiso manifestar su opinión en estos términos:

“Para mí, fué siempre un hermoso modelo. Dicen que quería ser sacerdote, y que alimentaba el noble propósito de consagrarse enteramente al Señor”.

Un maestro, con el cual hablaba en un ocasión acerca de los compañeros que habían dejado el colegio para entrar en el Seminario Arquidiocesano, le preguntó si nunca había sentido el deseo de seguir el mismo camino.

Se puso serio al punto, bajó los ojos y guardó silencio. Más tarde, manifestó a ese mismo maestro, delante de dos compañeros, que a él le gustaba juntar bichos, y que por lo tanto no servía para el sacerdocio, sino que pensaba dedicarse a las ciencias naturales.

Sin embargo, preguntó:

—¿Qué diferencia hay entre clero regular y clero secular?

En el despacho de su maestro, con frecuencia abría al azar la Imitación de Cristo; pero nadie conseguía saber que versículo había caído bajo sus ojos, pues lo cerraba de inmediato, desapa-

reciendo luego más pronto que la vista, con su raqueta en la mano.

También la Madre Directora del Colegio de María Auxiliadora, viéndolo tan asiduo y formal en la capilla, para ayudar la misa, lo interrogó si pensaba seguir la carrera del sacerdocio.

Alberto Jorge, sin perder su franca sonrisa, como quien guarda un secreto y una esperanza, respondió:

—Veremos, hermana, veremos...

En este orden de ideas, siempre se mostró muy reservado con todos.

Por los años 1940 y 1941, acostumbraba visitar con sus familiares a una prima suya, novicia religiosa, los segundos domingos de cada mes, en la mañana. Alberto Jorge, sin embargo, siempre se adelantaba a los suyos. Después de los saludos, al preguntarle su prima de dónde venía, su respuesta invariable era:

—Del colegio, de misa.

Un día, la novicia se animó a interrogarlo si deseaba ser jesuita. La respuesta fué:

—No, salesiano.

—¿Lo has dicho ya a tus padres?

—No, no quiero que lo sepan todavía.

La prima, con la madre maestra, lo felicitaron por su propósito, animándolo a perseverar en él. También le preguntaron si le agradaba estudiar y si se aplicaba mucho.

—Sí, — respondió.

Y para probar su aserción, les enseñó la revista colegial, *La Hojita*, donde aparecía claramente

que Alberto Jorge ocupaba el primer puesto entre los compañeros de clase.

Al terminar las entrevistas habituales, nunca dejaba de visitar un instante al Santísimo Sacramento, en la capilla del noviciado.

Los superiores del Sagrado Corazón notaron claramente en él las señales inequívocas de una seria vocación sacerdotal. El Padre Director del colegio anotó, en efecto, en su registro particular, a partir del año 1939:

"Alberto Jorge Irisarri: Vocación sacerdotal definida". Y en cada uno de los años siguientes, la palabra: "Decidido".

En 1942, a la conclusión de los grados elementales, se le sugirió que continuara sus estudios en el curso comercial. Sin embargo, después de consultar a su director de conciencia, resolvió proseguir los años de bachillerato, pues, en su concepto, esto le facilitaba el camino hacia el sacerdocio.

La voz del Espíritu que lo llamaba a una vida superior de austeridad y sacrificio, había encontrado eco en su alma. Como Samuel, el adolescente puro de los tiempos antiguos, también Alberto Jorge respondía con la humildad de la obediencia:

—Habla, Señor, que tu siervo escucha.

XXI

LA ARMADURA DE DIOS

“Revestíos de la armadura de Dios... Tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el día aciago, y sosteneros apercebidos en todo. Estad, pues, a pie firme, ceñidos vuestros lomos con el cingulo de la verdad, y armados de la coraza de la justicia, y calzados los pies, prontos a seguir y predicar el evangelio de la paz. Embraced el escudo de la fe... Tomad también el yelmo de la salud; y empuñad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios” (Efes., VI, 11 - 17).

Cuando San Pablo, desde la lobreguez de su cárcel de Roma, trazaba en la célebre carta a los Efesios el retrato ideal del cristiano combatiente, tenía sin duda ante sus ojos a un soldado verdadero.

El anónimo plantón de guardia no sospechaba seguramente que todo su pertrecho militar, pieza por pieza, había de servir de modelo para ese extraño escritor llegado del Oriente.

Pero San Pablo proyectaba su mirada hacia los cristianos de verdad de todos los tiempos, que en la gama infinita de las posibilidades personales habrían cooperado a la expansión de la Iglesia y

al afianzamiento de los valores eternos del cristianismo.

No sólo los altos jefes de la jerarquía eclesiástica, o los misioneros de todas las latitudes, pueden realizar el anhelo de San Pablo. En el afiebrado mundo contemporáneo, aun a los laicos es dado participar en esa lucha titánica contra el desbordamiento de la iniquidad, desde las filas compactas y homogéneas de la Acción Católica.

Esta acción, tan antigua como la Iglesia misma, según la palabra autoritativa de Pío XI, permite a los hombres de toda edad y condición social aunar sus esfuerzos, para el bien y la defensa de la Iglesia y de su patrimonio doctrinal.

El mes de marzo de 1941, en el colegio del Sagrado Corazón, se iniciaron reuniones preliminares con un grupo entusiasta de alumnos, seleccionados entre los mejores elementos de las compañías religiosas.

El 21 de agosto, la Acción Católica lucía en el colegio un nuevo rebrote de aspirantes oficializados. Alberto Jorge Irisarri aparecía en la lista como uno de los veintidós iniciadores del Centro San Juan Bosco.

Todos perseveraron con ejemplaridad, y el delegado, en la última reunión del año, pudo comprobar con satisfacción la visible asistencia divina sobre las actividades del Centro.

Nacieron a poco los distintos grupos organizados, cada uno con características propias: día, protector, lema, cargos, campaña...

Alberto Jorge fué designado por elección uná-

nime de los compañeros, jefe del grupo que tenía por patrono al beato Domingo Savio, y por lema, el propósito de este joven alumno de Don Bosco: "Antes morir que pecar".

El trabajo al que se lanzaron con toda la bravura de adolescentes intrépidos, fué la realización de la palabra de orden recibida de labios del asesor en la intimidad de las reuniones: "Conquistar la clase para Cristo".

Tras algunos meses de acción penetrativa, los aspirantes pudieron reconocer con agrado que en el ambiente colegial ya comenzaba a notarse la obra eficaz de la Acción Católica.

A mediados de 1941, los aspirantes del Centro San Juan Bosco realizaron una reunión de piedad en la capilla de los Santos Mártires, anexa al templo monumental del Sagrado Corazón.

Allí, los preciosos relicarios despedían fulgores gloriosos en la devota penumbra; y sobre el fondo de terciopelo carmesí los restos de los antiguos mártires iban tejiendo silenciosamente el poema de sus hazañas heroicas.

Una voz juvenil, en contraste con la severidad y reposo del ambiente, repetía las páginas animadoras escritas para la juventud de nuestros tiempos:

"El día que en las filas preparatorias de la Acción Católica el guardapolvo de un aspirante aparezca teñido en sangre por la defensa de los derechos de Cristo, se escribirá una nueva página de gloria para la Iglesia..."

Alberto Jorge propuso y realizó entonces, con otros compañeros, la campaña para llevar cons-

tantamente un distintivo cristiano en la solapa de su indumentaria escolar, y confesar con frente alta las convicciones de su fe.

Después de la oficialización del Centro, fué su constante preocupación llevar doquiera el distintivo de la Acción Católica Argentina.

También las fotografías, a partir de esa época, conservan la imagen de Alberto Jorge asociada constantemente con el símbolo de un ideal purísimo. Cumplía de este modo la promesa de los aspirantes: "Mostraré siempre con orgullo mi distintivo cristiano".

Lo llevó asimismo, con la noble elevación de sus obras, en el ambiente del colegio y en la intimidad de su vida familiar. Ese mismo año, los socios de la Compañía de San Luis lo designaron presidente de la subcomisión del buen ejemplo, en el cual sobresalía entre todos.

El distintivo se había tornado para él signo palpable de una finalidad hacia la cual lo impulsaban todas sus energías espirituales. No permitía que manos profanas lo tocasen; con frecuencia, lo besaba con gran sencillez, ante compañeros y superiores.

No le faltó — como a los modelos de sus lecturas favoritas — la amargura de la prueba, que a veces llegó hasta el chisme y el embuste. Espíritus bajos, que se dedicaban a fisgonear murmuraciones, lo envolvieron en las finas redes de una calumnia. Se le acusó de haber provocado una pelea callejera entre algunos condiscípulos.

Llamado a rendir cuentas ante el encargado de

la disciplina, no quiso defender su inocencia, aunque le fuese insufrible violencia callar. Su mutismo fué interpretado en consecuencia como una prueba de culpabilidad. Se le afeó su conducta, diciéndosele que mal honraba el distintivo de Acción Católica quien se permitía atentar contra el buen nombre de los demás, y mucho menos quien provocaba disensiones y discordias.

Pálido y silencioso, aguantó el chubasco. Alberto Jorge, habitualmente tan parlanchín y decididor cuando se trata de defender a sus compañeros, en esa ocasión mantuvo un humilde silencio, inexplicable para sus superiores.

Concluída la reprimenda, se arrimó a un ángulo de la pared y besó calladamente su distintivo de Acción Católica.

Sólo pocas horas más tarde pudo explicar su situación, con la respetuosa franqueza que le era peculiar. Se comprobó entonces la falsedad de los compañeros y la plena inocencia de su proceder.

Cierto día, sin embargo, fuerza es confesarlo, la despreocupación y volubilidad propias de los años de la adolescencia le proporcionaron un serio disgusto.

Alberto Jorge solía divertirse a veces con varios amigos de colegio, en los jardines públicos de la ciudad. Cansados ya de los deportes ordinarios, pensaron renovar el programa de sus juegos. Idearon, pues, una serie de desafíos, consistentes en pugilatos y resistencia muscular.

Las rodadas sobre el césped consiguieron interesar también a Alberto Jorge, que participó en

repetidas ocasiones en estas clases de boxeo, que se efectuaban sin tablado y sin otros testigos, fuera de los jadeantes peleadores.

Pero, en rigor de verdad, según confesó más tarde a uno de sus íntimos, sentía en su interior el gusanillo del remordimiento; le molestaba pensar que sus maestros pudiesen quedar poco edificados, si se enteraban de tales diversiones.

Un día se verificaron los siniestros temores de Alberto Jorge, pues el padre asesor del centro llegó a saber de qué manera se divertían los tres flamantes aspirantitos.

No faltó la reprimenda saludable, motivada sobre todo por la poca delicadeza que suele fomentar esta clase de juegos. Tampoco faltó el castigo correspondiente: a los tres culpables se les retiró temporáneamente el distintivo de Acción Católica; quedaron corridos y anonadados.

Repararon luego la culpa con una sencilla penitencia. Después de tres días, en vista de la buena voluntad y el arrepentimiento mostrados, se les devolvió el distintivo.

Las exhibiciones atléticas no volvieron a repetirse sobre el fresco césped de los parques urbanos. La lección, un tanto dura, sirvió a Alberto Jorge para intensificar sus esfuerzos y ser un modelo de corrección por las calles y parajes públicos.

No lo abandonó por eso el buen humor, que tan simpático lo hacía a propios y extraños. No le era difícil cumplir con el principio de la regla: "El aspirante de la Acción Católica está siempre contento y alegre".

Siguiendo una costumbre surgida en su clase, recomendaba, especialmente a los grandecitos de sexto grado, en las reuniones de San Luis, la manera más conveniente de celebrar el santo o cumpleaños, en estos términos, poco más o menos:

“Confesar, comulgar, ponerse los pantalones largos... y no olvidarse de traer caramelos para todos los compañeros de la clase”.

Jefe del grupo Domingo Savio, debía dar cuenta semanalmente de las actividades desarrolladas. He aquí algunos de estos informes, que pertenecen a fechas diversas:

—En el día del grupo, comulgaron diez aspirantes.

—A la visita concurrieron doce.

—Algunos aspirantes del grupo deben mejorar su conducta en la iglesia.

—Se estudia el catecismo con mucho entusiasmo.

—Se consiguió que todos los aspirantes del grupo traigan consigo el rosario y lo recen.

—Esta semana se colocará un tablero con ilustraciones misioneras.

—Entre los tres sobresalientes de este mes en la clase, dos pertenecen a la Acción Católica.

—Esta semana hemos realizado otra cadena de comuniones.

—El grupo ha juntado ya 2.500 estampillas y mucho papel plateado para las misiones.

—Sacrificios, 2; Obras de caridad en favor de los compañeros pobres, 3.

—Este mes, los tres mejores en religión son aspirantes de la Acción Católica.

—Iniciamos una campaña para traer niños del barrio a misa y al oratorio.

—Treinta y ocho de la clase tienen ya La juventud instruída.

—Separamos niños que se estaban peleando.

—Estamos enseñando a ayudar la santa misa.

—El grupo rezó el rosario con la clase, casi todos los sábados.

—Todos han sacado buenas notas de conducta y aplicación, en general.

El grupo, bajo la dirección de Irisarri, no se limitaba, pues, a la tarea de discutir vastos planes de acción. Con generosidad juvenil, iban realizando la promesa solemnemente formulada ante la pregunta ritual del Prelado:

“¿Prometéis formaros sólidamente en nuestra Religión, practicarla abiertamente y dedicaros al apostolado de las almas, bajo la dirección de vuestros Pastores?... — Prometemos”.

En cada uno de los informes semanales, Alberto Jorge, bajo el rótulo **Propósitos del jefe**, señalaba con notable sentido práctico la labor que se comprometía a cumplir:

—El jefe se compromete a trabajar con el grupo, para que, al llegar al colegio, todos hagan la visita en la capilla;

—A dar buen ejemplo en la calle, en el patio y en la iglesia;

—A llevar siempre con orgullo el distintivo cristiano, y trabajar porque todos lleven con orgullo el detente del Sagrado Corazón de Jesús;

—A que se rece el santo rosario;

—A trabajar porque se lean los libros de la biblioteca;

—A insistir para que no olviden la misa durante las vacaciones;

—A trabajar para que se estudie con más empeño el catecismo;

—A que se traigan flores para el altar de la Virgen;

—Para que no se deje la comunión dominical;

—Para que se juegue durante los recreos.

Alberto Jorge Irisarri

Jefe del grupo

“Los aspirantes de Acción Católica deben acudir a cualquier llamado”. Así se expresa Alberto Jorge en un informe escrito aun bajo las impresiones y los entusiasmos suscitados a raíz de la concentración arquidiocesana de Aspirantes.

La norma dictada por el reglamento: “El aspirante es rápido en obedecer y asiste con puntualidad a los actos y manifestaciones sociales del Centro”, fué rigurosamente practicada por Alberto Jorge durante los últimos dos años, mientras formó parte del grupo Domingo Savio.

Fué con motivo de una imponente concentración de aspirantes, realizada en la cuarta asamblea arquidiocesana de la Juventud de Acción Católica, cuando el R. P. Guillermo Fúrlong, de la Compañía de Jesús, gran animador de tales actos, al presenciar el rebotamiento de entusiasmo juvenil, prorrumpió en una incontenible alocución, saturada de elogios y de las más halagüeñas esperanzas.

Alberto Jorge, que gastaba siempre muy buen humor, se juntaba con el grupo de los más bullangueros. Recuerdan aún los condiscípulos la ocupación del primer ómnibus, junto con los aspirantes de la parroquia de San Francisco; luego, el partido de fútbol que organizaron en los campos deportivos del Seminario Menor, con todas las incidencias del día memorable; y por último, las impacientes preocupaciones de Alberto Jorge, porque los aspirantes de su grupo habían sido olvidados en la ritual distribución de los emparedados.

En la concentración anual de 1942, los aspirantes del colegio salesiano se hicieron presentes en todos los actos organizados por los jefes.

La clausura de la jornada había de efectuarse en el salón de la Misericordia. Contemporáneamente, en el teatro del colegio, estaba anunciada una función cinematográfica de índole familiar.

El padre asesor quiso someter a prueba el espíritu de sacrificio de sus aspirantes, y mientras éstos ya se hallaban cómodamente instalados en las butacas del cine, los invitó para que lo acompañasen en el acto final de la concentración.

Un grupo reducido accedió a la invitación, de mala gana; pero Alberto Jorge, con toda prontitud, y sin titubear un solo instante, se levantó del asiento para ir con el padre asesor.

Como un adarme de radio luminoso, que disperso en la masa oscura de la pechblenda, la vuelve toda preciosa y codiciada, así también Alberto Jorge, con otros pocos espíritus de elección, daba valor y jerarquía a toda una multitud de jóvenes, animados por su ejemplo.

XXII

LOS GALONES DEL EXPLORADOR

A los niños y a los jóvenes les agrada sobremanera remedar a las personas mayores. La fecundidad inagotable de su imaginación reproductora se manifiesta especialmente en los juegos, en los que la imitación desempeña un papel preponderante.

Lo pintoresco, que tanto nos encanta en los niños, se deriva del hecho que saben aplicar a situaciones elementales y a personajes automáticos, arreglos que pertenecen a la vida del hombre adulto. Los niños animan todas las cosas que llaman su atención, hasta el punto de ver un caballo o un automóvil en el mango de una escoba.

En los barrios suburbanos de todas las latitudes, el juego de los soldados es el que goza de mayores simpatías en el mundo de los pequeños.

Es inútil luchar contra estas tendencias, tan hondamente arraigadas en los espíritus de los hombres de mañana.

Por eso, los educadores inteligentes, antes que oponerse, procuran encauzar tales aficiones, ordenándolas, para introducir en el ánimo de los niños

y adolescentes el amor a la disciplina y a la acción coordinada.

El padre José Vespignani supo aprovechar las inclinaciones juveniles, creando los primeros batallones de exploradores en los colegios salesianos de la República. Actualmente, han alcanzado el número considerable de 54, y alistan bajo sus banderas a más de 10.000 jovencitos, todos perfectamente uniformados.

En el colegio de La Plata, los Exploradores Argentinos de Don Bosco iniciaron sus actividades, en forma oficial, en el año 1916. Sólo los alumnos y oratorianos de mejor conducta pueden aspirar a formar parte de las filas ordenadas y marciales.

Alberto Jorge no sólo fué aceptado entre los exploradores del colegio, sino que alcanzó además gran predicamento desempeñando el cargo de sub-oficial. El capitán del batallón dejó el siguiente informe:

"Como explorador, primero, y luego como sub-oficial, Alberto Jorge Irisarri supo cumplir sin objeciones los cargos y órdenes que se le impartieron, aun cuando no fuesen de su agrado".

Su escuadra era de las mejores, y en una ocasión fué felicitada por su marcialidad. En las excursiones figuraba siempre al frente del grupo más inquieto y mejor organizado; alrededor de su fogón y de su mate se reunía con preferencia el grupo de aspirantes catequistas, fomentando el buen humor, asando chorizos y repartiéndose tortas negras, que nunca dejaban de comprar al salir de la ciudad.

Era uno de los que mejor aprovechaban las reuniones de suboficiales, así por su asistencia y puntualidad, ya que dejaba al punto cualquier ocupación por ir a ellas, como en lo que se refiere a proponer iniciativas o ejecutar trabajos.

Si tenía que hacer una observación a un superior, solicitaba siempre permiso y exponía su parecer; si se le demostraba que lo propuesto no era aceptable, pedía disculpas por lo que a él le parecía una falta de consideración.

No es cosa fácil mantener el prestigio y la autoridad en una escuadra de adolescentes. Alberto Jorge lo consiguió sin esfuerzo. Tenía el don innato de la superioridad y del mando; pero en su voz, nunca se descubrían inflexiones de altivez. En los casos de insubordinación, sabía conservar la serenidad y dominio de sí. Con buenas maneras demostraba al culpable su falta de colaboración, y sin tomar ínfulas de predicador, lo exhortaba al orden y a la observancia disciplinar.

El reglamento de los Exploradores, análogo en muchos puntos al de los soldados, permite el castigo público para ciertas faltas de mayor gravedad. Alberto Jorge no quiso emplear nunca las facultades otorgadas en estos casos. Por el contrario, se empeñaba en defender a sus exploradores, cuando se hacía necesaria una reprimenda o una enérgica corrección. El certificado de inocencia consistía en decir que se trataba de elementos nuevos, que no sabían, o bien, que no se daban cuenta, por ser pequeños aún.

En una de sus últimas presentaciones frente al

grupo, el capitán del batallón le ordenó que hiciera llamar a un explorador, culpable de una infracción. Alberto Jorge procuró mitigar la rigidez militar del jefe, suplicándole que no lo hiciera, pues la falta — dijo — se había cometido por pura imprevisión suya.

El ejemplo de mayor edificación lo daba cuando, impecablemente uniformado en su traje verde oliva, asistía a la santa misa en las grandes solemnidades. Nunca dejaba de comulgar, guardando una actitud de devota compostura que siempre impresionaba.

Su hoja de servicios conserva la anotación: "Alberto Jorge Irisarri: Sobresaliente. Fué un jefe apóstol en las filas".

No faltó tampoco aquí la nota risueña de algunas travesuras inocentes. El batallón hacía frecuentes excursiones al campo, y de ordinario se elegían parajes silvestres, los cauces retorcidos con orillas de arbolado.

En Villa Bolzani, donde habían acampado, no se supo bien qué alcanzó a echar en el fuego furtivamente; pero en breve todo el campamento fué cubierto por una espesa cortina de humo, y el muy tunante riéndose sabrosamente, por la corrida general de los colegas.

A un explorador que se presentó en bicicleta, muy orondo, al hilo de mediodía, cuando andaba rayana la hora del rancho, contra la expresa prohibición del jefe, ya que la excursión debía efectuarse a pie, lo ataron sorpresivamente a un árbol. El desdichado fué sometido luego al tormento de

verse pintar bigotes y barba con un trozo de carbón, y de servir así como diversión muy grata a los despiadados compañeros.

Entretanto, Alberto Jorge, al ver uno de su grupo convertido en el hazmerreír de todos, organizó rápidamente su banda. Siempre disponía de un grupo de adictos que se jugaban enteros a sus órdenes. Aprovechando un momento de desorganización, rodearon el árbol, mientras Alberto Jorge desataba al compañero con toda rapidez. Huyeron luego dando alaridos, como un malón de indios, y llevándose hasta las ataduras del prisionero.

Por la tarde del mismo día, uno de los catequistas mayores actuó de juez en un partido de fútbol. Pero habiendo demostrado cierta parcialidad, contraria a los intereses del cuadro de Alberto Jorge, éste ordenó una carga sin aviso previo. El árbitro, sorprendido, hubo de confiar su salvación a la agilidad de las piernas, bajo una ráfaga de inofensivos proyectiles vegetales.

En otra de esas salidas, bajo la vigilancia del padre capellán, organizaron el juego del asalto del fortín, una especie de remedo de los antiguos malones, o ataques inesperados de los indios a los puestos fronterizos.

Se dividieron en dos bandos. Se trataba de conquistar cierta posición situada en un cerrillo, que era un pedregal erizado de maleza. Uno de los grupos, aprovechando el terreno cubierto de estepilla, debía ganar la altura sin que los integrantes fuesen descubiertos por los defensores, entre los cuales se hallaba Alberto Jorge.

Cuando la diversión había llegado a su fase principal, los atacantes, fastidiados ya porque Irisarri les había descubierto repetidas veces sus intentonas, lo tomaron sigilosamente de sorpresa, y sin que los jefes pudieran impedirlo, contraviniendo a las reglas del juego, lo sentaron en un matorral de cardos y espinillos, donde lo cubrieron con pasto verde arrancado a la redonda.

—¿Qué se creen que soy yo?... ¿Por quién me han tomado? — gritaba a voz en cuello, mientras intentaba la prolija tarea de quitarse las espinas, en medio de la hilaridad universal.

En los esfuerzos desesperados de la defensa, uno de los adversarios había rodado hasta el pie del cerro, y no se hallaba en mejores condiciones.

La posición fué tomada luego con honor y valentía.

El 17 de agosto de 1941, aniversario de la muerte del general San Martín, mientras se iniciaba el homenaje cívico en la plaza homónima, un violento aguacero dispersó la concurrencia, inclusive la formación de los Exploradores de Don Bosco.

Alberto Jorge, cabo de ingeniería, aprovechó la confusión general para ubicarse cómodamente, con los camaradas, nada menos que en los sitiales de honor, preparados en el patio oficial para el gobernador de la provincia y las demás autoridades.

Desde allí comenzaron a darse pisto de magistrados, aunque no sin dirigir miradas cautelosas al grupo de los jefes. En esto se hallaban, cuando un agente de policía, cachiporra en mano, les dió la orden terminante de desalojar.

El amor a la patria, que en un alma cristiana alcanza a ser virtud sobrenatural, echó hondas raíces en el corazón de Alberto Jorge. Como a Belgrano, también a él se le puede representar empuñando la bandera azul y blanca de su tierra natal.

En las actuaciones escolares frente al nuevo mástil del colegio, siempre ocupó el lugar de honor, privilegio otorgado al mejor alumno de cada curso.

Como capitán, ya de los Blancos, ya de los Azules, en las proclamaciones mensuales, que se efectuaban solemnemente en el salón del colegio, a lo largo de los seis años de los cursos elementales, solía recibir la bandera argentina, ocupando el sitio de honor del escenario.

En el sexto grado, Alberto Jorge era el celoso guardián de la bandera, encargado de izarla y arriarla diariamente, mientras centenares de alumnos renovaban con entusiasmo cívico el juramento ritual.

Lo vemos al lado del Padre Director, durante la ceremonia inaugural y bendición de la nueva bandera del año 1941, formando escolta y actuando de monaguillo. Sobre el fondo blanco del guardapolvo escolar se destaca la medalla de San Luis, de la que durante ese año Alberto Jorge era el vicepresidente.

Vivió en contacto cotidiano con los colores simbólicos de su patria, y mereció el privilegio de que en la cabecera de su féretro reposara sin crespones la bandera de su escuela.

En mayo de 1942, después de una memorable audiencia con el Cardenal Arzobispo de Buenos Aires, los alumnos del Sagrado Corazón visitaron

la catedral. Fué abierta de par en par la verja del artístico mausoleo del Libertador San Martín, iluminado como en las grandes solemnidades, en honor de los visitantes platenses.

Rezaron de rodillas una oración, y escucharon luego las explicaciones que a los alumnos mayores daba el Padre Consejero, y a los compañeros de los cursos inferiores, el mismo Alberto Jorge, el cual, gracias a su memoria histórica, podía dar circunstanciadas noticias de todos los hechos, asociando el recuerdo de San Martín a los otros grandes nombres de la independencia americana: Guido, Las Heras, Bolívar, O'Higgins, Soler, Lavalle...

En las inmediaciones de la catedral, pudieron visitar también la histórica iglesia barroca de Santo Domingo, en cuya plazoleta se levanta el primoroso sarcófago de Manuel Belgrano; luego, la cripta con las célebres banderas enviadas por el mismo Belgrano, después de la batalla de Tucumán, y los trofeos ingleses donados por el general Liniers.

Gloriosas memorias nacionales, ante las cuales el espíritu de Alberto Jorge sentía enardecer su amor hacia la tierra bendita de su patria.

En otra excursión a la Capital Federal, se detuvieron al pie del monumento a Luis Viale, en la Avenida Costanera. Alberto Jorge narraba con fervor a los compañeros la hazaña del médico italiano residente en Buenos Aires, quien, el 24 de diciembre de 1871, en el incendio del buque *América*, sacrificó heroicamente la vida suya para salvar la de una madre.

Sintió siempre gran inclinación al estudio de la

historia, porque amaba profundamente a su patria. No era el suyo un cariño superficial, que se alimentara exclusivamente de emociones, sino fundado en la razón y en un profundo conocimiento de las glorias y del porvenir de la Nación Argentina.

La escarapela nacional tenía para él, durante la solemnidad de las fechas patrias, la misma importancia que su distintivo de Acción Católica, ambos emblemas y síntesis de las más nobles tendencias del espíritu humano.

XXIII

LA VIRGINIDAD DEL CORAZÓN HUMILDE

Las asociaciones religiosas que en los colegios salesianos suelen agrupar a los alumnos más aventajados en la conducta y en la piedad, son la de San Luis, de María Inmaculada y del Santísimo Sacramento. Alberto Jorge halló en la Compañía de San Luis un medio de perfección personal, y una constante oportunidad para ejercer el apostolado del buen ejemplo y de la palabra.

Esta organización, de finalidad altamente educativa, constituye una preparación próxima para los elementos que luego pasan a integrar las filas de la Acción Católica Oficial.

Irisarri fué recibido como socio en 1941, después de formular la promesa de observar con fidelidad el reglamento correspondiente. Al inicio del nuevo año escolar, los compañeros lo eligieron por unanimidad vicepresidente, y a los pocos meses, presidente de la Compañía.

Al frente de la agrupación, demostró entonces un dinamismo admirable. Preparaba cuidadosamente cada sesión, con reuniones previas de la comisión directiva. Volcaba luego su alma entera en

las palabras. Resolvía las dificultades con inteligente soltura; desarrollaba un extenso programa de propuestas, para empeñar la actividad de los socios durante la semana. Gesticulaba, se movía, hablaba y exhortaba, salpicando de ingeniosas ocurrencias el curso de su exposición.

Sus argumentos fundamentales eran de suma practicidad: combatir los defectos, proponer actos de virtud, insistir en los avisos de los superiores, y por fin, recordar, con una obstinación rayana en la terquedad, los frutos saludables de las buenas lecturas.

No pocas veces, la asamblea, excitada por su entusiasmo contagioso, se agitaba clamorosamente y rugía, ya con voces de aprobación, ya con gritos de protesta. En esos momentos culminantes, Alberto Jorge se sentaba, y con toda sencillez ofrecía la palabra al padre asesor.

Seis años de colegio, en un ambiente saturado de catolicidad, dejaron en Alberto Jorge un profundo sedimento de doctrina religiosa. No la dejaba inactiva, en los reductos y ropavejería de la memoria. Hacía como el padre de familia del Evangelio, "que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas". La ductilidad nativa de su espíritu, y muy especialmente la práctica de impartir la enseñanza catequística a los niños, daban a sus palabras una eficacia pedagógica asombrosa, si se tiene en cuenta la edad de Alberto Jorge, que apenas alcanzaba los catorce años.

A veces fallaban algunos de los pequeños conferenciantes que habían de actuar en las sesiones

plenarias. Alberto Jorge salía entonces del mal paso improvisando él mismo una charla amena, tejida con episodios de la biografía de Don Bosco, que le proporcionaba un material edificante y de sumo interés.

Entre las actividades de la Compañía, privaba un acto de piedad que debía desarrollarse semanalmente en la capilla del colegio. Alberto Jorge se esmeraba en dirigir esta práctica, logrando siempre una asistencia numerosa de socios.

“Era el alma de la Compañía — concluye uno de los socios —; alegre y juguetón, sabía aconsejarnos, alentándonos en las dificultades... Obtenía la colaboración de todos los socios”.

En su último invierno, la mamá le pidió que eligiese el color de una elástica que ella misma le iba a tejer. Eligió el verde, por ser el de la Compañía de San Luis; y la misma elección hizo cuando se trataba de comprar una corbata.

Procuraba asimismo ganar para la agrupación un mayor número de socios militantes.

“Era yo nuevo en quinto grado — recuerda uno de ellos —, y nos sentaron en el mismo banco. Alberto Jorge aprovechó la circunstancia para hacerme conocer la Compañía de San Luis, en la que fui luego admitido. Me hizo conocer también el Centro Catequístico, el Batallón de Exploradores y la Asociación del Pequeño Clero, pues yo le confíé que había pertenecido a la Acción Católica parroquial. Lo que más subyugaba en él, era el amor con que se consagraba al apostolado catequístico y su edificante compostura en la iglesia”.

Una tarde, toda la familia concurrió a una fiesta de gauchos que se celebraba en uno de los teatros de la ciudad; pero Alberto Jorge alegó algunas razones para quedarse en casa. Aprovechando luego la tranquilidad del hogar, se instaló en el comedor, frente al teléfono, y con el auxilio de la guía social, inició entre sus amigos una campaña de comuniones para el día siguiente, fiesta en el colegio. A cada uno recordaba la solemnidad:

—No te olvides, mañana; es para recomendarte la comunión, si es que puedes. ¡Gracias!

Según el testimonio de su mamá y de las tías, no pocas veces, en vísperas de alguna celebración religiosa, recurría al mismo sistema de propaganda y apostolado.

Al cerrar el año 1942, en la última reunión de la Compañía, encomendando el padre asesor la labor realizada, en términos delicados, pero suficientemente claros para los socios, señaló a Alberto Jorge como modelo de fácil imitación. Sus palabras recibieron el aplauso sincero de toda la concurrencia.

La sección de los aspirantes catequistas, a la que perteneció también Alberto Jorge, junto con otros jovencitos sobresalientes en el estudio de la religión, y de conducta irreprochable, además de concurrir regularmente al oratorio, para prestar su ayuda en la instrucción catequística de los más pequeños, tenía como programa básico el apostolado de la devoción a la Virgen. Fomentaban el rezo del rosario; atendían al decoro de la capilla interna, dedicada a María Auxiliadora, y eran los voceros

de las campañas de comuniones en su honor, el día 24 de cada mes.

El grupo, que desempeñaba otros diversos oficios en la organización general del Oratorio, se hallaba bajo la protección especial de la Virgen Inmaculada.

No hay costumbre, en ningún colegio salesiano, de acumular presidencias en una misma persona. Sin embargo, en los últimos meses del año 1942, habiéndose retirado del colegio el presidente del grupo María Inmaculada, pareció muy acertado que Alberto Jorge asumiera interinamente la sucesión, con aplauso general, pero con notable recargo de preocupaciones.

Con gran generosidad se puso al frente de los trabajos del oratorio festivo, y desempeñó brillantemente la dirección del grupo catequístico. Durante este período, falleció, con muerte edificante, uno de los más activos colaboradores del centro, el joven Gualberto Cortelezzi, y correspondió a Alberto Jorge despedir oficialmente, en nombre de los Exploradores y de la Compañía de la Inmaculada, los restos del catequista explorador.

Dos jóvenes teólogos de la Congregación del Verbo Divino, de Villa Calzada, refirieron la gratísima impresión recibida en una de sus visitas al oratorio del colegio de La Plata.

“Tuvimos la dicha de conocer al joven Irisarri un domingo, mientras estaba atareadísimo con sus pequeños oratorianos.

“Por espacio de media hora, nos estuvo explicando el funcionamiento de la organización. Su porte, y todo su exterior, revelaban a un jovencito profundamente virtuoso. Aún me parece verlo remover armarios y papeles, para satisfacer nuestra curiosidad.

“A través de sus palabras, se podía adivinar una clara inteligencia, y una especial habilidad para desempeñar un trabajo muy complejo. No se trataba de algo pasajero, bien podía notarse, sino de algo profundamente arraigado en su corazón, y que se traducía en un amor desinteresado a las almas, como lo sabía inculcar San Juan Bosco a sus alumnos”.

No se limitaron a lo expuesto las actividades de Alberto Jorge. Durante sus últimos años de colegio ocupó también el cargo de secretario de la Compañía del Santísimo Sacramento y el de tesorero de la Acción Católica.

El 5 de julio de 1942, recibió la imposición de la cruz de celador en el Apostolado de la Oración. No fué una ceremonia estéril, sino el comienzo de una actividad espiritual más intensa, orientada hacia el perfeccionamiento moral de su vida breve y sin mancha.

Desde los tiempos de San Juan Bosco, en las casas salesianas viene perpetuándose una simpática ceremonia: el lavatorio de los pies el Jueves Santo. Los apóstoles son designados, tradicionalmente, entre los mejores alumnos, por votación secreta de todos los colegiales. A Alberto Jorge correspondió el honor de representar a San Andrés en 1939, y a Santiago el Mayor en 1941.

Los años 1941 y 1942, concurrió como delegado y representante de la Compañía de San Luis, en las asambleas realizadas en el centro de formación salesiana de Ramos Mejía y en Buenos Aires.

Los superiores tenían siempre en Alberto Jorge un espíritu pronto para recibir cualquier sugestión, secundar cualquier iniciativa, acceder a cualquier deseo.

No se crea, sin embargo, que ambicionase tantos cargos. Aceptaba, cuando ya no era posible rehusar. Su maestro de cuarto grado nos dirá, por ejemplo, que cumplía fielmente los deberes de capitán de curso, dejando otras actividades en manos de sus compañeros, a quienes ayudaba según sus posibilidades.

Ocupó siempre el primer puesto. Esta preeminencia, que en otros habría quizá provocado un desdén habitual hacia los demás compañeros, en Alberto Jorge, según el testimonio de los condiscípulos, no encendió de manera alguna la llama del orgullo, ni ocasionó ostentación de autoridad. La sencillez y la modestia de su proceder, le proporcionaron gran ascendiente moral sobre los demás.

No es siempre fácil, para un jovencito, armonizar las exigencias de la disciplina colegial y la adhesión debida a los superiores, con el compañerismo, que a veces parece estar reñido con los deberes de la obediencia. Alberto Jorge supo eludir con éxito estos escollos, empleando con todos un espíritu de exquisita caridad.

Disponía de pequeñas cantidades para la compra de golosinas, que luego gustaba distribuir entre sus

compañeros, y más frecuentemente, entre los oratorianos de su grupo; pero siempre reservaba dos o tres dulces para su mamá.

Al concluir los trabajos del Oratorio, los domingos, el padre asesor solía ofrecer caramelos a todos los aspirantes catequistas.

—Sírvanse discretamente, — era la frase habitual.

Muchos habrían preferido que el distributor torciera la mirada en esos momentos, y las manos de algunos se agigantaban de un modo impresionante; pero Alberto Jorge siempre sacaba uno solo.

—¡Gracias, Padre!

Y si los compañeros olvidaban esta fórmula de cortesía, él mismo se encargaba de refrescarles la memoria.

En el colegio de María Auxiliadora, las Hermanas agasajaban a los ayudantes con fruta y galletitas. No le gustaba pasar por goloso, y el capellán debía colocarle su porción al lado de la taza, pues él sólo se servía el pan.

En familia, donde fácilmente los jóvenes suelen manifestar las asperezas del carácter, Alberto Jorge era ejemplar. La humildad y la reserva lo acompañaron siempre durante las horas trascurridas en el hogar.

Una de las tías, a quien debemos las páginas mejores de la vida íntima de Alberto Jorge, nos dice:

“Nosotros desconocíamos casi por completo los detalles de su brillante actuación en el colegio. En la casa no nos consta que, fuera de su mamá, otros

se enteraran de sus éxitos, cargos y presidencias”.

Sólo su buena mamá era la confidenta de sus pequeños secretos. Con ella abría su alma, volcando en el corazón materno todas las intimidades, las esperanzas, los triunfos y las penas.

Cada uno de los familiares, sin embargo, era objeto de las finas atenciones de Alberto Jorge. Primero entre todos recordaba los cumpleaños, y nadie se escapaba a sus solícitos homenajes. Preparaba con antelación breves escenas, en las que intervenía como actor principal, para complimentar al festejado y sorprenderlo en cada ocasión.

Estas presentaciones divertían singularmente al público infantil, en medio del cual gozaba de mucho prestigio, por sus graciosas ocurrencias.

También en el colegio, siempre se hallaba dispuesto, cuando había necesidad de improvisar algunas palabras de felicitación para los superiores o maestros.

“Estábamos acostumbrados — es la opinión de los compañeros — a verlo siempre al frente de nuestras actividades, presidiéndolo todo”.

En un diálogo, durante un acto escolar, le faltó de repente la palabra, y no logrando reanudar el hilo del discurso, provocó la hilaridad general y también las bromas de los compañeros.

Lo que para otros habría sido un golpe deprimente, no alcanzó a desanimarlo en su voluntad de actor. En el reparto de la obra siguiente volvió a aparecer en las tablas, con la mayor serenidad y frescura.

La humildad es algo superior a la misma virgi-

nidad; más aún: es la virginidad del espíritu que se conserva recogido en su propia esfera.

La humildad es más difícil que la propia virginidad, porque es terrible la tendencia del hombre para ensalzarse a sí mismo, sobreponerse a los derechos inalienables del Creador y encontrar en lo finito del sér humano la razón última de su espíritu inmortal.

XXIV

EL EMBRUJO DE LA TIERRA

Al concluir los largos meses de labor escolar, los hermanos Irisarri regresaban del colegio levantando triunfalmente en sus manos los orondos diplomas con anchos arabescos en los bordes. Toda la familia alistaba entonces las valijas, y se marchaba sin demora a la anhelada quietud del campo.

El horizonte pampeano, que se perfilaba lejanamente, ensamblándose, destejiéndose, acostándose, suave y esfumado en azul, llegaba a los ojos fascinados de los viajeros, luminoso, enseñando el ancho regazo de pasturas y torrenteras, y el soberano silencio ungido del cielo.

Luego, el encuentro deseado con la estancia perdida en la inmensidad de las tierras rubiales. Una casa rural, tostada, ruda, fuerte, que daba la impresión de estar lejos de todo, dentro de la transparencia azulada de una pulverización tenue e inquieta.

La casa tenía huerto y sombra de árboles añosos y fuertes. A la hora canicular, bajaban los pájaros, avezados a comer del salvado y maíz de las gallinas. Abejas y moscardas se mecían entre hebras de sol, y ahondaban el vasto silencio con una trémula canción perdida en la espesura de los tamariscos.

Alberto Jorge olía con honda fruición la fragancia de flor del trabajo campesino. Los perros, altos, membrudos, de lomo duro y cazcarriento, corrían a recibir a los jóvenes amigos con ladridos grandes y profundos, saltando de gozo y dándose empellones para lograr la primera caricia de sus amos. Les enviaban su mirada húmeda y grande, con un vaho caliente y sonoro en las fauces descomunales.

Comenzaba entonces la vida nueva, gloriosa de sol, de tierra y de libertad. Por la mañana, Alberto Jorge conservaba su costumbre de gran madrugador. Se entregaba con deleite a las faenas del campo. No le agradaba vivir de mogollón. Tenía un maestro: don David, el capataz de los peones de la estancia. Un hombre fuerte, que ya picaba en viejo, curtido por los soles y los vientos, con un recio oleaje de arrugas y el entrecejo cavado por el filo de un pensamiento solitario.

Alberto Jorge tenía hacia el hombre una admiración silenciosa; era para él la cifra y el compendio de la sabiduría campestre. Lo seguía a todas partes, con obediencia y sumisión perrunas. Las horas rodaban felices, con algo de mutismo reconcentrado, sin el fatuo palabrerío disipador de las playas de veraneo.

Para Alberto Jorge, la palabra de don David, que tenía acentos escuetos de refranero, resolvía toda dificultad, aclaraba cualquier duda y gozaba del raro privilegio de la infalibilidad.

—Don David, ¿qué tiempo hará mañana?

—Pues, lluvia, hijo. ¿No has reparado en el vuelto de las avutardas?

—Don David, ¿cuántas bolsas de trigo se habrán cargado ayer? ¿Mil quinientas, dos mil?

Si don David decía solamente mil, ya no había que insistir, y Alberto Jorge iba repitiendo la misma cantidad, porque “lo dijo don David”, y sus afirmaciones no admitían glosas ni reparos.

La admiración subía de punto cuando don David, con sus poderosos brazos de discóbolo, rubricando magistralmente el aire con su lazo, hacía presa en el pescuezo de un animal. Entonces no podía refrenar un grito de alegría y un aplauso ruidoso. Y el capataz, puntual y remirado, esbozaba entonces una sonrisa de secreta complacencia bajo el esparto de un bigote lacio, algo retinto por la costumbre del pitillo y aromatizado por los frecuentes contactos con la clásica limeta de barro cocido, en cuyas cálidas entrañas se encierra “la de color de ámbar pálido”, símbolo de su apreciada vejez.

Alberto Jorge quería ensayar el lazo, y don David, muy complaciente, lo iba enterando de los secretos del oficio.

—¡Prudente y reservado, canejo! — exclama don David, al recordar a su joven discípulo. — Jamás se le oyó una sola palabra de las que dicen las personas mayores.

Y una gota, muy menuda, muy brillante, pugna por abrirse paso en la espesa maraña de sus cejas grisientas.

—¿Cuáles eran los trabajos preferidos por Alberto Jorge?

Don David pasa disimuladamente su manga sobre los ojos, como para librarse de algo molesto;

queda un instante perplejo, pero luego responde con animación:

—¿Qué trabajo? ¡Cualquier trabajo! Todos eran iguales para él, y yo no sabría decir cuál de ellos le agradaba más. Ir con el ganado, ensillar los caballos, ayudar en la yerra, pelar papas, cebar mate... En fin, lo que se le mandara, todo lo hacía con gusto y le resultaba bien.

Si alguien preguntaba:

—¿Qué se hace hoy? ¿No se podría adelantar la labor de la chacra?

Alberto Jorge respondía invariablemente:

—Lo que don David diga. Hay que consultarle a él.

Aun en los trabajos más pesados, como cargar cereales, trataba de ser útil. Tomaba el costal de una punta, como acompañando el empuje de los cargadores. A los hombres, el esfuerzo del jovencito les causaba gracia.

—Cuando me ayudaba en la recolección de las papas, —continúa don David, sacando con parsimonia las palabras del cofre de los recuerdos, — yo lo ponía intencionalmente a veces del lado por donde el viento levantaba la tierra, arrojándosela al rostro. Me admiraba que no se le oyera una queja, ni siquiera intentase o me pidiese un cambio de posición.

—Volvía negro a casa, y no pasaba al baño sino después que yo lo licenciaba, esperando sin impaciencia a que yo también hubiese terminado.

No simpatizaba con los trabajos del tambo. Su hermano era experto en ellos; se le exhortó que él también aprendiera a ordeñar; mas, no obstante haberlo probado algunas veces, no perseveró.

—Si hemos de tomar el café con la leche que Alberto Jorge ordeñe, ya podemos esperar, — dijo su padre en cierta ocasión.

—¿Le gustaba andar a caballo?

—¡Que si le gustaba!... Bien gaucho era el mocito. Montaba cualquier animal; pero prefería mi propio caballo a su petiso Tarzán. ¡Si habremos recorrido leguas con él!... Y guapo para enlazar, aunque le faltaba aún fuerza para este trabajo.

”Recuerdo que una vez lo felicité, porque consiguió, él solo, pialar un ternero que yo perseguía, y lo hizo de un modo magistral. ¡Qué contento se puso!

Un primo de Alberto Jorge, rememorando aquellos días inolvidables de campo, escribe:

“Recuerdo muy bien que cuando venía a visitarme, le pedía que me cebase mate, pues esta tarea era de su predilección. Se volvía interminable para tomar, y sobre todo para cebar, oficio que cumplía de todo corazón.

“Un día le ensillé un caballo, y salimos al campo; en seguida me quería desafiar a las carreras, y como yo no quisiera, él ponía su caballo al trote, para ver si me podía entusiasmar.

“Estábamos mirando la hacienda, y vimos un novillo ajeno que se había pasado del campo veci-

no; inmediatamente me ayudó a sacarlo. El animal se obstinaba en no salir; entonces lo empujamos, y era de admirar cómo Alberto Jorge se esforzaba por prestarme ayuda. Luego me buscó un estribo que había perdido en el trajín, y volvimos a casa”.

En las últimas vacaciones transcurridas en la estancia de Chascomús, se trataba un día de desplazar los animales de un campo y llevarlos a un lugar que estaba a cinco leguas lejos.

Don David, Alberto Jorge y su hermano, a caballo todos, guiaban la tropa, o el trocito de carne, como decía el capataz.

Tras la cerrazón, se desató a media tarde un violento temporal; la lluvia los sorprendió al descampado. Ya era imposible detenerse; el viento cálido e impetuoso los batía de frente; recibieron, pues, impertérritos el chubasco entre truenos, relámpagos y el mugido lastimero de las bestias.

Un vecino de esos lugares los vió pasar, calados hasta los tuétanos, cuando aún quedaban dos leguas por andar.

—¿Por qué no dejan la hacienda aquí, en mi campo, y mañana vuelven tranquilamente por ella?

—¡No es mala idea! ¿Qué les parece a ustedes, muchachos? — preguntó el capataz a sus dos acompañantes.

—Lo que usted disponga, Davicito, está bien; lo que usted disponga, — respondió su fidelísimo discípulo.

—Bueno; entonces, a desandar lo andado. Re-

gresen ustedes a casa para cambiarse de ropa, mientras yo me detengo a encerrar los animales.

—¿Dejarlo aquí solo, don David? ¡De ninguna manera! — replicó prontamente Alberto Jorge. — Nosotros no regresamos sin usted.

Así fué, y el buen hombre no lo pudo convencer.

En las cercanías de la estancia, a treinta kilómetros de Chascomús, hacia el este, se encuentra una de las hermosas lagunas que abundan en la zona: La Limpia, con una extensión aproximada de quinientas hectáreas.

En lo postrero de la vista, las aguas espaciadas ofrecen una clara sensación de trémula pureza. Las márgenes son limpias y rocosas, cubiertas de tosquillas; y cuando los niños, recreándose, lanzan guijarros a la ondulante superficie, en la paz de las aguas se oye quebrarse un cristal.

Allí se pesca el pejerrey, y en el fondo claro de la laguna se colocan trampas para cazar nutrias, de piel tan apreciada en manguitería.

Don David descollaba también por sus habilidades en tales menesteres. Para ello, era necesario madrugar. Se levantaba habitualmente a las tres de la mañana. Alberto Jorge se sintió intrigado por estos madrugones de don David, y un día se animó a interrogarlo sobre el asunto.

Enterado de la novedad, le suplicó que lo llevase consigo, ofreciéndole su ayuda.

—Es muy temprano para ti, — le respondió don David. — ¿Cómo quieres que te despierte sin molestar a los tuyos?

—¡Esté tranquilo! Lo de temprano no me asusta. Yo duermo en el cuarto contigo; cuando usted se levante, no tiene más que dar unos golpecitos en la pared; sin hacer el menor ruido, me vestiré en seguida; tomaremos unos mates y saldremos juntos.

Desde entonces, los dos cazadores partían silenciosos, cuando las estrellas aún brillaban en el cielo negro, como flores de nieve irisadas de luz. Toda la estancia dormía en un ancho letargo. El vaho de la noche ascendía de la tierra húmeda por el relente de la mañana. Un gallo levantaba su canto madrugero, taladrando la inmensidad nocturna; otros respondían lejanamente, con voces roncadas, envueltas de tristeza. Desde las tranqueras, algún perro ladraba a los caminantes desconocidos.

Se internaban en la laguna con recelo cauteloso, observando en el fondo de las aguas los aparejos tendidos. Mientras don David empujaba suavemente el bote, Alberto Jorge removía o levantaba las cadenas de las rebañaderas, con el ansia secreta de descubrir la presa codiciada.

Y cuando ya las estrellas lucían exhaustas, y comenzaba a encenderse la mañana, y toda la extensión de las aguas hacía facetas cegadoras de lumbre, troceándose en soles infinitos, los dos madrugadores regresaban, levantando ufanamente en sus manos hermosos ejemplares del trabajo nocturno. Alberto Jorge entraba alborotando la casa, satisfecho de la hazaña.

En una de esas correrías a La Limpia, Alberto Jorge, puesto de pie en la barca, perdió el equi-

librio y su torso se zambulló en el agua; pero logró sostenerse con fuerza sobrehumana, afirmando sólidamente sus pies bajo uno de los asientos. Parte de sus ropas quedaron empapadas; mas él continuó su trabajo, sin preocuparse por el enfadoso percance.

Don David, al recordar conmovido estas horas de expectación y sorpresas, dice que fueron las más amenas e inolvidables de su vida. Gozaba de la condición festiva de Alberto Jorge; participaba, él, hombre de naturaleza adusta, en las bromas inocentes, y se reía de sus gracias. Y cuando, concluída la caza, dirigían la proa de la menuda embarcación hacia las márgenes de la laguna, mientras ya impregnaba el aire mañanero una bella esfumación de horizontes vagos, callados, indecisos por la lejanía, Alberto Jorge hacía resonar, al compás de los remos, su canto preferido.

*Sul mare luccica
l'astro d'argento.
placida é l'onda,
prospero il vento.
Venite al agile
barchetta mia,...
¡Santa Lucia, santa Lucia!...*

Durante el bochorno de la hora canicular, cuando todo el campo ardía bajo el caliente abrazo del sol, los perros seстеaban tumbados en la sombra y el ruido mayor era el de una hoja seca arrastrada por la brisa o el de un pájaro fugaz disparado entre las ramas, ni siquiera entonces se entregaba Alberto Jorge a los halagos del descanso.

Aguardaba la salida del peonaje leyendo un libro, hasta que el martilleo estruendoso de una reja orinienta colgada de un tronco estoposo y desgarrado daba la señal de reanudar los trabajos. La llamada campanil parecía volar entre la calina meridiana y perderse en el silencio enervante de la llanura.

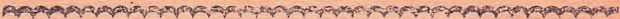
“Me gusta el campo — escribía más tarde, ya de regreso a la vida ordenada del colegio —; pero no llena mis aspiraciones: prefiero los estudios.

“Es bueno ser entendido en los menesteres de la agricultura y ganadería... pero no sobre el estudio. Yo tengo que estudiar”.

Con este pensamiento en el alma, aun en el ambiente poco propicio de la estancia, no abandonaba sus libros. A todos hablaba de su casa de estudio. La tenía constantemente en los labios.

—Se ve que al mocito le gusta el colegio, — decían los peones con admiración.

Y Alberto Jorge levantaba su mirada hacia el este, en el confín lejano de la pampa, donde entre las últimas espesuras de polvo y el tamo de oro de las trillas parecía surgir, como espejismo risueño, la visión dorada de su ciudad natal y la ancha sonrisa del Sagrado Corazón.



XXV

LA SONRISA DEL ADOLESCENTE

Cuando se piensa en el egoísmo implacable que dicta leyes en el mundo contemporáneo, se torna sumamente difícil imaginar una criatura que tenga como norte de su vida, difundir la sonrisa y la alegría en medio de los demás.

Estamos tan acostumbrados a la sordidez cicatera y a la ruindad infame, que el hallarnos frente a un espíritu sereno y amable como el de Alberto Jorge, parece causarnos una sorpresa profunda, como si se tratara de algo fuera del alcance de la posibilidad humana.

No queremos cerrar el corto capítulo de su vida ejemplarmente constructiva, sin dejar asomar, a través de las páginas de estas memorias, la sonrisa franca de Alberto Jorge, con el relato de sus inocentes travesuras.

Durante las últimas vacaciones pasadas en el campo, montó un día a caballo para ir hasta Giribone, por algunas diligencias. Su mamá le entregó una carta, para que la echara en el correo.

En Giribone dió la casualidad que hubiese remate de hacienda, con gran concurso de paisanos, llegados de varias leguas a la redonda.

El espectáculo era sumamente interesante para Alberto Jorge, que no perdía ripio de cuanto acontecía alrededor de él. El vocerío de la feria le hizo olvidar la carta en el bolsillo.

De regresó, la mamá se apresuro a preguntarle:

—¿Llevaste la carta, Alberto Jorge?

—¡Sí, mamá!

Sin aguardar otras preguntas embarazosas, se fué directamente a consultar el caso con don David.

—Usted vuelve mañana a Giribone, ¿verdad?

—Probablemente; ¿por qué?

—Vea, hoy se me quedó esta carta en el bolsillo. No sé cómo la habré olvidado. Si usted me la llevara...

—¡Cabeza de chorlito!

—¡Qué quiere, don David! Fué involuntario. Yo creo que no es mentira lo que le dije a mamá. Ella me preguntó "si la había llevado"; y efectivamente, la llevé; pero la traje de nuevo a mi regreso... ¡Hágame el favor!

Cambió, pues, el sobre, entregándola luego a su amigo, dechado de silencio y discreción.

Habitualmente, los domingos, cuando el tiempo lo permitía, iba con su hermano a Giribone, para cumplir con el precepto dominical. Casi siempre se detenían algunas horas, para jugar con muchachos del lugar.

Un almacenero, que seguía con suma atención todos los movimientos de la plaza, hizo luego el siguiente elogio:

—Estos muchachos juegan sin pelear, y cuando están con los otros, no hay altercado; pero faltando ellos... ¡hay que ver lo que sucede!

Alberto Jorge, doquiera se encontrase, siempre ejercía una influencia benéfica sobre los demás.

Entre los empleados de la estancia paterna había un vasco que tomaba sumo placer interesándolo en trabajos de administración. Le complacía particularmente la firmeza atávica que notaba en Alberto Jorge. Le asignaba, pues, algunas cuentas para efectuar. Alberto Jorge concluía pronto su trabajo, sin dificultad. El amigo, con el oculto propósito de fastidiarlo, se le acercaba en el momento culminante de la tarea y le decía con sorna:

—Esta cuenta está mal.

—Pues, comenzaré de nuevo.

—Está mal, — le volvía a repetir, tras un momento de espera.

Se divertía así, gozándose de su perplejidad y riéndose de sus bufidos.

—Alberto, — le dijo un día don David, — el Vasco desea que vayas a tomar mate con él; te espera. Me encargó que te avisara.

—Está bien. Si ese tipo me convida a tomar mate, iré; pero le aseguro que para hacer cuentas no me pesca más. Nunca queda contento. ¡Que se arregle!

Una pregunta, de tinte retórico, le era muy familiar:

—¿Qué hace eso allí?

Amante del orden, lo soliviantaba una obsesión menuda: no podía ver ningún objeto fuera de su lugar. No todos, sin embargo, compartían su opinión.

Un día, su hermanita utilizó un instrumento, sin demostrar luego mucho apuro por volver a colocarlo en el sitio correspondiente.

Después de la primera y segunda amonestación, Alberto Jorge dirigió su mirada alrededor, como buscando algo que compensara la falta. Tomó luego en sus manos, con resolución repentina, el gato negro, hacia el cual Olga extremaba sus preferencias, y sin contemplaciones, ¡paf!... al agua del estanque.

El pobre animal, muy pagado de que lo sobasen y mimasen, convertido en un instante en víctima inocente de una querella fraterna, recibió un baño mayúsculo, sacrificándose, por fuerza mayor, en aras del incontrovertible principio del orden.

No obstante las risas de los que presenciaron el hecho, no faltó luego quien formulara oportunas reflexiones acerca del dominio de los primeros impulsos.

Siendo aún pequeño, en la gran casa de la abuela paterna, jugaba y alborotaba en grande, junto con toda la chiquillada de sus primos. Con frecuencia, la tropa menuda corría hasta el cajón del

pan — el tradicional arcón típicamente español —, donde cada boca se servía a su antojo.

Doña Pilar, encargada de la vigilancia, quería que en tales casos los niños cortasen rebanadas, para evitar inútiles desperdicios. Un día descubrió dos panes destrozados. Inmediatamente reunió al pequeño ejército, y preguntó muy seria:

—¿Quién ha sido el desobediente?

Todos se hacían de nuevas, mirándose en silencio unos a otros, con caras de circunstancia.

—Yo no, tía, — comenzó uno.

—Ni yo tampoco, — añadió otro.

Pero Albertito, con gran resolución:

—He sido yo, mamá.

—Para confesar sus travesuras y pedir perdón, era siempre el primero, — concluye edificada la primita, a quien debemos este recuerdo.

Siempre sintió especial querencia hacia las alturas. De habersele ofrecido la oportunidad, seguramente habría resultado campeón en los deportes de la montaña. En la casa de campo, durante sus primeros años, debían cuidar sus padres de guardar escondidas las escaleras de mano, pues subía de inmediato hasta el último peldaño.

En la ciudad, eran sus tías las encargadas de vigilar un alto ventanal del primer piso; siempre se mantenía cerrado, pues en esos cuartos solían jugar los niños.

Una mañana, no se sabe cómo, el ventanal fué hallado abierto, y las tías descubrieron en un gri-

to de espanto que Albertito se hallaba echado sobre el antepecho, con medio cuerpo en el vacío, sosteniendo la punta de una cuerda que hacía oscilar hasta la planta baja.

Volaron inmediatamente a sacarlo del peligro, y no faltaron tampoco, en esa ocasión, unas enérgicas palmadas en el lugar de costumbre.

Otra vez, durante una visita al Asilo de Ancianos, hubieron de obligarle a descender de la plataforma del molino, donde se había encaramado, para contemplar la ciudad a sus pies.

Trepaba con placer por las columnas de su casa, y en las excursiones era siempre el primero en subir a los árboles.

Acompañado por un amigo, se presentó una mañana en la Dirección de Arquitectura para solicitar un plano. Luego de haberlo conseguido, sintió la tentación de utilizar los modernos ascensores, para subir hasta la terraza del edificio.

Habiendo equivocado el camino, a los pocos pasos tropezaron con un ordenanza. Alberto Jorge y su amigo quisieron aparentar aptitudes de diplomáticos, con la cara llena de inocencia, como quien jamás ha roto un plato, y adelantaron algunas razones; mas el empleado adivinó sin esfuerzo sus intenciones torcidas. Los obligó, pues, a tomar sin contemplaciones el camino más económico de las escaleras, medio corridos y ahogándose en risa.

En Luján, donde había acudido con sus compañeros en peregrinación al Santuario de la Virgen,

luego de cumplir con los deberes religiosos, se reunió con su grupo habitual. Decidieron tomar el desayuno en el hotel de la plaza, y allí se entretuvieron en amena conversación.

Simultáneamente, ocurría en el salón un hecho disgustoso que provocó las iras del hotelero. Tres individuos, después de zamparse un copioso desayuno, se habían retirado muy calladamente, sin cancelar el importe.

El hotelero, un hombre cincuentón mofletudo y congestionado, olvidó durante largo rato toda la preceptiva literaria; una larga ristra de palabrotas fluyó de su boca con suma facilidad y cierta galanura, no sólo en castellano, sino también, por la vehemencia del decir, en varios idiomas cosmopolitas.

La escena, poco edificante, decidió a Alberto Jorge a promover una colecta entre los compañeros para sufragar los gastos, y poner así feliz término al incidente, que fué luego comentado largamente durante el viaje de regreso a La Plata.

En varias ocasiones se vió en la necesidad de intervenir activamente y a pesar suyo en hechos no siempre agradables. En uno de sus habituales regresos del colegio, habiendo tropezado en la calle con un grupo de pilletes que se habían trenzado en batalla campal, corrió con algunos compañeros para separarlos y poner fin al escándalo. Un integrante de la banda, consumado hablista en el lenguaje de los carreteros, se le enfrentó, vomitándole en la ca-

ra la interjección que retenglaba, junto con una nutrida descarga de su vocabulario callejero.

Alberto Jorge, que sintió en aquel momento encenderse todos sus espíritus ancestrales, al comprobar la inutilidad de su intervención, apretó los puños y persiguió al deslenguado por calles y veredas hasta la plaza Moreno, donde el culpable logró escabullirse, para bien de su integridad personal.

Visitó un día, con su sección colegial, el barco cañonero *Rosario*, que se hallaba anclado en el Puerto Nuevo de Buenos Aires. Los acompañaba un oficial de la tripulación, que daba explicaciones y respondía a todas las preguntas. Alberto Jorge quería saberlo todo, y por orden. El oficial, complacido por el interés del muchacho, satisfacía toda su ansia de saber.

Un travieso, de los que lo acompañaban, oída la explicación sobre el manejo de un cañón, sin más tomó asiento frente al dispositivo, dió vuelta a la manivela y comenzó a hacer girar la plataforma.

Alberto Jorge, que ya se había adelantado unos metros, volvió indignado sobre sus pasos y lo hizo descender apresuradamente, antes que el asistente se enterara de ello.

En la misma oportunidad, visitó el Museo de Armas, y sin tomar actitudes cargosas de dómíne, cuidaba sin embargo que sus compañeros observaran el debido comportamiento, sin tocar los objetos, como hacen las personas mal educadas, ni

menos aún los juegos puestos al alcance de la mano, en el casino de los oficiales.

En su ciudad natal, durante el mes de octubre de 1942, como preparación para los solemnes festejos conmemorativos, a los que había de concurrir el presidente de la República, se iniciaron considerables obras de reforma urbana. En la plaza Moreno, corazón de la ciudad, máquinas poderosas arrancaban de cuajo las grandes palmeras, y las palas automáticas abrían zanjas y acumulaban montañas de tierra. Quedaban al descubierto las madrigueras de muchas alimañas, y los niños del centro aprovechaban el nunca visto desconcierto para dar caza a los animalejos y jugar a sus anchas en los vericuetos de las obras.

Alberto Jorge no faltaba nunca en sus horas libres, y organizaba vastas operaciones militares, aprovechando lo accidentado del terreno.

Una mañana, se presentó en el colegio trayendo con otros compañeros brazadas de anchas hojas de palmera no abiertas aún. Surgieron varias ideas al respecto; con ellas se hicieron luego hermosos trenzados: cestitos, carpetas y otros trabajos manuales, que merecieron la aprobación y el elogio de la inspectora escolar, en la exposición organizada a fin de año.



XXVI

AGRIDULCE

Un número crecido de alumnos del colegio de La Plata utilizaba diariamente la bicicleta como medio de locomoción para la ida y el regreso de las clases.

A la conclusión de las horas escolares, algunos solían ofrecer a Alberto Jorge, como signo de aprecio y amistad, el sitio de honor en el travesaño del telar. Espigado y ágil, su estatura permitía que hasta los más pequeños pudiesen cargarlo sin dificultad.

No obstante la pericia de los ciclistas, en más de una ocasión hubo volteretas y caídas al doblar las esquinas, pero nunca de graves consecuencias.

Alberto Jorge aceptaba las invitaciones, y se instalaba a la buena de Dios en el espacio reducido. Después de un breve trecho, cuando ya el genio tutelar pedaleaba enérgicamente, de repente dirigía a su conductor la pregunta:

—¿Cómo está la libreta escolar de esta semana?

—Saqué regular o casi buena, — era a veces la respuesta.

—Entonces, Venancio, arrímate prontito a la vereda, pues me bajo; prefiero irme a pie.

Y así lo hacía sin demora, especialmente con los socios de la Compañía de San Luis, cuando resultaban aplazados en las notas mensuales.

—Mientras no levantes tus clasificaciones, mejor será que no te molestes en invitarme. ¡Gracias!

Con un niño de tercer grado, mediaban las mismas relaciones de fraternidad. Un día, muy eufórico por la carrera en bicicleta, le prometió hacerlo socio de la Compañía, con la entrega de la medalla correspondiente, si su conducta era satisfactoria. Desde entonces, si las notas eran buenas, el compañerito le señalaba la libreta escolar; cuando, por el contrario, dejaban que desear, simulaba no tenerla consigo.

Tan bien logró torearlo, que Alberto Jorge dió los pasos necesarios para que fuera admitido en la Compañía. Pero un mal día se destapó la olla; al tener la libreta del amiguito en sus manos, se le ocurrió revisar las notas de las semanas anteriores, y comprobó entonces el engaño.

—Ahora mismo te vas de la Compañía, —fué la sentencia dictada en tono que no admitía reparos. —Hasta que no saques buena nota, no me juntaré más contigo.

Pasaron algunos días, sin que Alberto Jorge aceptase el ofrecimiento de la bicicleta, a pesar de las vivas instancias del interesado.

Al mismo, en otra ocasión, le evitó trenzarse en extremo; y dispuesto a emplear argumentos

contundentes, lo sujetó del guardapolvo, no obstante sus violentas protestas y forcejeos. Aguantó las iras y el peligro de que la rabieta se descargara sobre él, hasta que el amenazado pudo ponerse a buen recaudo.

Otra vez, en clase, su compañero de asiento recibió una observación. Se trataba de un alumno de carácter difícil y de corteza dura, áspera y pico-na como la lija. Su reacción fué sumamente altanera: hizo un mohín de despecho y se encastilló en un silencio huraño. Invitado por el maestro a deponer su actitud, respondió con insolencia, dejando caer, quizá intencionalmente, un tintero, que al derramar su contenido, manchó el piso y salpicó pupitres y alumnos.

Alberto Jorge no pudo contenerse, y descargó enérgicamente una solemne bofetada en el rostro del culpable, con un acto irresistible de justicia vindicativa.

Debemos añadir, en homenaje a la verdad, que el castigado, conociendo la rectitud de Alberto Jorge, no conservó rencor, ni manifestó ningún resentimiento contra su persona.

Regresaba un día de Bernal, con los alumnos que habían concurrido con él al certamen general de religión. Durante el viaje corrieron vientos fuertes de discusión, y al poco tiempo, la trenzada verbal se trocó en altercado. A Alberto Jorge no

se le pudrió en el cuerpo una observación picante, afeando públicamente al compañero sus bajos procedimientos habituales.

El asunto amenazaba marchar en serio; el maestro creyó entonces oportuno intervenir, con algunas palabras de serena cordura. Excitado, Alberto Jorge se volvió hacia él, sosteniendo con vehemencia sus afirmaciones anteriores. El maestro no replicó, mas, con la intención de hacerle comprender su falta, afectó seriedad, y se puso a hojear un libro. Se produjo entonces la reacción. Alberto Jorge se dió cuenta de su ligereza, y volvió el rostro hacia la ventanilla, abismando su mirada en la oscuridad de la noche. La mano en el bolsillo, hacía pasar las cuentas del rosario. Al llegar a La Plata, pidió disculpas por su terquedad, elogiando las buenas cualidades del compañero incriminado.

No fué ésta la única vez en la cual se puso de manifiesto la vehemencia de su carácter indómito. A principios del año 1943, dos núcleos de alumnos, de cursos distintos, discutían acerca de las benemerencias de sus respectivas asociaciones. Alberto Jorge no quería aceptar que los del año anterior hubieran tenido mayor número de actividades. Se esforzaba en demostrar precisamente lo contrario. En lo más interesante del debate, hizo su aparición el asesor de la asociación, quien, por cierto gustillo contradictorio, comenzó a hablar en favor de los contrarios, con grandes elogios por la labor desarrollada. Alberto Jorge, a fin de evi-

tar palabras irreparables, tomó la puerta, llorando de indignación.

Sin embargo, la misma tarde estuvo de regreso con su sonrisa habitual. Los nubarrones no lograban nunca producir una cerrazón completa en el cielo de su alma.

Los argumentos sobre los cuales se detenía con preferencia en sus discusiones, eran aquellos que se relacionaban con las organizaciones de las que formaba parte. Aún no había adquirido soltura perfecta en el manejo de los asuntos referentes a estos centros de actividad juvenil; en consecuencia, olvidaba a veces ciertos detalles de organización, que repercutían luego en el desenlace final, ocasionando atrasos e inconvenientes. No se le ahorra-
ban, pues, reprensiones y avisos molestos.

En tales casos, si el asesor le permitía defenderse, se afirmaba con gusto en sus puntos de vista, tratando de justificar sus olvidos e inadvertencias. Casi siempre se excitaba, y concluía marchándose sombrío y malhumorado. Sin embargo, pocas horas eran suficientes para serenar su espíritu y sobreponerse a la contrariedad sufrida.

Influían notablemente en estos cambios de humor su recto criterio y la sensibilidad de su conciencia moral. Pero, a menudo, el choque de los opuestos sentimientos y el esfuerzo para vencer la pertinacia de su temperamento, le hacían saltar las lágrimas en los inevitables incidentes de la vida cotidiana.

Habitualmente de buen humor, se mostraba son-

riente. Hasta después de muerto conservó estampada en su rostro, para el día de la resurrección, la sonrisa que lo hacía simpático a todos, aun en el trato fugaz con personas extrañas.

La modestia de toda su persona y el esfuerzo habitual para dominar las rebeldías de su naturaleza, hacían pasar inadvertidas las luchas internas, que a veces le causaban honda desazón. Un compañero de encuentros afirma con la seguridad de un testigo ocular: "Si le ocurría enfadarse con alguien, invariablemente le pedía perdón".

En los exámenes de idioma que rindió en el curso escolar de 1942, se enredó en una frase que debía analizar. El maestro, que no creía ver en ella ninguna dificultad notable, esbozó una sonrisa ante su apuro. Alberto Jorge, ya excitado por la nerviosidad del examen, se tornó aun más serio y desconcertado. Hasta llegó a afirmar que "tal cosa no se había explicado en clase".

Se trocaron entonces los papeles, pues fué el maestro quien se puso serio, mientras le proporcionaba escuetamente la explicación. El pobre Alberto Jorge quedó anonadado, por lo que él conceptuaba una verdadera insolencia. Mostró luego toda su buena voluntad, para ofrecer una justa reparación.

En quinto grado, disputaba un día el puesto de capitán con otro compañero; algunas incertidumbres en las respuestas, ocasionaron para Alberto Jor-

ge la pérdida del primer puesto. No se le notó, según confesión del mismo adversario, la mínima muestra de rencor o envidia. Llevó su generoso desinterés hasta felicitar efusivamente al vencedor.

Cierta dificultad en el cálculo y en el dibujo lo obligaban a una especial aplicación; por eso mismo, representaba para él un esfuerzo no indiferente el conservar superioridad y ventaja sobre los demás.

Fuera de estas penas y de los lances ocasionales, su vida se deslizaba tranquila, en un espíritu de actividad constante. Los años de la adolescencia son, por lo demás, el mejor remedio para todo dolor y todo tropiezo embarazoso.

El 24 de junio de 1942, el alumnado del Sagrado Corazón y el personal docente en pleno efectuaron una visita de cortesía al entonces arzobispo de La Plata, monseñor Juan Chimento. Día invernal de bruma y humedad. En el patio de recepciones de la residencia arzobispal, los grandes espejos iban vahados.

Mientras se organizaban los grupos de alumnos, Alberto Jorge halló una ocupación para su afán de actividad:

—¡Estos espejos! ¡Van a ver cómo los dejo!

Y con su pañuelo comenzó a limpiar prolijamente los cristales, mientras los compañeros, animados por su ejemplo, se disponían a imitarlo.

A la llegada del señor arzobispo, Alberto Jorge

se hallaba entre los primeros, para escuchar la palabra del Pastor y recibir su bendición.

Los anales del colegio registran otra audiencia memorable. En ese mismo año de 1942, un grupo de treinta y cinco alumnos, señaladamente los aspirantes de Acción Católica de la sección San Juan Bosco, viajaron a Buenos Aires, durante el mes de mayo, para la tradicional peregrinación al Santuario de María Auxiliadora, en Almagro, centro principal de la Obra Salesiana en la República Argentina.

El viaje fué ameno. Hubo comunión de casi todos los alumnos, y luego, una prolija visita al artístico camarín de la Virgen, donde se renovó la consagración a la Madre de Dios.

Ese día, el almuerzo fué en el colegio San Antonio, a poca distancia del San Carlos. Tras la refección, un animado partido de fútbol. Alberto Jorge sacrificó las delicias del juego preferido, al cumplimiento de una tarea humilde. Con tres de sus amigos tomó sobre sí la limpieza del refectorio, esmerándose para dejarlo aseado y terso como un cristal.

Y luego, un largo recorrido a través de la metrópoli, con rápidas visitas al jardín zoológico, al Museo de Armas, a la plaza de Mayo y a otros lugares históricos.

—¿Vamos a saludar al Cardenal? — propuso un joven de Acción Católica.

—¡Vamos! — aprobaron todos, entusiasmados por la idea.

—Imposible, — replicó el asesor. — Para tales visitas, es necesario solicitar audiencia con cierta anticipación.

—Y diciendo que somos de La Plata, ¿no nos recibirían? — insinuó un provinciano, que poseía un alto concepto de su ciudad natal.

—Se pueda preguntar, — respondió el padre asesor.

Y el coche de excursión se detuvo frente al pro-pileo de la Catedral.

—¡Que nadie se mueva!

Descendió el padre asesor y se perdió tras el portalón del palacio. Al poco tiempo, regresó con cierta máscara de desilusión.

—¡Sonamos! — exclamó Alberto Jorge. — ¡Muchachos! ¡Media vuelta, y a casa!

En efecto, la respuesta del padre asesor pareció confirmar los barruntos pesimistas.

—No es hora de audiencia, y el señor cardenal se ha retirado ya; pero... "como los muchachos son de La Plata, y vienen de lejos"... el secretario de Su Eminencia ha tomado en cuenta el justo deseo, y por excepción a lo acostumbrado, tendremos el honor de ser recibidos por el eminentísimo cardenal Copello.

—¡Hurra! — gritaron todos con regocijo, saltando en los asientos.

Alberto Jorge sobresalía, entre los más alegres. Se convirtió en maestro del ceremonial, dando órdenes e indicaciones a los más pequeños.

—Arreglarse la ropa... Hay que arrodillarse al besarle el anillo... Se le dice Eminencia...

Y al descender al patio de la Curia el cardenal Copello, halló a todos los colegiales de La Plata que lo recibieron con una ovación estruendosa. Los aspirantes de Acción Católica, persuadidos de tener un derecho especial, se estrecharon con Alberto Jorge entre los primeros, para el beso del anillo.

Su Eminencia, con gran amabilidad, dirigió a cada uno de los visitantes una palabra cariñosa. Entre pregunta y pregunta, reconoció algunos apellidos y se detuvo a recordar con placer especial los años transcurridos en la ciudad de La Plata. Mientras hablaba, tenía su mano colocada paternalmente sobre la cabeza de los más próximos. Alberto Jorge, según recuerdan los compañeros, tuvo también ese honor.

Concluyó la bondadosa recepción con el consejo: "Que fuesen muy diligentes en sus deberes; gran amor a Jesús, y correspondencia fiel a las esperanzas de la Iglesia".

Recibieron por turno, de manos del Cardenal, una imagen - recuerdo, y luego, la bendición para todos los presentes, extensiva también para los padres, superiores y compañeros de La Plata.

Entre los papeles de Alberto Jorge fué hallada la estampa recibida en esa ocasión, con las palabras manuscritas en el reverso:

"Recuerdo del Eminentísimo Cardenal Santiago Luis Copello. — 7 - V - 1942".

Otro de sus rasgos de amor hacia la Iglesia y las almas, es el siguiente. Cuando su abuela mater-

na cayó enferma de gravedad, los familiares creyeron que aún no había llegado la hora de administrarle los sacramentos. Al enterarse del asunto, Alberto Jorge quiso prestar su colaboración:

—Yo me encargaré de llevarle el sacerdote. ¡Esto corre por mi cuenta!

Salió inmediatamente a la calle como una exhalación, dejando admirados a todos.

Llegó a casa de la abuelita, y allí, extremando las muestras de cariño, trató de persuadirla para que llamase al sacerdote, mientras de un modo muy delicado le hacía comprender que su estado era sumamente grave.

La primera tentativa no dió el resultado que él esperaba, pues los ancianos siempre se resisten a admitir la gravedad de sus males; mas él no se perdió de ánimo: repitió una y otra vez sus insinuaciones, y al fin pudo vencer las resistencias de la enferma.

Sin demorar un solo instante, para no correr el riesgo de perder, por su tardanza, el fruto de la victoria, voló al colegio, y a poco regresó acompañando a un sacerdote del Sagrado Corazón.

La abuelita recibió los sacramentos con vivas muestras de consuelo espiritual. Concluídas las ceremonias litúrgicas, quiso abrazar a su nieto, expresándole su agradecimiento por tan caritativa y oportuna intervención:

—Decididamente, — exclamó, — mi Albertito es el que más me quiere.

XXVII

HORAS CREPUSCULARES

Alberto Jorge acababa de llegar a la conclusión de sus estudios primarios. Seis años de contacto cotidiano con el ambiente luminoso del Sagrado Corazón, habían engendrado en su alma lazos invisibles de cariñosa adherencia. Resultaba difícil y violento romperlos de pronto.

Sin embargo, sus padres, en discusiones interminables, habían desmenuzado ya todas las posibilidades, volviéndolas a compaginar en mil proyectos distintos. Por fin, surgió la decisión que debía trazar nuevos rumbos en el porvenir de los hijos: Alberto Jorge ingresaría al Colegio Nacional de la Universidad.

La determinación paterna, madurada al rescoldo del amor hacia los hijos, fué dada a conocer con la firmeza decidida y habitual, que revestía característica de ley en la familia Irisarri.

Alberto Jorge quedó anonadado. Durante las noches insomnes, revolvía en su pensamiento tormentoso los alcances de su nuevo destino, lejos del Sagrado Corazón, que conservaba para él todo el encanto de un cantar de primavera.

La docilidad prevaleció sobre el sentimiento. Un

ligero apretar de labios; una oración angustiosa, murmurada con el pensamiento abismado en las raíces del alma, y un "sí" generoso y total. La paz volvió a su espíritu.

Dios recibió el sacrificio, y el ángel de las antiguas visiones proféticas tomó con sus manos impalpables el aroma sutil de la renuncia, para depositarlo a los pies del trono de Dios.

Cuando ya todo parecía haber alcanzado la certeza fatal de lo irreparable, sobrevino de improviso un cambio radical en la situación imperante. Su padre se avino a que se inscribiera, para el nuevo año que debía comenzar, en los cursos secundarios de su predilecto colegio salesiano.

Alberto Jorge vió abrirse el jardín de sus ilusiones juveniles. Corrió al colegio, y ante la imagen de María pronunció atropelladamente una fórmula improvisada de gratitud infinita.

Ya no se sentía niño; durante las últimas vacaciones había entrado con pie firme en el año décimocuarto de su vida terrena. Nuevos pensamientos se abrían paso en su cerebro de adolescente, y vastos proyectos de actividad iban madurando lentamente en su espíritu.

Con los primeros vientos de otoño, que en las mañanas aún tersas producían una extraña sensación de frescor molesto, se reiniciaron las actividades del colegio.

Al reorganizarse las compañías, Alberto Jorge fué nuevamente elegido, con el aplauso general,

presidente de la de San Luis, cargo que había desempeñado ya el año anterior.

“He comenzado las clases el quince del corriente — comunica a su primo, en un escrito —, ingresando en primer año nacional, y hasta ahora me va muy bien.

“Pero de aquí en adelante ya será más difícil mi carrera, y es por eso que me estoy rompiendo todo, como se dice”.

Algo, sin embargo, parecía haber cambiado en su manera de ser. El ojo avizor de su madre no tardó en descubrir, con un secreto presentimiento, las causantes de la mutación. Había adelgazado notablemente, y su aspecto, antes jovial y risueño, se mostraba decaído, con un dejo de postración y marchitez.

En los patios, ya no se entregaba al juego con la animación de antes. Se detenía preferentemente para observar los anunciadores de los pórticos, con las fotografías y los artículos expuestos.

—¿Qué te ocurre, Irisarri? ¿Cómo estás?

—Bien, Padre; sin novedad.

En las últimas reuniones periódicas de profesores, el encargado de la sección secundaria en el colegio pudo recoger cierto sentimiento de desilusión, con respecto a las actividades escolares de Alberto Jorge. El nivel de su rendimiento en los estudios había descendido de un modo alarmante.

Algunos de sus maestros quisieron atribuir el descenso a la crisis que suele producirse a esa edad,

en todos los aspectos de la vida. Continuaba, sin embargo, en sus hábitos de piedad. La buena compostura en la iglesia lo distinguía siempre entre los demás compañeros. Todos los sábados, infaliblemente, se le veía prepararse para la confesión con gran recogimiento.

Una mañana, hacia fines de mayo, llegó al colegio temprano, como de costumbre. Al encontrarse por los patios con su maestro de sexto grado, con el cual conservaba toda su confianza, después de darle los buenos días, le alcanzó su boletín con las clasificaciones del primer bimestre.

—¿Qué es esto? — preguntó con extrañeza. — ¿Tú con dos materias aplazadas? ¿Posible?

Alberto bajó tristemente los ojos.

—No sé, Padre, no sé lo que me pasa. ¡Esto ya no marcha como antes!

—No hay que desanimarse. Recuerdo que el primer capítulo de la Vida de Santiago Maffei comienza con un título amargo: ¡Reprobado! Tú no llegarás a eso. El primer bimestre de bachillerato siempre suele costar algo, debido al cambio de régimen y de profesores. Las exigencias son mayores. Pero conseguirás superarlas con tu empeño y contracción. Procura trazarte un horario para estudiar, y no dejes de encomendarte a la Virgen.

Pareció serenarse. Dió las gracias, guardó su boletín, y se marchó.

Alguien que en esos días de abatimiento espiritual se atrevió a sugerirle actitudes rebeldes contra las exigencias de los profesores, oyó con estu-

por que Alberto Jorge defendía a los mismos a quienes debía sus bajas clasificaciones.

La enfermedad insidiosa y el gorgojo de un mal implacable que iba adentrándose silenciosamente en su sangre, no le permitieron conservar los primeros puestos en el curso. Quieto y formal en las largas horas de clase, jamás se le oyó una queja, un suspiro, una protesta.

Durante las últimas semanas, su rostro manifestó de un modo muy visible la depresión general. La mirada errática se perdía a veces hacia un punto cualquiera del espacio, y daba una rara sensación de vaguedad y extravío.

Su actividad deportiva había cesado casi por completo. Se contentaba con los partidos dominicales de su cuadro de fútbol.

—¿Qué te pasa, Alberto Jorge? ¿Por qué no juegas? ¿Te sientes mal?

—No, Padre; estoy perfectamente.

Y se esforzaba en esbozar una sonrisa a flor de labios; pero sólo aparecía una vislumbre mortecina de la luz que otrora había iluminado su rostro juvenil.

Con un esfuerzo supremo de voluntad, siguió el curso de las obras que habían estado bajo su dirección el año anterior. Hasta llegó a formular una protesta ante el padre asesor, al ver que una iniciativa llevada a feliz término no se hubiera intentado anteriormente.

Por su parte, sin embargo, ya no atinaba a desempeñar las obligaciones esenciales en su cargo de dirigente. El delegado de aspirantes de la Acción Católica recibió una sorpresa inesperada, al comprobar que Alberto Jorge no le entregaba ya los informes semanales de su grupo. Tampoco hallaba fuerzas suficientes para desarrollar por escrito el tema dominical de catecismo en el Oratorio. Seguía, no obstante, dictando sus clases a los pequeños; pero llegaba al fin de la hora completamente agotado. Y por vez primera, extravió el rosario que siempre tenía en su mano durante la noche.

Sus padres miraban con angustia el declinar de Alberto Jorge. Le preguntaban solícitamente por su salud; pero él replicaba con extraordinaria energía que no le pasaba nada y que se sentía bien.

Una mañana, se vió en la necesidad de abandonar la clase, pues ya le resultaba insoportable el intenso dolor de cabeza. Después de algunos momentos, logró sobreponerse al malestar, y no quiso retirarse a su casa, según le aconsejaban los superiores.

Pocos días más tarde, en el patio del externado, le sobrevino otro ataque violento. Tuvo que sentarse; cerró los ojos, y se apretó la cabeza con ambas manos.

—¡Eh! ¿Qué es eso? — le preguntó extrañado un compañero.

—Nada, nada... — respondió al punto.

Las impresiones recogidas en el colegio, como entre sus familiares, permiten afirmar que durante estas últimas semanas su vida espiritual se sostenía sólo gracias al impulso de los buenos hábitos contraídos, como por fuerza de inercia. Su constancia se reducía a la regularidad en las prácticas estrictamente fundamentales de la oración y de los sacramentos.

El espíritu de iniciativa, en cambio, iba apagándose gradualmente, a medida que disminuían las manifestaciones de la vivacidad, que antes era en él tan característica.

Durante las noches interminables, las horas se deslizaban con lentitud obsesiva, lardeando su paso, dilatadas, persistentes, tozudas. Alberto Jorge creía, por momentos, poder conciliar el sueño y conseguir un breve descanso para los nervios alborotados. Pero, de pronto, como ramalazo de mala tormenta, el desvelo se echaba furiosamente sobre los sentidos que principiaban a amodorrarse. Y él los apretaba, los estrujaba, obligándolos a emprender una carrera loca por los vericuetos del martirio.

En el cerebro, tumulto y bulla; luego, marasmo, silencio. Escándalo de náuseas en todas las facultades orgánicas. El pulso, a veces se dormía, a veces saltaba alborotado, tropezándose a sí mismo. Ebriedad, carnaval, histérico traqueteo de sensaciones falaces, mientras tomaba vuelo la jarana pendenciera de la desazón y el oleaje efervescente del sobresalto.

Y al amanecer, recomenzaba su jornada con los

ojos cargados de sueño y con una palidez cada día más acentuada.

Un rasgo generoso de sus últimas semanas: en el colegio pedían oraciones por un condiscípulo suyo internado en el hospital, a consecuencia de una grave pulmonía. Alberto Jorge hallaba aún fuerzas para preguntar a diario por la salud del enfermo. La mamá de ese compañero, conmovida por la solícita preocupación del joven amigo, lloró, días después, su muerte, y envió un sentido pésame por medio de su hijo, ya completamente restablecido, a la madre desolada de Alberto Jorge.

El domingo 13 de junio, solemnidad de Pentecostés, concurrió por última vez al oratorio festivo. El tema dominical se refería al Espíritu Consolador. Después de muerto, se halló en sus bolsillos el desarrollo escrito de dicha exposición.

El lunes 14 se sintió mal, y permaneció en cama por primera vez. Su estado se mantuvo estacionario, con ligeros altibajos, en el tono general del organismo.

El miércoles, experimentó una mejora y pudo levantarse de la cama; pero se trataba de un bienestar engañoso. A las pocas horas, volvía a empeorar. Mostraba cierta preocupación cuando los suyos se alejaban, aunque fuera momentáneamente, de su lado.

El viernes 18, el médico, que había sido llamado

hacia el mediodía, después de examinar al enfermo, reservó su diagnóstico. Regresó la misma tarde, y al encontrarlo mejorado, exclamó:

—Esta mañana me has dado un susto...

Mas, algunas horas después, se le repitieron los dolores; pasó desvelado toda la noche.

Por la mañana, expresó con insistencia su pesar por no poder concurrir a la reunión de catequistas en su Oratorio. A su hermano le dió repetidamente el encargo de avisar al padre asesor. Los suyos, después de su muerte, creyeron adivinar en este pedido el deseo oculto de recibir una visita de los sacerdotes del colegio, atemperado por el temor de preocupar inútilmente a sus familiares.

En una nueva visita, el facultativo lo sometió a minucioso examen.

—¿No ves doble?

—No, doctor; veo perfectamente.

—Bien, — añadió el médico, encendiendo una cerilla. — Fija tu mirada en esta llama, y luego mira hacia arriba.

Alberto Jorge obedeció, y en ese mismo instante un violentísimo dolor se apoderó de él. Exhausto, se dejó caer sobre la almohada.

Salió el médico del cuarto, y el papá, acercándosele ansiosamente, le preguntó a media voz:

—Doctor, ¿no es meningitis? ¡Dígame la verdad!

—Aún no se ha declarado. Haremos lo posible para atajarla. Puedo asegurarle que no está peor que ayer.

Al parecer, reaccionó esa misma tarde. Los do-

lores lo dejaron en paz durante algún tiempo. Volvió a mostrarse alegre y decidor. Quiso seguir por radio, sintonizada en la pieza contigua, el partido que el equipo de su simpatía, San Lorenzo, estaba jugando en Buenos Aires. Celebraba alborozado los goles que el locutor anunciaba en favor del equipo.

XXVIII

EN EL UMBRAL DE LA DICHA

El domingo 20 amaneció frío y malhumorado. A las nueve, la tía de Alberto Jorge pidió un sacerdote al Sagrado Corazón, sin dejar de traslucir la gravedad del caso.

El día trascurrió cansado, interminable, entre largos espacios de silencio. Ya casi entornada la tarde, asaltó repentinamente al enfermo una crisis que parecía fatal. Los ojos reflejaban la imagen de la muerte.

Su hermano corrió al teléfono:

—¡Un sacerdote, por favor, que Alberto Jorge se nos muere!

Acudió al punto el padre Iturralde, párroco de la Catedral.

El enfermo tenía los ojos abiertos y las mejillas muy leves y sumidas. La boca agostada daba un resuello espeso y angustioso. Todo el semblante se le serenó, cuando el sacerdote hizo su aparición en el quicial de la puerta. Parecía que el mal se hubiera retirado vergonzoso.

Alberto Jorge siguió el rito con lucidez perfecta. Respondía él mismo a las fórmulas latinas; se persignaba con frecuencia. En un apagado rincón de la alcoba, quedaban los suyos rezando.

Extendió luego sobre la blancura del cobertor las manos alargadas, menudas, para recibir el óleo de la Extremaunción. El sacerdote lo rozaba apenas, trazando breves señales de cruz sobre los párpados cerrados, sobre la boca exangüe:

—Indúlgeat tibi Deus... Perdónete Dios...

El cuarto limpio y ordenado iba poblándose de seres que parecían tener la levedad de las sombras. Alberto Jorge creía contemplar a su alrededor decenas de rostros infantiles que lo miraban con fiজেza traslúcida; le parecía reconocer a los suyos, a los niños de su Oratorio, que ese día habían aguardado en vano su última lección.

Trascurrieron algunos instantes impregnados de silencio, participando ya del sabor de las cosas eternas.

La noche se asomaba transida de frío a las ventanas del aposento. Sobre el cielo, la ciudad ofrecía violentos contornos de negrura.

Las manos de Alberto Jorge se movieron como dos alas cansadas, sobre el embozo del cobertor, cuyos vivos colores contrastaban extrañamente con su palidez de cirio.

—¿Avisaron al Sagrado Corazón?

En ese instante se oyeron pasos remisos. Entró en el cuarto el padre asesor de la Acción Católica, y con él, el delegado de los aspirantes. Una sonrisa desmayada iluminó el rostro del enfermo, que por momentos se animó:

—¡Vienen del Sagrado Corazón! — exclamó, con sus postreros arrestos. — ¡Vienen del colegio!

Se le impartió la bendición papal. Los ojos le

brillaban, empañados por un llanto silencioso. El oficiante, sorprendido por la serena calma del enfermo, dócil a los efectos sacramentales, volvióse al sacerdote que se le había acercado.

—¿Es de su colegio?

Recibió el sí. Quiso estrecharle la mano.

—¿Sufres mucho, Alberto? — le susurró al oído el padre asesor.

—Sí; me duele mucho la cabeza. ¡Este dolor no quiere irse!

Quiso alzar los brazos, pero se le rindieron inertes. Dijo a sus padres:

—Papá, mamá, déjenme solo con el Padre un momento.

Salieron.

Con sencilla espontaneidad, expresó de nuevo que sufría mucho.

—¿Necesitas algo?

—No, Padre, nada. ¡Gracias!

—¿Tienes algunos deseos que yo pueda satisfacer?

—Ninguno, Padre.

—¿Tal vez desearías ver al Padre Director, cuando regrese de Buenos Aires?

—No, Padre, no lo moleste; tendrá seguramente muchas cosas que hacer.

—¿Estás tranquilo, Alberto?

—Sí, Padre; me he confesado bien y estoy tranquilo. Dígale a mamá que me vuelva a colocar en el cuello la medalla de María Auxiliadora.

—¿Qué diré a tus compañeros?

—Que recen mucho por mí; lo necesito.

—¿Y a tus maestros?

—¡Que recen!

—¿Sabes que el Padre Director necesita en estos días una gracia muy importante? ¿Querías ofrecer al Señor tus dolores con esta intención?

—Sí, Padre.

—Pues, ofrece también a Jesús tu vida, poniéndote todo en sus manos.

Alberto Jorge lo miró en los ojos. Hizo "sí", moviendo la cabeza.

—El sabe lo que más te conviene. No dejes de hacer una promesa a la Virgen. Ahora mismo, por teléfono, pediré oraciones al Sagrado Corazón y al colegio de María Auxiliadora.

Sus ojos lumbrearon.

—¡Gracias, Padre!

Hizo una pausa, y añadió con sentimiento:

—¡Pobres papá y mamá! No quisiera preocuparlos demasiado... No los llame aún.

Su voz tenía sonoridades opacas. Semejaba un suspiro de pesadumbre.

—Padre, gracias por su visita. Me hace bien. No se vuelva a pie. Dígale a papá que lo lleve en el coche.

Salió el asesor unos instantes, después de convencerlo de que era necesario proceder a la cura determinada por la consulta de médicos.

En el Sagrado Corazón, el Director, de regreso ya de Buenos Aires, advertido de la gravedad del caso, habló a los alumnos internos, después de las oraciones de la noche:

—En estos momentos, un compañero vuestro, Alberto Jorge Irisarri, es atendido en consulta de médicos. Su estado es grave. Ofrezcamos al Señor nuestras oraciones, y mañana la santa misa será para obtener su salud. Se le han administrado ya los últimos sacramentos.

Alberto presentía que el fin se acercaba. Manifiestó el deseo de que lo acompañaran en ese último trance.

—No crean que molestan. ¡Quédense!

Recomendó con cierta vivacidad:

—Que nadie se vaya sin despedirse.

Cuando terminó la última consulta del médico, dijo:

—¿No se habrá ido el padre asesor?

Cerró un instante los ojos y pareció descansar. Era el suyo un sueño ingrátido, flotante. A la media hora se intensificaron sus dolores. Por las ventanas de los ojos, las fuerzas vitales parecían medir el salto que habían de dar para emprender la fuga.

No perdió, sin embargo, su lucidez. A trechos entornaba los ojos y amagaba una sonrisa, ante la solícita atención de quienes lo rodeaban.

A ambos lados de la cama estaban el papá, la mamá y el sacerdote.

Por momentos giraba sobre sí mismo, por la intensidad de los dolores. Pero volvía luego a su posición normal, con un acto de sumisa obediencia, cuando los suyos se lo pedían.

Más tarde hubo que llamar nuevamente al médico, que le aplicó una inyección calmante. Volvió a tranquilizarse. El padre asesor lo alentaba a confiar en la Virgen. Y pareció vagar por la estancia y arrimarse al enfermo la sombra de la Madre de Dios.

Tuvo deseos de recibir una vez más la bendición de María Auxiliadora, y respondió con voz segura a las invocaciones de la fórmula.

El Director del colegio salesiano fué allá sobre las once. Alberto Jorge, al parecer, se había dormido. El Padre Director reiteró la bendición y se fué, dejándole una medalla.

Medianoche era por filo, cuando despertó.

—¡Papá, mamá! — exclamó con la voz cubierta de un velo. — Les pido que den gracias de mi parte a los médicos, que tan bien me han atendido, y a todos aquellos que hoy han venido a visitarme.

Calló un punto.

Le acercó el padre una copa a los labios. El cristal sonreó trémulo entre sus dientes. Era agua con un calmante .

—¡Qué fresquita está!

Besó la medalla de la Virgen; respiró prolongadamente la vida refugiada en lo hondo de su pecho y cerró los ojos, después de dirigir una mirada de dulzura a sus padres. Su cabeza se fué doblando como una flor cansada. Una lágrima apareció en la comisura del párpado inferior. Su madre la recogió con piadosa solicitud.

Al cabo de unos minutos, ambos se retiraron momentáneamente, creyéndolo dormido. Sus tías permanecieron con él.

El reloj marcaba las 0.30 del 21 de junio. Había comenzado la festividad de San Luis Gonzaga. Sin agonía, sin convulsiones, dulcemente, su aliento vital se fué apagando.

Permaneció allí tranquilo, con los labios entreabiertos a una sonrisa de misterio y de esperanza. Todos se santiguaron e hicieron oración. Corrieron los padres, y comenzaron a decir recuerdos del muerto y comparar sus aflicciones con las ajenas miserias.

Las tías apartaron a la madre y velaron con un lenzuelo el rostro trasfigurado de Alberto Jorge.

Sus hermanos habían pasado esa última noche en casa de parientes. Junto con las primitas, atisbaban silenciosos el movimiento de las personas mayores. Nadie podía conciliar el sueño. Después de medianoche, ludieron las puertas sobre sus goznes. Era el tío que regresaba.

—Hay que llevar el aviso a los diarios, — dijo con la voz oscurecida y honda.

Cumplieron toda la verdad.

Eternas parecieron las horas, hasta el amanecer. A las primeras luces, volaron a la casa. Lo vieron yacente en el ataúd, trasfigurado en la palidez de la muerte, y depositaron el último beso sobre su frente, blanca y tersa como una hostia.

La hermanita desahogó su dolor en una página

prendida toda de nostalgia y de ausencia. La dicción imperfecta, balbuceante, despierta resonancias de un dolor sellado en una urna lagrimal con la fragancia de una felicidad recordada, inconcreta, y la cadencia de los antiguos lamentos fúnebres sobre los despojos de las personas muy amadas:

“¡Beto! No... no me parece que te has ido. Al recordarte, puedo decir que eras el lirio de la familia, y que lo seguirás siendo desde el cielo. Tú eras el que en las frías mañanas de invierno te levantabas para ir a tu querido colegio, no sin antes haber dado los buenos días a tus padres.

“Al mediodía eras el último en llegar y el primero en salir. Tantas veces te he preguntado adónde ibas, y me contestabas: «A jugar al fútbol... A enseñar el catecismo...»

“A tu regreso, de noche, contabas cómo habías pasado el día y comenzabas tus deberes, preguntándome si yo tenía que estudiar, o a qué hora era la misa en mi colegio el domingo siguiente, y otras tantas preguntas como éstas.

“En el hogar, eras el preferido de nuestra buena madre; a ella le contabas cuanto te había ocurrido durante el día; respetabas a papá como lo hace un buen hijo; y a mí me querías más de lo que me debías querer.

“La Santísima Virgen, al tenerte tan cerca, habrá recordado cuando ayudabas misa al pie de su altar”.

XXIX

EPÍLOGO

Alberto Jorge descansaba ahora serenamente. Tenía sobre su mortaja el distintivo de los aspirantes de la Acción Católica y la medalla con la cinta verde de la Compañía de San Luis. Tras el ataúd, la bandera nacional, que tantas veces había merecido sostener con sus manos, los días de fiesta.

Comenzó entonces el desfile interminable de quienes lo conocieron y lo amaron. Y él, dando audiencia a todos, con una sonrisa sellada en la boca juvenil.

Fuera, en la tarde llena de tedio invernal, el cielo enlutado vertía un ancho caudal de lágrimas. Según corrían las horas, apretaba el temporal.

A la luz mortecina de los candelabros, el cuerpo inerte parecía haber alcanzado la incorruptibilidad de los santos. Era el suyo un cuerpo luminoso, reducido a la blancura del marfil. Un simulacro inmaculado de la virginidad. Había servido a Dios. No a la materia.

Parecía murmurar aún, con la mirada fija en la luz de la eternidad, la antífona mariana: "O sancta et immaculata virginitas... Oh santa e inmaculada virginidad, ¿con qué alabanzas te ensalzaré?"

Alabando a la Virgen, Alberto Jorge parecía alabar sin quererlo su propia virginidad. Toda su vida breve y luminosa se había consumido en ese fuego blanco, y todos sus actos habían participado del reflejo radioso, con la transparencia misma de una redoma de cristal.

Muy de madrugada, había comenzado el rezo de las misas. En la capilla del colegio María Auxiliadora, adornada como en las grandes solemnidades, el celebrante habló de San Luis. Luego, añadió:

—He de daros un triste anuncio. El monaguillo que debía ayudar esta misa, hace pocas horas ha volado al cielo. En esta iglesia y en este altar, él ha rezado y servido. Es justo que en esta iglesia y en este altar se rece por él.

Hubo lágrimas en todos los rostros. La misa continuó silenciosa, en una atmósfera de dolor orante.

—¿Por qué? ¿Por qué? — se preguntaban, mientras el sacerdote hacía el ofertorio, elevando la patena hacia la cruz.

—No había llegado aún a su atardecer. Partió antes de arribar al postrer cuadrivio. Se ha ido solo, sin detenerse en el crepúsculo vespertino. Alcanzó ya su puesto, más allá de las fronteras vitales, en la luz de Dios. Y nos ha dejado solos en el camino polvoriento...

En las horas de la tarde cerróse el féretro. Todos enmudecieron. Querían llevarlo a pulso hasta el

Sagrado Corazón. Mas la lluvia torrencial no lo permitió.

Llegó al atrio del templo románico. Las puertas se hallaban abiertas, para dar paso al adolescente explorador. Allí lo aguardaban los alumnos, sus compañeros de ayer. Buscaban con los ojos el fútil retro menudo, y se arrodillaban a su paso.

Lloraban, y lágrimas salobres caían sobre sus manos; mas ellos no se percataban, hechizados y fijos en la claridad de un pensamiento que lo dominaba todo y cantaba en el espíritu con sonoridad de cielo.

Ya cerraba la tarde, envuelta en las pañosas nubes cenicientas. Los ventanales, azotados por la tormenta, filtraban una claridad lechosa, opaca. Las sombras lamían despaciosamente los encuentros de las paredes lejanas, y se quebraban, menguando al trepar hacia las bóvedas.

Y mientras el pensamiento caminaba lejos, por el mágico reclamo de la hora crepuscular, cada recuerdo recibía el aliento del corazón, y cada suspiro llegaba del alma cargado del reflejo de un largo viaje misterioso, trayendo a los labios, con dulzura apenas advertida, la diáfana perspectiva de horizontes infinitos.

D. M. A. C. T.

INDICE

Introducción	5
La ciudad en los breñales	7
Promesas del atardecer	11
Los surcos de la mañana	15
Frescura de manantiales	19
La voz de la displicencia	27
Preludio matinal	32
La alacena de los recuerdos	36
Rutas abiertas	41
Espíritu y materia	46
El solar de la vida nueva	53
El telar de las horas	60
Interioridad	67
Tenacidad racial	74
El buen olor de Cristo	78
El rey de los libros	86
La lámpara encendida	95
La alegría de vivir	106
La buena semilla	117
Los ojos limpios	126
La Madre del Amor Hermoso	140
La armadura de Dios	150
Los galones del explorador	160
La virginidad del corazón humilde	169
El embrujo de la tierra	179
La sonrisa del adolescente	189
Agridulce	198
Horas crepusculares	209
En el umbral de la dicha	219
Epílogo	227

Este libro se terminó de imprimir el 15 de julio de 1950, Año del Libertador General San Martín, en las Escuelas Gráficas del Colegio Pío IX, A. Berro 4002, Buenos Aires



SERENANT ET ILLUMINANT

SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL
ADOLFO BERRO 4053 BUENOS AIRES